

THE BRIDGE OF SAN LUIS REY

El puente de San Luis Rey [1927]

by

5

de

THORNTON WILDER

Thornton Wilder

10 tr. de María Lejárraga de Martínez Sierra
Edhasa, Barcelona, 2004

To My Mother

a mi madre

15

Part One

PARTE PRIMERA

PERHAPS AN ACCIDENT

20

ACASO UN ACCIDENTE

On Friday noon, July the twentieth, 1714, the finest bridge in all Peru broke and precipitated five travellers into the gulf below. This bridge was on the high-road, 25 between Lima and Cuzco and hundreds of persons passed over it every day. It had been woven of osier by the Incas more than a century before and visitors to the city were always led out to see it. It was a mere ladder of thin slats swung out over the gorge, with handrails of dried vine. 30 Horses and coaches and chairs had to go down hundreds of feet below and pass over the narrow torrent on rafts, but no one, not even the Viceroy, not even the Archbishop of Lima, had descended with the baggage rather than cross by the famous bridge of San Luis Rey. 35 St. Louis of France himself protected it, by his name and by the little mud church on the further side. The bridge seemed to be among the things that last forever; it was unthinkable that it should break. The moment a Peruvian heard of the accident he signed himself and 40 made a mental calculation as to how recently he had crossed by it and how soon he had intended crossing by it again. People wandered about in a trance-like state, muttering; they had the hallucination of seeing themselves falling into a gulf.

El viernes 20 de julio de 1714, a mediodía, el puente más bonito de todo el Perú se rompió y precipitó al abismo a cinco viajeros. Este puente estaba en el camino real entre Lima y el Cuzco, y cientos de personas pasaban sobre él a diario. Los incas lo habían tejido con mimbres hacía más de un siglo, y a los visitantes de la ciudad siempre los llevaban a verlo. Era una mera escalerilla de delgadas tablas que colgaba sobre la garganta, con pasamanos de sarmientos secos. Los caballos, los coches y las sillas de mano tenían que bajar centenas de pies y pasar sobre balsas la estrecha corriente, mas nadie, ni siquiera el virrey, ni siquiera el arzobispo de Lima, hubieran descendido con los equipajes por no cruzar el famoso puente de San Luis Rey. El propio san Luis, rey de Francia, lo protegía con su nombre y con la iglesita de adobe que había al otro lado. El puente parecía ser una de esas cosas que duran eternamente; no era posible pensar que pudiera romperse. Todo peruano que se enteraba del accidente se santiguaba y hacía un cálculo mental de cuándo lo había cruzado por última vez y cuándo había abrigado el proyecto de volver a cruzarlo. La gente andaba por las calles como en éxtasis, [11] suspirando; padecían la alucinación de verse caer en el abismo.

There was a great service in the Cathedral. The bodies of the victims were approximately collected and approximately separated from one another, and there was great searching of hearts 50 in the beautiful city of Lima. Servant girls returned bracelets which they had stolen from their mistresses, and usurers harangued their wives angrily, in defense of usury. Yet it was

Se hizo un gran funeral en la catedral. Recogieronse aproximadamente los cuerpos de las víctimas, y aproximadamente también se separaron unos de otros, y en la hermosa ciudad de Lima se produjo un examen de conciencias. Criadas de servir devolvieron brazaletes que habían robado a sus señoras, y algunos usureros dirigieron a sus mujeres coléricos discursos defendiendo la usura. Sin embargo, es extraño que tal acontecimiento hubie-

rather strange that this event should have so impressed the Limeans, for in that country those catastrophes which lawyers shockingly call the "acts of God" were more than usually frequent. Tidal waves were continually washing away 5 cities; earthquakes arrived every week and towers fell upon good men and women all the time. Diseases were forever flitting in and out of the provinces and old age carried away some of the most admirable citizens. That is why it was so 10 surprising that the Peruvians should have been especially touched by the rent in the bridge of San Luis Rey.

Everyone was very deeply impressed, but only one 15 person did anything about it, and that was Brother Juniper. By a series of coincidences so extraordinary that one almost suspects the presence of some Intention, this little red-haired Franciscan from Northern Italy happened to be in Peru converting the 20 Indians and happened to witness the accident.

It was a very hot noon, that fatal noon, and coming around the shoulder of a hill Brother Juniper stopped to wipe his forehead and to gaze 25 upon the screen of snowy peaks in the distance, then into the gorge below him filled with the dark plumage of green trees and green birds and traversed by its ladder of osier. Joy was in him; things were not going badly. He had opened several 30 little abandoned churches and the Indians were crawling in to early Mass and groaning at the moment of miracle as though their hearts would break. Perhaps it was the pure air from the snows before him; perhaps it was the memory that 35 brushed him for a moment of the poem that bade him raise his eyes to the helpful hills. At all events he felt at peace. Then his glance fell upon the bridge, and at that moment a twanging noise filled the air, as when the string of some musical 40 instrument snaps in a disused room, and he saw the bridge divide and fling five gesticulating ants into the valley below.

Anyone else would have said to himself with 45 secret joy: "Within ten minutes myself...!" But it was another thought that visited Brother Juniper: "Why did this happen to those five?" If there were any plan in the universe at all, if there were any pattern in a human life, surely 50 it could be discovered mysteriously latent in those lives so suddenly cut off. Either we live by accident and die by accident, or we live by plan and die by plan. And on that instant

se impresionado tanto a los limeños, porque en aquel país catástrofes semejantes, a las que los letrados llaman con muy poco respeto «actos de Dios», acostumbraban a ser más que frecuentes. Continuamente, mareas furiosas se llevaban ciudades enteras; los terremotos las sacudían todas las semanas, y las torres no se cansaban de derrumbarse sobre hombres buenos y buenas mujeres. Las enfermedades siempre andaban entrando en las provincias y saliendo de ellas, y la vejez se iba llevando a algunos de los más admirables ciudadanos. Por eso fue sorprendente que los peruanos se conmovieran tan especialmente cuando se produjo un desgarrón en el puente de San Luis Rey.

Todo el mundo se impresionó muchísimo, pero nadie hizo nada al respecto excepto el hermano junípero. Merced a una serie de coincidencias tan extraordinarias que casi se llega a entrever en ellas una intención, aquel franciscanito de cabello rojo procedente del norte de Italia se encontraba a la sazón en el Perú y fue testigo del accidente.

Aquel fatal mediodía fue un mediodía muy cálido, y al subir la vertiente de una colina el hermano Junípero se detuvo a enjugarse el sudor de la frente y a contemplar la [12] pantalla de nevados picos que se alzaba en la lejanía, y después volvió la vista a la garganta que se hundía a sus pies llena del oscuro plumaje de árboles verdes y verdes pájaros, atravesada por su escalerilla de mimbres. Estaba henchido de gozo; las cosas no marchaban mal. Había vuelto a abrir algunas capillitas abandonadas y los indios entraban humildemente en ellas a oír la misa del alba, y suspiraban en el momento del milagro como si se les rompiesen los corazones. Tal vez fuese el aire puro de las nieves que tenía delante; acaso el recuerdo del poema que le rozó un momento le obligó a levantar los ojos hacia las útiles colinas. Fuera lo que fuera, se sentía en paz. Su mirada cayó sobre el puente, y en aquel instante un chasquido llenó el aire, como cuando la cuerda de un instrumento musical salta en una habitación vacía, y vio partirse el puente y lanzar cinco hormigas gesticulantes al abismo que estaba debajo de él.

Otro cualquiera se hubiese dicho con secreta alegría: «¡Si llega a suceder diez minutos más tarde, también yo...!» Pero fue otro el pensamiento que visitó al hermano junípero: «¿Por qué les ha sucedido esto precisamente a esos cinco?» Si existe algún plan, sea el que sea en el universo, si hay algún patrón preconcebido para la vida humana, seguramente podría descubrirse misteriosamente oculto en esas cinco vidas tan súbitamente segadas. O vivimos por accidente y por accidente morimos, o vivimos y morimos según un plan. Yen aquel mismo instante, el hermano junípe-

Brother Juniper made the resolve to inquire into the secret lives of those five persons, that moment falling through the air, and to surprise the reason of their taking off.

It seemed to Brother Juniper that it was high time for theology to take its place among the exact sciences and he had long intended putting it there. What he had lacked hitherto was a laboratory. Oh, there had never been any lack of specimens; any number of his charges had met calamity,—spiders had stung them; their lungs had been touched; their houses had burned down and things had happened to their children from which one averts the mind. But these occasions of human woe had never been quite fit for scientific examination. They had lacked what our good savants were later to call proper control. The accident had been dependent upon human error, for example, or had contained elements of probability. But this collapse of the bridge of San Luis Rey was a sheer Act of God. It afforded a perfect laboratory. Here at last one could surprise His intentions in a pure state.

You and I can see that coming from anyone but Brother Juniper this plan would be the flower of a perfect skepticism. It resembled the effort of those presumptuous souls who wanted to walk on the pavements of Heaven and built the Tower of Babel to get there. But to our Franciscan there was no element of doubt in the experiment. He knew the answer. He merely wanted to prove it, historically, mathematically, to his converts,—poor obstinate converts, so slow to believe that their pains were inserted into their lives for their own good. People were always asking for good sound proofs; doubt springs eternal in the human breast, even in countries where the Inquisition can read your very thoughts in your eyes.

This was not the first time that Brother Juniper had tried to resort to such methods. Often on the long trips he had to make (scurrying from parish to parish, his robe tucked up about his knees, for haste) he would fall to dreaming of experiments that justify the ways of God to man. For instance, a complete record of the Prayers for Rain and their results. Often he had stood on the steps of one of his little churches, his flock kneeling before him on the baked street. Often he had stretched his arms to the sky and declaimed the splendid ritual. Not often, but several times, he had felt the virtue enter

ro tomó la decisión de inquirir acerca de las vidas secretas de aquellas cinco personas que en ese momento caían por el aire, y de sorprender la razón por la cual se las había sacado de la existencia. [13]

Parecíale al hermano Junípero que ya era hora de que la teología ocupase su lugar entre las ciencias exactas y llevaba mucho tiempo intentando conseguirlo. Lo que hasta entonces le había faltado era un laboratorio. ¡Oh!, ejemplares, es decir, muestras, no habían escaseado nunca; casi todas sus ovejas habían sufrido calamidades: les habían picado las arañas; habían enfermado del pulmón; se les habían quemado las casas y a sus críos les habían ocurrido cosas en las cuales vale más no pensar. Pero estas ocasiones del dolor humano nunca habían sido lo bastante apropiadas para el examen científico. Faltábales lo que nuestros buenos sabios llamarían más tarde «control apropiado». El accidente, por ejemplo, o había dependido de algún error humano o había contenido elementos de probabilidad. Pero este hundimiento del puente de San Luis Rey era un puro acto de Dios. Proporcionaba un laboratorio perfecto. Aquí, al menos, podría uno sorprender Sus intenciones en estado puro.

Usted y yo podemos ver que viniendo de otro que no fuera el hermano junípero este proyecto sería la flor de un escepticismo perfecto. Parecía el esfuerzo de aquellas almas presuntuosas que quisieron pasear sobre los pavimentos del cielo y edificaron, para lograrlo, la torre de Babel. Mas, para nuestro franciscano, no existía elemento de duda en el experimento. Sabía la respuesta. Sólo quería probársela histórica, matemáticamente a sus conversos, pobres y testarudos conversos, tan tardos en creer que sus penas estaban insertas en sus vidas para su propio bien. Las gentes siempre se empeñaban en pedir buenas [14] pruebas sólidas: la duda surge eternamente en el pecho humano, hasta en países en que la Inquisición le puede leer a uno en los ojos los pensamientos.

No era aquélla la primera vez que el hermano junípero había intentado recurrir a tales métodos. A menudo, en los largos viajes que tenía que hacer (corriendo de parroquia en parroquia, con el hábito levantado hasta las rodillas, para darse más prisa), se permitía soñar con experimentos que justificasen ante el hombre los caminos de Dios. Por ejemplo, en una recopilación completa de las oraciones pidiendo lluvia y de sus resultados. Erguido en los escalones de entrada de alguna de sus capillitas, con su rebaño arrodillado ante él sobre la tierra quemada por el sol, a menudo había levantado los brazos al cielo y declamado el espléndido ritual. No a menudo, pero sí varias veces, había sentido que la vir-

him and seen the little cloud forming on the horizon. But there were many times when weeks went by... but why think of them? It was not himself he was trying to convince that rain and drought were wisely 5 apportioned.

Thus it was that the determination rose within him at the moment of the accident. It prompted him to busy himself for six years, knocking at all 10 the doors in Lima, asking thousands of questions, filling scores of notebooks, in his effort at establishing the fact that each of the five lost lives was a perfect whole. Everyone knew that he was working on some sort of memorial of the 15 accident and everyone was very helpful and misleading. A few even knew the principal aim of his activity and there were patrons in high places.

The result of all this diligence was an enormous book, which as we shall see later, was publicly burned on a beautiful Spring morning in the great square. But there was a secret copy and after a great many years and without much notice it found its way to the library 25 of the University of San Marco. There it lies between two great wooden covers collecting dust in a cupboard. It deals with one after another of the victims of the accident, cataloguing thousands of little facts and anecdotes and testimonies, and concluding with a dignified passage describing why God had settled 30 upon that person and upon that day for His demonstration of wisdom. Yet for all his diligence Brother Juniper never knew the central passion of Doña María's life; nor of Uncle Pio's, not even of 35 Esteban's. And I, who claim to know so much more, isn't it possible that even I have missed the very spring within the spring?

Some say that we shall never know and that to the 40 gods we are like the flies that the boys kill on a summer day, and some say, on the contrary, that the very sparrows do not lose a feather that has not been brushed away by the finger of God.

tud entraba en él, y había visto formarse la nubecilla en el horizonte. Mas también muchas veces pasaban semanas y semanas... pero ¿para qué pensar en ellas? No era a sí mismo a quien estaba intentando convencer de que la lluvia y la sequía eran sabiamente otorgadas.

Así surgió dentro de él la decisión en el momento del accidente. Le impulsó a dedicarse a ello durante 10 seis años, llamando a todas las puertas de Lima, haciendo miles de preguntas, llenando veintenas de cuadernos de notas, en su esfuerzo por dejar establecido el hecho de que cada una de las cinco vidas perdidas era un todo perfecto. Todo el mundo sabía que estaba 15 trabajando en una especie de recordatorio del accidente, y todo el mundo le ayudaba y le hacía equivocar el camino. Unos pocos llegaron hasta a conocer el fin principal de su actividad y tuvo mecenas en las altas esferas. [15]

20

Resultado de toda esta diligencia fue un libro enorme, que, como veremos más adelante, fue quemado en público, una hermosa mañana de primavera en la plaza Mayor. Pero existía una copia secreta y, después de muchos años, sin que muchos lo notasen, fue a dar a la biblioteca de la Universidad de San Marcos. Allí yace entre dos grandes tapas de madera, recogiendo polvo en un armario. Trata una tras otra de las víctimas del accidente y cataloga miles de hechos menudos, anécdotas y 25 testimonios, y concluye con un exaltado pasaje en el cual describe por qué Dios había elegido a aquella persona y aquel día para su demostración de sabiduría.

Mas, a pesar de toda su diligencia, el hermano Junípero no se enteró de la pasión central de la vida de doña María; ni de la del Tío Pío, ni siquiera de la de Esteban. Y yo, que pretendo saber mucho más, acaso no es posible que también haya dejado pasar inadvertido el verdadero resorte dentro del resorte?

Hay quien dice que nunca lo sabremos y que, para los dioses, somos como las moscas que los muchachos matan en los días de verano, y otros dicen, por el contrario, que las mismas golondrinas no pierden una pluma que no haya sido arrancada por el dedo de Dios. [16]

45

50

THE MARQUESA DE MONTEMAYOR

LA MARQUESA DE MONTEMAYOR

ANY Spanish schoolboy is required to know today more about Doña María, Marquesa de Montemayor, than Brother Juniper was to discover in years of research. Within a century of her death her letters had become one of the monuments of Spanish literature and her life and times have ever since been the object of long studies. But her biographers have erred in one direction as greatly as the Franciscan did in another; they have tried to invest her with a host of graces, to read back into her life and person some of the beauties that abound in her letters, whereas all real knowledge of this wonderful woman must proceed from the act of humiliating her and of divesting her of all beauties save one.

She was the daughter of a cloth-merchant who had acquired the money and the hatred of the Limeans within a stone's-throw of the Plaza. Her childhood was unhappy: she was ugly; she stuttered; her mother persecuted her with sarcasms in an effort to arouse some social charms and forced her to go about the town in a veritable harness of jewels. She lived alone and she thought alone. Many suitors presented themselves, but as long as she could she fought against the convention of her time and was determined to remain single. There were hysterical scenes with her mother, recriminations, screams and slamming of doors. At last at twenty-six she found herself penned into marriage with a supercilious and ruined nobleman and the Cathedral of Lima fairly buzzed with the sneers of her guests. Still she lived alone and thought alone, and when an exquisite daughter was born to her she fastened upon her an idolatrous love. But little Clara took after her father; she was cold and intellectual. At the age of eight she was calmly correcting her mother's speech and presently regarding her with astonishment and repulsion. The frightened mother became meek and obsequious but she could not prevent herself from persecuting Doña Clara with nervous attention and a fatiguing love. Again there were hysterical recriminations, screams and slamming of doors. From the offers of marriage that fell to her, Doña Clara deliberately chose the one that required her removal to Spain. So to Spain she went, to that land from which it takes six months to receive an answer to one's letter. The leave-taking before so long a voyage became in Peru one of the formal services of the Church. The ship was blessed and as the space widened between the vessel and the

A cualquier chiquillo de la escuela en España se le exige hoy en día que sepa más acerca de doña María, marquesa de Montemayor, de lo que el hermano junípero logró descubrir en años y años de investigación. Antes que hubiese pasado un siglo desde su muerte, sus cartas habían llegado a ser uno de los monumentos de la literatura española, y su vida y su época han sido siempre desde entonces objeto de extensos estudios. Pero sus biógrafos han errado el camino en una dirección, tanto como en otra lo errara el franciscano; han intentado atribuirle un sinfín de gracias, leer retrospectivamente en su vida y en su persona algunas de las bellezas en que abundan sus cartas, mientras que todo el conocimiento real de aquella mujer maravillosa debe obtenerse humillándola y desvestiéndola de todas las bellezas menos de una.

20

Era hija de un comerciante de tejidos que había ganado el dinero y el odio de los limeños a un tiro de piedra de la plaza Mayor. Su niñez fue triste; era fea; tartamudeaba; su madre la perseguía con sarcasmos en su empeño de despertar en ella algún encanto social, y la obligaba a andar por la ciudad cargada con un verdadero arnés de joyas. [19] Vivía sola y pensaba a solas. Se presentaron muchos pretendientes, pero mientras pudo luchó contra la costumbre de su tiempo y estaba decidida a quedarse soltera.

Hubo escenas históricas con su madre, recriminaciones, y gritos y puertas cerradas con tremendos portazos. Por fin, a los veintiséis años se encontró con que había firmado el contrato de matrimonio con un noble altanero y arruinado, y la catedral de Lima zumbó elegantemente con las burlas de todos los invitados.

Siguió viviendo sola y pensando a solas, y cuando le nació una hija exquisita, puso en ella un amor idólatra. Pero la niña Clara salió a su padre; era fría e intelectual. A los ocho años, corregía con toda tranquilidad el modo de hablar de su madre y la miraba con asombro y repulsión. La madre, asustada, se hizo mansa y obsequiosa, pero no supo dominarse y perseguía a doña Clara con atenciones nerviosas y agobiante cariño. Reprodujéronse las recriminaciones históricas, los gritos y los portazos. De todas las propuestas de matrimonio que cayeron sobre ella, doña Clara eligió deliberadamente la que exigía irse a — vivir a España. Ya España se fue, aquella tierra en la que se necesitaban seis meses para recibir respuesta a una carta. La despedida para tan largo viaje se convertía en el Perú en solemne servicio religioso. Se bendecía el barco y a medida que iba ensanchándose el espacio entre el bajel y la costa, los que se iban y los que se quedaban caían de hinojos y cantaban un

beach both companies knelt and sang a hymn that never failed to sound weak and timid in all that open air. Doña Clara sailed with most admirable composure, leaving her mother to gaze after the bright ship, her hand pressing now her heart and now her mouth. Blurred and streaked became her view of the serene Pacific and the enormous clouds of pearl that hang forever motionless above it.

Left alone in Lima the Marquesa's life grew 10 more and more inward. She became increasingly negligent in her dress and like all lonely people she talked to herself audibly. All her existence lay in the burning center of her mind. On that stage were performed endless dialogues with her daughter, impossible reconciliations, scenes 15 eternally recommenced of remorse and forgiveness. On the street you beheld an old woman her red wig fallen a little over one ear, her left cheek angry with a leprous affection, her right 20 with a complementary adjustment of rouge. Her chin was never dry; her lips were never still. Lima was a city of eccentrics, but even there she became its jest as she drove through the streets or shuffled up the steps of its churches. She was thought to be 25 continuously drunk. Worse things were said of her and petitions were afloat that she be locked up. She had been denounced three times before the Inquisition. It is not impossible that she might have been burned had her son-in-law been less influential in Spain and had 30 she not somehow collected a few friends about the viceregal court who suffered her for her oddity and her wide reading.

The distressing character of the relations between 35 mother and daughter were further embittered by misunderstandings over money. The Condesa received a handsome allowance from her mother and frequent gifts. Doña Clara soon became the outstanding woman of intelligence at the Spanish 40 court. All the wealth of Peru would have been insufficient to maintain her in the grandiose style she fancied for herself. Strangely enough her extravagance proceeded from one of the best traits in her nature: she regarded her friends, her servants 45 and all the interesting people in the capital, as her children. In fact there seemed only one person in the world towards whom she did not expend herself in kind offices. Among her *protégés* was the cartographer De Blasiis (whose *Maps of the New World* was 50 dedicated to the Marquesa de Montemayor amid the roars of the courtiers at Lima who read that she was the "*admiration of her city and a rising sun in the West*"); another was the scientist Azuarius whose

himno que siempre parecía sonar débil y tímido en tanto aire libre. Doña Clara se hizo a la vela con la más admirable compostura, dejando a su madre que miraba alejarse al brillante barco, con la mano apretada ya sobre el corazón, ya sobre la boca. Borrosa y estriada [20] se iba haciendo la visión del sereno Pacífico y de las enormes nubes perlinas que sobre él colgaban inmóviles.

Al quedarse sola en Lima, la vida de la marquesa se hizo cada vez más interior. Descuidó su esmero en el vestir, y como todas las gentes solitarias, hablaba en voz alta consigo misma. Toda su existencia yacía en el ardiente centro de su mente. En aquel escenario se representaban infinitos diálogos con su hija, reconciliaciones imposibles, escenas eternamente vueltas a 5 empezar de remordimiento y perdón. Se veía pasar por la calle a una mujer envejecida, con la peluca roja un tanto caída sobre una oreja, con la mejilla izquierda 10 abrasada por una afección leprosa, y la derecha con un emplasto suplementario de colorete. La barbilla no estaba nunca seca; sus labios no estaban nunca quietos. Lima era una ciudad de excéntricos, pero aun allí el chiste perpetuo era ella cuando recorría las calles o subía y bajaba las gradas de las iglesias. La gente pensaba que 15 estaba siempre ebria. Se decían de ella cosas aún peores, y hasta hubo quien pidió que se la encerrase. Tres veces la denunciaron ante la Inquisición. Y no es imposible que la hubiesen quemado si su yerno no hubiese tenido tanta influencia en España y ella tampoco 20 hubiese reunido unos cuantos amigos en la corte del virrey que seguían tratándola por su extraño modo de ser y su inmensa erudición.

El lamentable carácter de las relaciones entre madre e hija se amargaba aún más por desacuerdos en cuestiones de dinero. La condesa Clara recibía una importante pensión de su madre, que también le enviaba frecuentes regalos. Doña Clara pronto llegó a ser la mujer número 25 uno por su belleza y sobre todo por su inteligencia en la [21] corte española. Toda la riqueza del Perú no habría bastado para mantenerla en el tren grandioso con que se creía obligada a vivir. Aunque parezca extraño, su derroche procedía de uno de los mejores rasgos de su naturaleza; consideraba hijos a sus amigos, a sus criados y a todas las personas interesantes de la capital. De hecho, parecía no existir en el mundo una sola persona por la cual no se agotase a fuerza de hacerle favores. Entre 30 sus *protégés* estaba el cartógrafo De Blasiis (cuyos *Mapas del Nuevo Mundo* estaban dedicados a la condesa de Montemayor, entre los gritos de entusiasmo de los cortesanos de Lima que leían que era ella la «admira- ción de su ciudad y un sol que nacía en Poniente»). Otro de sus favorecidos fue el científico Azuarius, cuyo tratado so-

treatise on the laws of hydraulics was suppressed by the Inquisition as being too exciting. For a decade the Condesa literally sustained all the arts and sciences of Spain; it was not her fault that nothing memorable was produced in that time.

bre las leyes de la hidráulica fue prohibido por la Inquisición, por demasiado excitante. Durante una década, la condesa sostuvo en realidad todas las artes y las ciencias de España; no fue culpa suya si durante aquel tiempo no se produjo nada memorable.

About four years after Doña Clara's departure Doña María received her permission to visit Europe. On both sides the visit was anticipated with resolutions well nourished on self-reproach: the one to be patient, the other to be undemonstrative. Both failed. Each tortured the other and was on the point of losing her mind under the alternations of self-rebuke and the outbursts of passion. At length one day Doña María rose before dawn, daring no more than to kiss the door behind which her daughter was sleeping, took ship and returned to America. Henceforth letter-writing had to take the place of all the affection that could not be lived.

Pasados cuatro años desde la marcha de doña Clara, doña María recibió licencia para visitar Europa. Por ambos lados se anticipó la visita con resoluciones alimentadas en remordimientos. Una se propuso tener paciencia; la otra no ser demasiado efusiva. Ambas fracasaron. Cada una atormentó a la otra y estuvo a punto de perder el juicio entre las alternancias de autoacusación y las erupciones de pasión. Por fin, un día doña María se levantó antes de amanecer, sin atreverse más que a besar la puerta tras la cual estaba durmiendo su hija, tomó el barco y se volvió a América. De allí en adelante, la escritura de cartas se vio obligada a ocupar el lugar de todo el cariño que no podía vivirse. [22]

20

Hers were the letters that in an astonishing world have become the text-book of schoolboys and the ant-hill of the grammarians. Doña María would have invented her genius had she not been born with it, so necessary was it to her love that she attract the attention, perhaps the admiration, of her distant child. She forced herself to go out into society in order to cull its ridicules; she taught her eye to observe; she read the masterpieces of her language to discover its effects; she insinuated herself into the company of those who were celebrated for their conversation. Night after night in her baroque palace she wrote and rewrote the incredible pages, forcing from her despairing mind those miracles of wit and grace, those distilled chronicles of the **viceregal** court. We know now that her daughter barely glanced at the letters and that it is to the son-in-law that we owe their preservation.

Tales fueron las cartas que, en un mundo atónito, han llegado a ser libro de texto de los escolares y hormiguero de los gramáticos. Doña María hubiera inventado su genio si no hubiera nacido con él, tanto necesitaba su amor atraer la atención, acaso la admiración de su hija distante. Se impuso la obligación de frecuentar la sociedad para cosechar sus ridiculeces; adiestró sus ojos para observar; leyó las obras maestras de su lengua para descubrir sus efectos; se introdujo en el grupo de los que eran célebres por su conversación. Noche tras noche, en su palacio barroco, escribía y volvía a escribir las páginas increíbles, forcejeando con su mente desesperada para dar a luz aquellos milagros de gracia e ingenio, aquellas crónicas destiladas de la corte del virrey. Sabemos ahora que su hija a duras penas miraba las cartas y que el que se hayan conservado se debe a su yerno.

The Marquesa would have been astonished to learn that her letters were immortal. Yet many critics have accused her of keeping one eye on posterity and point to a number of letters that have all the air of being bravura pieces. To them it seems impossible that Doña María should have put herself to the same pains to dazzle her daughter that most artists expend on dazzling the public. Like her son-in-law they misunderstood her; the Conde delighted in her letters, but he thought that when he had enjoyed the style he had extracted all their richness and intention, missing (as most readers do) the whole purport of literature, which is the notation of the heart. Style is but the faintly contemptible vessel in which the bitter liquid is recommended to the world. The Marquesa would

A la marquesa le hubiera asombrado saber que sus cartas eran inmortales. Y sin embargo, muchos críticos la han acusado de tener un ojo fijo en la posteridad, y señalan cierto número de cartas que tienen todo el aire de ser piezas de virtuosismo. Se les antoja imposible que doña María se tomase tantos trabajos para deslumbrar a su hija, como la mayoría de los artistas se toman para deslumbrar al público. Lo mismo que su yerno, no la comprendieron; al conde le deleitaban sus cartas, pero pensaba que con haber saboreado su estilo había extraído toda su riqueza y su intención y no veía (como otros muchos lectores) el propósito entero de la literatura que es la notación del corazón. El estilo no es más que la vasija ligeramente despreciable en que el amargo líquido se confía al mundo. A la marquesa le hubiese asom-

even have been astonished to learn that her letters were very good, for such authors live always in the noble weather of their own minds and those productions which seem remarkable to us are little better than a day's routine to them.

This was the old woman who hour by hour would sit upon her balcony, her odd straw hat casting a purple shadow across her lined and yellow face. How often as she turned her pages with her gemmed hands, she would ask herself, almost with amusement, whether the constant pain at her heart had an organic seat. She wondered whether a subtle doctor cutting through to that battered throne could at last discover a sign and lifting his face to the amphitheatre cry out to his students: "This woman has suffered, and her suffering has left its mark upon the structure of her heart." This idea had so often visited her that one day she wrote it into a letter and her daughter scolded her for an introspective and for making a cult of sorrow.

The knowledge that she would never be loved in return acted upon her ideas as a tide acts upon cliffs. Her religious beliefs went first, for all she could ask of a god, or of immortality, was the gift of a place where daughters love their mothers; the other attributes of Heaven you could have for a song. Next she lost her belief in the sincerity of those about her. She secretly refused to believe that anyone (herself excepted) loved anyone. All families lived in a wasteful atmosphere of custom and kissed one another with secret indifference. She saw that the people of this world moved about in an armour of egotism, drunk with self-gazing, athirst for compliments, hearing little of what was said to them, unmoved by the accidents that befell their closest friends, in dread of all appeals that might interrupt their long communion with their own desires. These were the sons and daughters of Adam from Cathay to Peru. And when on the balcony her thoughts reached this turn, her mouth would contract with shame for she knew that she too sinned and that though her love for daughter was vast enough to include all the colors of love, it was not without a shade of tyranny: she loved her daughter not for her daughter's sake, but for her own. She longed to free herself from this ignoble bond; but the passion was too fierce to cope with. And then on that green balcony a strange warfare would shake the hideous old lady, a singularly futile struggle against a temptation to which she would never have the opportunity of succumbing. How

brado hasta el saber que sus cartas [23] eran muy buenas, porque tales autores viven siempre en la noble atmósfera de sus propias mentes y aquellos productos que a nosotros nos parecen notables son para ellos poco más que una rutina cotidiana.

Ésta era la anciana que pasaba hora tras hora sentada en su mirador, tocada con el viejo sombrero de paja que proyectaba una sombra purpúrea sobre su rostro arrugado y amarillo. ¡Cuán a menudo, al volver las páginas sus enjoyadas manos, se preguntaría, casi divertida, si el dolor constante de su corazón sería de origen orgánico! Si acaso —fantaseaba— un cirujano sutil le abriese el corazón, trono maltrecho, ¿ano podría acabar por descubrir en él una señal y, levantando el rostro hacia el anfiteatro, gritar a sus discípulos: «Esta mujer ha sufrido y su sufrimiento ha dejado una marca en la estructura de su corazón»? Esta idea la había visitado tantas veces que un día la escribió en una carta a su hija, y ésta la reprendió por ser demasiado introspectiva y hacer un culto de la pena.

El saber que nunca pagarían su amor con amor obraba sobre sus ideas como la marea desgasta el acantilado. Lo primero que desapareció fue su creencia religiosa, porque todo lo que podía pedir a un dios o a la inmortalidad era que le diesen un lugar donde las hijas amen a las madres. Los demás atributos del cielo no le importaban un ardite. Después perdió su fe en la sinceridad de los que la rodeaban. En secreto, se negaba a creer que nadie (excepto ella) amase a nadie. Todas las familias vivían en una baldía atmósfera de costumbres y se besaban unos a otros con secreta indiferencia. Vio que las gentes de este mundo se movían de un lado para otro dentro de una armadura de egoísmo, ebrios a fuerza de mirarse a sí [24] mismos, sedientos de lisonjas, no oyendo casi nada de lo que les decían, sin que les conmovieran las desdichas que caían sobre sus amigos más íntimos, temiendo todos los llamamientos que pudieran interrumpir su larga comunión con sus propios deseos. Así eran los hijos y las hijas de Adán desde la China al Perú. Y cuando, en el mirador, sus pensamientos tomaban ese giro, se le contraía la boca de vergüenza porque sabía que ella también pecaba y que, aunque su amor por su hija era tan vasto que podía incluir todos los colores del amor, no estaba exento de un matiz de tiranía; amaba a su hija, no por su hija sino por sí misma. Ansiaba verse libre de esa atadura innoble, pero la pasión era demasiado feroz para poder luchar contra ella. Y entonces, en aquel verde mirador, una guerra extraña sacudía a la horrenda señora, una lucha singularmente fútil contra una tentación a la cual nunca

could she rule her daughter when her daughter saw to it that four thousand miles lay between them? Nevertheless Doña María wrestled with the ghost of her temptation and was worsted on every occasion. She wanted her daughter for herself; she wanted to hear her say: "You are the best of all possible mothers"; she longed to hear her whisper: "Forgive me."

About two years after her return from Spain there took place a series of inconspicuous events that had a great deal to tell about the inner life of the Marquesa. Only the faintest allusion to them occurs in the Correspondence, but as that is found in Letter XXII which contains other signs I shall do my best to give a translation and commentary of the first part of the letter:

"Are there no doctors in Spain? Where are those good men from Flanders that used to help you so? Oh, my treasure, how can we punish you enough for letting your cold endure so many weeks? Don Vicente, I implore you to make my child see reason. Angels of Heaven, I implore you to make my child see reason. Now that you are better, I beg of you, resolve that when the first warning of a cold comes you will steam yourself well and go to bed. Here in Peru I am helpless; I can do nothing. Do not be self-willed, my beloved. God bless you. I am enclosing in today's packet the gum of some tree which the sisters of San Tomás peddle from door to door. Whether it be of much use I know not. It can do no harm. I am told that in the convent the silly sisters inhale it so diligently that one cannot smell the incense at Mass. Whether it be worth anything I know not; try it.

*"Rest easy, my love, I am sending His Most Catholic Majesty the perfect gold chain." (Her daughter had written her: "The chain arrived in good condition and I wore it at the christening of the Infante. His Most Catholic Majesty was gracious enough to admire it and when I told Him that you had given it me He sent you His compliments upon your taste. Do not fail to send Him one as like it as possible; send it at once, by way of the Chamberlain.") "He need never know that in order to obtain it I had to walk into a picture. Do you remember that in the sacristy of San Martin there is a portrait by Velasquez of the Viceroy who founded the monastery and of his wife and brat? and that his wife is wearing a gold chain? I resolved that only that chain would do. So one midnight I slipped into the sacristy, climbed upon the **robing**-table like a girl of twelve and walked in.*

tendría ocasión de sucumbir. ¿Cómo podría dominar a su hija cuando su hija había tomado la precaución de poner entre ambas cuatro mil millas? A pesar de lo cual, doña María luchaba a brazo partido con el fantasma de su tentación, y siempre resultaba vencida. Quería a su hija para sí; necesitaba oírla decir: «Eres la mejor de las madres posibles»; ansiaba oírla murmurar: «¡Perdóname!».

Dos años después de su vuelta de España tuvo lugar una serie de acontecimientos sin importancia que ejercieron gran influencia en la vida interior de la marquesa. En su correspondencia no hay más que una levísima alusión a ellos, pero como se encuentra en la carta XXII que contiene otros signos, haré lo que pueda por dar una traducción y un comentario de la primera parte de la carta: [25]

¿Es que no hay médicos en España? ¿Dónde están aquellos buenos hombres de Flandes que acostumbraban a cuidarte tan bien? ¡Ay, tesoro mío, qué castigo mereces por consentir que un resfriado te dure tantas semanas! Don Vicente, os suplico que hagáis entrar en razón a mi hija. ¡Ángeles del cielo, os imploro que hagáis entrar en razón a mi hija! Ahora que estás mejor, te lo pido, resuelve que a la primera amenaza de resfriado tomarás unas buenas unciones y te meterás en cama. Aquí en el Perú, no sirvo para nada; nada puedo hacer. No seas terca, amor mío. Dios te bendiga. En el paquete de hoy incluyo la goma de no sé qué árbol que las hermanitas de Santo Tomás venden de puerta en puerta. No sé si servirá de algo. No puede hacer daño. Dicen que en el convento las tontas de las hermanas la respiran con tal diligencia que en misa no se nota el olor a incienso. No sé si valdrá para algo. Pruébala.

Descansa, amor mío; envío a Su Católica Majestad la cadena de oro perfecta. [Su hija le había escrito: «La cadena llegó en buen estado y la llevé en el bautizo de la Infanta. Su Católica Majestad tuvo la gentileza de admirarla y cuando le dije que me la habías dado tú, me encargó te cumplimentase por tu buen gusto. No dejes de enviarme una lo más parecida posible por mediación del chambelán».] No hace falta que sepas que para conseguirla tuve que ir a asaltar un cuadro. Recordarás que en la sacristía de San Martín hay un retrato, pintado por Velázquez, del virrey que fundó el monasterio con su mujer y con su niña. Y que su mujer lleva una cadena de oro. [26] Decidí que sólo aquella cadena podía servir para el caso. Así, una medianoche me deslicé a la sacristía, me subí a la mesa de vestir como una chiquilla de doce años y eché a andar sobre ella. El lienzo se re-

The canvas resisted for a moment, but the painter himself came forward to lift me through the pigment. I told him that the most beautiful girl in Spain wished to present the finest gold chain that could be found to the most gracious king in the world. It was as simple as that, and there we stood talking, we four, in the gray and silvery air that makes a Velasquez. Now I keep thinking about a more golden light; I keep looking at the Palace: I must pass the evening in a Titian. Would the Viceroy let me?

“But His Excellency has the gout again. I say ‘again’ because the flattery of the court insists that there are times when he is free of it. This being Saint Mark’s day His Excellency started out to visit the University where twenty-two new doctors were being brought into the world. He had hardly been carried from his divan to his coach when he screamed and refused to go any farther. He was carried back to his bed where he broke a most delicious cigar and sent for the Perichole. And while we listened to long doctrinal addresses, more or less in Latin, he heard all about us, more or less in Spanish, from the reddest and cruellest lips in town.” (Doña María permitted herself this passage, although she had just read in her daughter’s last letter: “How many times must I tell you to be more cautious in the things you say in your letters? They often show signs of having been opened on the journey. Nothing could be more ill-judged than your remarks on the you-know-what-I-mean at Cuzco. Such remarks are not funny, even though Vicente did compliment you upon them in his postscript, and they might get us into a great deal of trouble with Certain Persons here in Spain. I continue to be astonished that your indiscretions have not long since led to your being ordered to retire to your farm.”)

“There was a great press at the Exercises and two women fell from the balcony, but God in His goodness saw that they fell on Doña Merced. All three are badly hurt, but will be thinking of other things within a year. The President was speaking at the moment of the accident and being short-sighted could not imagine what the disturbance of cries and talk and falling bodies could be about. It was very pleasant to see him bowing, under the impression that he was being applauded.

“Speaking of the Perichole, and of applause, you should know that Pepita and I decided to go to the Comedia this evening. The public still idolizes its Perichole; it even forgives her her years. We are told that she saves what she can, every morning,

sistió un poco, pero el pintor vino en mi ayuda a través del color. Le dije que la muchacha más bonita de España deseaba ofrecer la más linda cadena de oro que pudiera encontrarse a la más graciosa Majestad del mundo. Ni más ni menos. Y así nos estuvimos hablando, los cuatro en el aire gris y plata que hace que un cuadro sea un Velázquez. Ahora estoy pensando en una luz más dorada: estoy mirando el palacio; tengo que pasar la noche con un Tiziano, ¿me lo consentirá el virrey?

Pero Su Excelencia está otra vez con gota. Digo otra vez porque la adulación de la corte insiste en que hay veces que está libre de ella. Como era el día de San Marcos, Su Excelencia salió para ir a visitar la Universidad donde veintidós nuevos doctores eran lanzados al mundo. Pero apenas le habían llevado del diván al coche, empezó a dar gritos y se negó a seguir el viaje. Le volvieron a la cama, donde encendió un deliciosísimo cigarro y mandó a buscar a la Perichole. Y mientras los demás escuchábamos largos discursos doctrinales, más o menos en latín, él oía hablar de nosotros, más o menos en español, a los labios más rojos y más crueles de la ciudad. [Doña María se permitió escribir esto a pesar de que acababa de leer en la última carta de su hija: «¿Cuántas veces tendré que decirte que seas más prudente en las cosas que dices en tus cartas? A menudo traen [27] señales de haber sido abiertas en el camino. Nada podría juzgarse peor que tus observaciones acerca de tú sabes qué quiero decir en el Cuzco. Tales observaciones no son graciosas, aunque Vicente te las elogie en su postdata, y pudieran causarnos dificultades con Ciertas Personas aquí en España. Sigo asombrándome de que tus indiscreciones no hayan dado ocasión para que te ordenen retirarte a tus tierras, hace ya mucho tiempo.»]

Hubo grandísima concurrencia en los Ejercicios y dos mujeres se cayeron de la tribuna, pero Dios con su bondad dispuso que cayesen sobre doña Mercedes. Las tres están malheridas, pero dentro de un año ya estarán pensando en otra cosa. En el momento del accidente el presidente estaba hablando, y como es corto de vista no pudo figurarse qué significaban los gritos, la agitación y el golpetazo de los cuerpos al caer. Fue muy divertido ver cómo se inclinaba y hacía reverencias creyendo que le estaban aplaudiendo.

Hablando de la Perichole, y de aplausos, has de saber que Pepita y yo hemos decidido ir hoy a la comedia. El público sigue idolatrando a la Perichole; hasta le perdona los años que tiene. Nos dicen que salva lo que puede, todas las mañanas,

by passing alternate pencils of ice and fire across her cheeks." (Translation falls especially short of this conceit which carries the whole flamboyance of the Spanish language. It was intended as an obsequious flattery of the Condesa, and was untrue. The great actress was twenty-eight at this time; her cheeks had the smoothness and polish of dark yellow marble and would certainly have retained that quality for many years. Apart from the cosmetics required by her performances the only treatment Camila Perichole afforded her face was to throw cold water at it twice a day, like a peasant woman at a horse trough.) "That curious man they call Uncle Pio is by her all the time. Don Rubío says that he cannot make out whether Uncle Pio is her father, her lover, or her son. The Perichole gave a wonderful performance. Scold me all you like for a provincial ninny, you have no such actresses in Spain." And so on.

20

It is on this visit to the theatre that further matter hangs. She decided to go to the Comedia where the Perichole was playing Doña Leonor in Moreto's *Trampa Adelante*; perhaps some material could be derived from the visit for her daughter's next letter. She took with her Pepita, a little girl about whom later we shall learn much. Doña María had borrowed her from the orphanage connected with the Convent of Santa María Rosa de las Rosas to be her companion. The Marquesa sat in her box gazing with flagging attention at the brilliant stage. Between the acts it was the Perichole's custom to lay aside the courtly role and appear before the curtain to sing a few topical songs. The malicious actress had seen the Marquesa arrive and presently began improvising couplets alluding to her appearance, her avarice, her drunkenness, and even to her daughter's flight from her. The attention of the house was subtly directed to the old woman and a rising murmur of contempt accompanied the laughter of the audience. But the Marquesa, deeply moved by the first two acts of the comedy, scarcely saw the singer and sat staring before her, thinking about Spain. Camila Perichole became bolder and the air was electric with the hatred and glee of the crowd. At last Pepita plucked the Marquesa's sleeve and whispered to her that they should go. As they left the box the house arose and burst into a roar of triumph; the Perichole flung herself into a frenzied dance, for she saw the manager at the back of the hall and knew that her salary had been increased.

pasándose por las mejillas lapiceros alternados de hielo y de fuego. [La traducción se queda especialmente corta en este concepto que tiene toda la flameante elocuencia del lenguaje español. La marquesa quiso poner en él una obsequiosa adulación a su hija la condesa, y faltó a la verdad. La gran actriz tenía [28] entonces veintiocho años, sus mejillas la suavidad y el lustre del mármol amarillo oscuro, y ciertamente hubieran conservado su calidad durante muchos años. Fuera de los cosméticos que requería su trabajo en el teatro, Camila Perichole se echaba con las manos agua fría a la cara como una campesina en el bebedero de los caballos.] Ese hombre curioso a quien llaman Tío Pío se pasa la vida a su lado. Don Rubio dice que no ha podido averiguar si es su padre, su amante o su hijo. La Perichole es maravillosa. Ríñeme lo que quieras, diciéndome que soy una provinciana tonta, pero no tenéis en España actrices como ésta. [Y por ahí seguía.]

De aquella visita al teatro pende todo el asunto. La marquesa decidió ir a la comedia donde la Perichole representaba el papel de doña Leonor en *Trampa adelante*, de Moreto; acaso pudiera sacar material para la próxima carta a su hija. Llevó consigo a Pepita, una joven sobre la cual tendremos mucho que decir. Doña María la había pedido prestada al orfanato que estaba unido al convento de Santa María Rosa de las Rosas, para que le sirviese de acompañante. La marquesa estaba sentada en su palco mirando con vacilante atención al brillante escenario. En los entreactos, la Perichole acostumbraba a dejar de lado el papel cortesano y aparecía a telón corrido para cantar unas cuantas canciones epigramáticas. La maliciosa actriz había visto llegar a la marquesa y se puso a improvisar coplas que aludían a su fealdad, a su avaricia, a su desmedida afición a la bebida, y hasta a la fuga de su hija. La cantante se las arregló para dirigir sutilmente la atención [29] del público hacia la señora, y un murmullo de desprecio acompañaba la risa de los espectadores. Mas la marquesa, profundamente conmovida por los dos primeros actos de la comedia, apenas reparó en la cantante, aunque al parecer la miraba con los ojos muy abiertos, porque estaba pensando en España. Camila Perichole se fue envalentonando y el aire estaba cargado de electricidad con el odio y el gozo de la multitud. Por fin, Pepita tiró de una manga a la marquesa y le dijo al oído que deberían marcharse. Cuando salieron del palco, la sala entera se puso en pie y rompió en un rugido de triunfo. La Perichole se lanzó a una danza desenfundada, porque vio al empresario en el fondo del patio de butacas y comprendió que le iba a su-

But the Marquesa remained unaware of what had taken place; in fact she was quite pleased, for during the visit she had contrived a few felicitous phrases, phrases (who knows) that might bring a smile to her daughter's face and might make her murmur: "Really, my mother is charming."

In due time the report reached the Viceroy's ears that one of his aristocrats had been openly baited in the theatre. He summoned the Perichole to the Palace and ordered her to call upon the Marquesa and to apologize. The trip was to be made barefoot and in a black dress. Camila argued and fought, but all she gained was a pair of shoes.

The Viceroy had three reasons for insisting. In the first place the singer had taken liberties with his court. Don Andrés had contrived to make exile endurable by building up a ceremonial so complicated that it could be remembered only by a society that had nothing else to think about. He nursed his little aristocracy and its minute distinctions and any insult paid to a Marquesa was an insult to His Person. In the second place, Doña María's son-in-law was an increasingly important personage in Spain, laden with possibilities of injury to the Viceroy, nay with the possibility of supplanting him. The Conde Vicente d'Abuirre must not be vexed, even through his half-wit mother-in-law. Finally, the Viceroy was delighted to humble the actress. He suspected that she was deceiving him with a matador, perhaps with an actor,—between the flattery of the court and the inertia of gout he could not quite make out who it was; at all events, it was clear that the singer was beginning to forget that he was one of the first men in the world.

The Marquesa, beside not having heard the scurrilous songs, was in other ways unprepared for the actress's visit. You should know that after the departure of her daughter, Doña María had lighted upon a certain consolation: she had taken to drinking. Everyone drank *chicha* in Peru and there was no particular disgrace in being found unconscious on a feast day. Doña María had begun to discover that her feverish monologues had a way of keeping her awake all night. Once she took a delicate fluted glassful of *chicha* on retiring. Oblivion was so sweet that presently she stole larger amounts and tried dissimulating their effects from Pepita; she hinted that she was not well, and represented herself as going into a decline. At last she resigned all pretense. The

bir el sueldo. Pero la marquesa no se dio cuenta de lo que había ocurrido; en realidad estaba muy contenta, porque durante el espectáculo se le habían ocurrido unas cuantas frases felices, frases, ¿quién sabe?, que tal vez pudieran traer una sonrisa al rostro de su hija, y acaso llegaría a murmurar: «La verdad es que mi madre es encantadora».

A su debido tiempo llegó a oídos del virrey el informe de que en el teatro se habían burlado públicamente de uno de sus aristócratas. Llamó a palacio a la Perichole y le ordenó que fuese a visitar a la marquesa y a disculparse. La visita había de llevarla a cabo con los pies descalzos y vestida de negro. Camila discutió y luchó, pero todo lo que pudo conseguir fue un par de zapatos.

El virrey tenía tres motivos para insistir. En primer lugar, la cantante se había tomado libertades con su corte. Don Andrés había logrado hacer tolerable el destierro organizando un ceremonial tan complicado que sólo podían [30] recordarlo y cumplirlo gentes que no tenían otra cosa en que pensar. Mimbaba a su reducida aristocracia y cuidaba de sus minuciosas distinciones, así es que cada insulto a una marquesa era un insulto a su persona. En segundo lugar, el yerno de doña María era un personaje cada vez más importante en España, cargado de posibilidades de perjudicar al virrey y hasta de suplantarle. Al conde don Vicente de Abuirre no había que molestarle, ni siquiera en la persona de su suegra medio chiflada. Finalmente, al virrey le encantaba humillar a la actriz. Sospechaba que le estaba engañando con un matador, acaso con un actor... entre las adulaciones de la corte y la inercia de la gota no lograba poner completamente en claro con quién era... pero de todos modos era evidente que la cantante estaba empezando a olvidar que él era uno de los primeros hombres del mundo.

La marquesa, además de no haber oído las insultantes canciones, estaba, en otros aspectos, sin preparar para la visita de la actriz. Tienen ustedes que saber que, después de la marcha de su hija, doña María había descubierto un consuelo: se había dado a la bebida. Todo el mundo bebía *chicha* en el Perú y no era deshonor alguna que en un día de fiesta le encontrasen a uno inconsciente. Doña María había ido descubriendo que sus monólogos febriles no la dejaban dormir en toda la noche. Una vez tomó al retirarse una copa delicadamente estriada de *chicha*. El olvido fue tan dulce que ahora ya bebía mayores tragos e intentaba disimular los efectos ante Pepita; decía que no se sentía bien, y fingía que su salud estaba en decadencia. Acabó por renunciar a todo fingimiento. Los barcos que llevaban sus cartas a Es-

boats that carried her letter to Spain did not leave oftener than once a month. During the week that preceded the making of the packet she observed a strict regimen and cultivated the city assiduously for material. At last on the eve of the post she wrote the letter, making up the bundle towards dawn and leaving it for Pepita to deliver to the agent. Then as the sun rose she would shut herself up in her room with some flacons and drift through the next few weeks without the burden of consciousness. Finally she would emerge from her happiness and prepare to go into a state of "training" in preparation for the writing of another letter.

Thus on the night following the scandal in the theatre she wrote Letter XXII and retired to bed with a carafe. All next day Pepita moved about the room, glancing anxiously at the figure on the bed. The next afternoon Pepita brought her needlework into the room. The Marquesa lay staring at the ceiling with wide-open eyes, talking to herself. Towards dusk Pepita was called to the door and informed that the Perichole had come to see the mistress. Pepita remembered the theatre very well and sent back word angrily that the mistress refused to see her. The man carried the message to the street door, but returned awestruck with the news that the Señora Perichole was armed with a letter from the Viceroy presenting her to the lady. Pepita tiptoed to the bed and started talking to the Marquesa. The glazed eyes moved to the girl's face. Pepita shook her gently. With great effort Doña María tried to fix her mind on what was being said to her. Twice she lay back, refusing to seize the meaning, but at last, like a general calling together in a rain and by night the dispersed division of his army she assembled memory and attention and a few other faculties and painfully pressing her hand to her forehead she asked for a bowl of snow. When it was brought her, she long and drowsily pressed handfuls of it against her temples and cheeks; then rising she stood for a long time leaning against the bed and looking at her shoes. At last she raised her head with decision, she called for her fur-trimmed cloak and a veil. She put them on and tottered into her handsomest reception room where the actress stood waiting for her.

Camila had intended to be perfunctory and if possible impudent, but now she was struck for the first time with the dignity of the old woman. The mercer's daughter could carry herself at times with all the distinction of the Montemayors and when she

pañña no acostumbraban a [31] salir más que una vez al mes. Durante la semana precedente a la preparación del envío, observaba una dieta estricta y cultivaba el trato con la ciudad entera asiduamente en busca de material. El día anterior a la salida del correo escribía la carta, preparaba el paquete al despuntar la aurora y dejaba a Pepita que se la entregase al agente. Luego, en cuanto el sol se levantaba, se encerraba en su habitación con unos cuantos frascos y se dejaba llevar durante unas cuantas semanas, libre del peso de la conciencia. Luego surgía de su bienaventuranza y se disponía a entrar en el período de «entrenamiento» preparándose a escribir otra carta.

Así, la noche que siguió al escándalo en el teatro, escribió la carta XXII y se fue a la cama con un botellón. Al día siguiente, Pepita no hacía más que entrar y salir del cuarto, mirando con ansiedad el cuerpo que estaba tendido en el lecho. Por la tarde Pepita se instaló con su labor en la estancia. La marquesa miraba al techo con los ojos muy abiertos, y hablaba consigo misma... Al oscurecer, llamaron a Pepita y le informaron de que la Perichole había venido a visitar a la señora. Pepita recordaba muy bien la escena del teatro y respondió enojada que la señora se negaba a recibirla. El hombre bajó con la respuesta, pero volvió asustado con la noticia de que la señora Perichole venía armada con una carta de presentación del señor virrey. Pepita se aproximó al lecho de puntillas y empezó a hablar a la marquesa. Los ojos vidriosos se volvieron hacia el rostro de la joven. Pepita la sacudió cariñosamente. Con gran esfuerzo, doña María intentó fijar la mente en lo que le decían. Dos veces se incorporó y se volvió a tender negándose a seguir intentando [32] comprender; como un general que intenta reunir en la noche bajo la lluvia la división dispersa de su ejército fue reuniendo la memoria, la atención y otras pocas facultades y, apretándose fuertemente la frente con la mano, pidió que le trajesen un cuenco de nieve. Cuando se lo trajeron, larga y perezosamente se la apretaba contra las sienes a puñados, se frotaba con ella las mejillas, levantándose; luego estuvo largo rato en pie apoyada en la cama y mirándose los zapatos. Por fin levantó la cabeza con decisión, pidió su abrigo forrado de pieles y un velo. Se los puso y entró vacilante en su mejor sala de recibir donde la actriz, en pie, la estaba esperando.

Camila tenía intención de mostrarse malhumorada y hasta, a ser posible, desvergonzada, mas por primera vez la impresionó la dignidad de la anciana. La hija del mercero sabía presentarse a veces con toda la distinción de los Montemayor, y cuando estaba ebria al-

was drunk she wore the grandeur of Hecuba. For Camila the half-closed eyes had the air of weary authority and she began almost timidly:

canzaba la grandeza de Hécuba. Para Camila aquellos ojos medio cerrados tenían aire de autoridad cansada, y comenzó a hablar casi con timidez.

“I come, Señora, to make sure that you could not have misunderstood anything I said on the evening that Your Grace did me the honour to visit my theatre.”

—He venido, señora, a asegurarme de que no habrá interpretado mal nada de lo que dije la tarde en que Vuestra Gracia me hizo el honor de visitar mi teatro.

“Misunderstood? Misunderstood?” said the Marquesa.

—¿Interpretar mal? ¿Interpretar mal? —dijo la marquesa.

“Your Grace might have misunderstood and thought that my words were intended to be disrespectful to Your Grace.”

—Vuestra Gracia pudiera haberse figurado que mis palabras tenían intención de faltarle al respeto.

“To me?”

—¿A mí?

“Your Grace is not offended at her humble servant? Your Grace is aware that a poor actress in my position may be carried beyond her intentions... that it is very difficult... that everything...”

—¿Vuestra Gracia no está ofendida con esta humilde servidora? ¿Vuestra Gracia se da cuenta de que una pobre actriz, en mi posición, puede a veces dejarse llevar más allá [33] de sus intenciones?... ¿de que es muy difícil... de que todo...?

“How can I be offended, Señora? All that I can remember is that you gave a beautiful performance. You are a great artist. You should be happy, happy. My handkerchief, Pepita...”

—¿Cómo podría estar ofendida, señora? Todo lo que alcanzo a recordar es que usted trabajó maravillosamente. Es usted una gran artista. Debiera usted ser feliz, feliz. Mi pañuelo, Pepita...

The Marquesa brought out these words very rapidly and vaguely, but the Perichole was confounded. A piercing sense of shame filled her. She turned crimson. At last she was able to murmur:

La marquesa dijo aquellas palabras rápida y vagamente, pero la Perichole se quedó confundida. Apoderóse de ella una sensación de vergüenza. Se puso roja. Por fin, pudo murmurar:

“It was in the songs between the acts of the comedy. I was afraid Your Grace...”

—Fueron las canciones en los entreactos. Temí que Vuestra Gracia...

“Yes, yes. I remember now. I left early. Pepita, we left early, did we not? But, señora, you are good enough to forgive my leaving early, yes, even in the middle of your admirable performance. I forget why we left. Pepita... oh, some indisposition...”

—Sí, sí... ahora recuerdo. Me fui pronto con Pepita, nos retiramos muy temprano, ¿verdad? Pero, señora, usted perdonará que me marchase antes que usted hubiese terminado su admirable representación. No recuerdo por qué nos fuimos. Pepita... sin duda una ligera indisposición...

It was impossible that anyone in the theatre could have missed the intention of the songs. Camila could only assume that the Marquesa, out of a sort of fantastic magnanimity, was playing the farce of not having noticed it. She was almost in tears: “But you are so good to overlook my childishness, Señora,—I mean Your Grace. I did not know. I did not know your goodness. Señora, permit me to kiss your hand.”

Era imposible que nadie en el teatro no se hubiera dado cuenta de la intención de las canciones. Camila sólo pudo suponer que la marquesa, gracias a una especie de magnanimidad fantástica, estaba representando la farsa de no haberla notado. Casi se le saltaron las lágrimas.

—Pero es su merced tan buena que, señora... quiero decir, Vuestra Gracia... que no quiso reparar en mi chiquillada. Yo no sabía que erais tan bondadosa... Señora, permitid que os bese la mano.

Doña María held out her hand astonished. She had not for a long time been addressed with such consideration. Her neighbors, her tradespeople, her

Doña María, atónita, alargó la mano. Hacía muchísimo tiempo que nadie se había dirigido a ella con tanta consideración. Sus vecinos, sus proveedores, sus criados —por-

servants—for even Pepita lived in awe of her,—her very daughter had never approached her thus. It induced a new mood in her; one that must very likely be called maudlin. She became loquacious:

“Offended, offended at you, my beautiful,... my gifted child? Who am I, a... an unwise and unloved old woman, to be offended at you? I felt, my daughter, as though I were—what says the poet?—*surprising through a cloud the conversation of the angels*. Your voice kept finding new wonders in our Moreto. When you said:

‘Don Juan, si mi amor estimas,
Y la fe segura es necia.
Enojarte mis temores
Es no quedarme discreta.
¿Tan seguros....?’

and so on,—that was true! And what a gesture you made at the close of the First Day. There, with your hand so. Such a gesture as the Virgin made, saying to Gabriel: *How is it possible that I shall have a child?* No, no, you will begin to have resentment at me, for I am going to tell you about a gesture that you may remember to use some day. Yes, it would fit well into that scene where you forgive your Don Juan de Lara. Perhaps I should tell you that I saw it made one day by my daughter. My daughter is a very beautiful woman... everyone thinks. Did... did you know my Doña Clara, Señora?”

“Her Grace often did me the honour of visiting my theatre. I knew the Condesa well by sight.”

“Do not remain so, on one knee, my child: Pepita, tell Jenarito to bring this lady some sweetcakes at once. Think, one day we fell out, I forget over what. Oh, there is nothing strange in that; all we mothers from time to time.... Look, can you come a little closer? You must not believe the town that says she was unkind to me. You are a great woman with a beautiful nature and you can see further than the crowd sees in these matters.—It is a pleasure to talk to you. What beautiful hair you have! What beautiful hair!—She had not a warm impulsive nature, I know that. But, oh, my child, she has such a store of intelligence and graciousness. Any **misunderstandings** between us are so plainly my fault; is it not wonderful that she is so quick to forgive me? This day there fell one of those little moments. We both said hasty things and went off to our rooms. Then each turned back to be forgiven. Finally only a door separated us and there

que hasta Pepita le tenía miedo—, su misma hija, nunca [34] se habían acercado así a ella. Despertó en ella un nuevo estado de ánimo, que muy probablemente se tachará de estúpido. Tornóse locuaz:

—¿Ofenderme, ofenderme contigo, hermosa... prodigiosa chiquilla? Yo que soy una mujer loca a quien nadie quiere, ofendida contigo? Siento, hija mía, como si estuviese... ¿cómo dice el poeta?... «sorprendiendo a través de una nube la conversación de los ángeles». Tu voz descubre nuevas maravillas en nuestro Moreto. Cuando dijiste

Don Juan, si mi amor estimas
15 y la fe segura es necia,
enojarte mis temores
es no quererme discreta.
¿Tan seguros...?,

etcétera... ¡era verdad! ¡Y qué ademán hiciste al final de la primera jornada! Así, con la mano. Un ademán como el que hizo la Virgen al decir al arcángel Gabriel: «¿Cómo es posible que yo vaya a tener un hijo?». No, no, tú eres quien vas a empezar a ofender-te conmigo, porque te voy a hablar de un ademán que debes recordar para hacerlo algún día. Sí, estaría muy bien en esa escena en que perdonas a tu don Juan de Lara. Quizá deba decirte que se lo vi hacer un día a mi hija. Mi hija es una mujer hermosísima... todo el mundo lo piensa. ¿Conocéis a mi hija doña Clara, señora?

—Su Gracia me hizo a menudo el honor de visitar mi teatro. Conocí a la condesa mucho... de vista.

—No te estés así con una rodilla hincada en el suelo, hija mía... Pepita, di a Genarito que sirva a esta señora [35] unos dulces inmediatamente. Figúrate que un día nos peleamos, no recuerdo por qué. ¡Ay, no tiene nada de extraño!: todas las madres de vez en cuando... ¿No puedes acercarte un poco más? No creas a las gentes que dicen que me trataba mal. Eres una gran mujer con hermoso temperamento y puedes ver en estas cosas mucho más adentro de lo que ve la multitud... Es un encanto hablar contigo. ¡Qué hermoso cabello tienes! ¡Qué hermoso cabello!... Mi hija no tiene un temperamento caliente e impulsivo, eso lo sé. Pero, hija mía, tiene tal inteligencia y tanta gracia... Todas las **rozaduras** entre nosotras son culpa mía. ¿No es prodigioso que esté siempre tan pronta a perdonarme? Aquel día fue uno de esos momentos. Las dos nos dijimos cosas un tanto vivas y cada una se fue a su habitación... y luego cada una fue en busca de la otra para pedir perdón. Una puerta nos separaba y ambas

we were pulling it in contrary ways. But at last she... took my... face... thus, in her two white hands. So! Look!”

The Marquesa almost fell out of her chair as she leaned forward, her face streaming with happy tears, and made the beatific gesture. I should say the mythical gesture, for the incident was but a recurring dream.

“I am glad you are here,” she continued, “for now you have heard from my own lips that she is not unkind to me, as some people say. Listen, señora, the fault was mine. Look at me. Look at me. There was some mistake that made me the mother of so beautiful a girl. I am difficult. I am trying. You and she are great women. No, do not stop me: you are rare women, and I am only a nervous... a foolish... a stupid woman. Let me kiss your feet. I am impossible. I am impossible. I am impossible.”

Here indeed the old woman did fall out of her chair and was gathered up by Pepita and led back to her bed. The Perichole walked home in consternation and sat for a long time gazing into her eyes in the mirror, her palms pressed against her cheeks.

But the person who saw most of the difficult hours of the Marquesa was her little companion, Pepita. Pepita was an orphan and had been brought up by that strange genius of Lima, the Abbess Madre María del Pilar. The only occasion upon which the two great women of Peru (as the perspective of history was to reveal them) met face to face was on the day when Doña María called upon the directress of the Convent of Santa María Rosa de las Rosas and asked if she might borrow some bright girl from the orphanage to be her companion. The Abbess gazed hard at the grotesque old woman. Even the wisest people in the world are not perfectly wise and Madre María del Pilar who was able to divine the poor human heart behind all the masks of folly and defiance, had always refused to concede one to the Marquesa de Montemayor. She asked her a great many questions and then paused to think. She wanted to give Pepita the worldly experience of living in the palace. She also wanted to bend the old woman to her own interests. And she was filled with a **sombre** indignation, for she knew she was gazing at one of the richest women in Peru, and the blindest.

She was one of those persons who have allowed their lives to be gnawed away because they have fallen in love with an idea several centuries before

tirábamos en sentido contrario. Pero... al fin ella... me tomó así... la cara así... con sus dos manos blancas. ¡Así! ¡Mira!

La marquesa estuvo a punto de caerse de la silla al inclinarse, con el rostro bañado en lágrimas de felicidad, y hacer el ademán bienaventurado. Debiera decirse el ademán místico, porque el incidente no era más que un sueño repetido con frecuencia.

10

—Me complace que estés aquí —continuó— porque así has oído de mis propios labios que no me trata mal, como dice la gente. Escucha, señora, la culpa fue mía. Mírame, mírame. Un error me hizo madre de una niña, tan hermosa. Soy difícil. Soy molesta. Tú y ella sois grandes mujeres. No, no me detengas; sois mujeres exquisitas y yo soy sólo una mujer nerviosa... necia... estúpida. Déjame [36] que te bese los pies. Soy imposible. Soy imposible. Soy imposible.

20

Aquí, la anciana se cayó del sillón y Pepita la levantó del suelo y la llevó a la cama. La Perichole se marchó consternada, y pasó largo rato mirándose los ojos en el espejo, con las palmas de las manos apretadas contra las mejillas.

Pero la persona que presencié más horas difíciles de la marquesa fue su acompañante, Pepita. Pepita era huérfana y la había criado aquel extraño genio de Lima, la abadesa, madre María del Pilar. La única ocasión en que se hallaron frente a frente las dos grandes mujeres del Perú (como había de revelárnoslo la perspectiva de la historia) fue aquel día en que doña María fue a visitar a la directora del convento de Santa María Rosa de las Rosas, y le preguntó si podría prestarle alguna muchacha lista del orfanato para que le hiciese compañía. La abadesa miró fijamente a la grotesca anciana... Hasta la gente más sabia del mundo no lo es perfectamente, y la madre María del Pilar, que era capaz de adivinar el pobre corazón humano detrás de todas las máscaras de la necedad y la desconfianza, siempre se había negado a conceder uno a la marquesa de Montemayor. Le hizo una porción de preguntas y luego se paró a pensar. Quería dar a Pepita la experiencia mundana de vivir en el palacio. También quería inclinar a la anciana hacia sus propios intereses. Y estaba llena de **sombría** indignación, porque sabía que estaba mirando a una de las mujeres más ricas del Perú, y la más ciega.

Era una de esas personas que han consentido que el corazón se les destrozó poco a poco, porque se enamoran de una idea varios siglos antes del señalado para su aparición

its appointed appearance in the history of civilization. She hurled herself against the obstinacy of her time in her desire to attach a little dignity to women. At midnight when she had finished adding up the accounts of the House she would fall into insane vision of an age when women could be organized to protect women, women travelling, women as servants, women when they are old or ill, the women she had discovered in the mines of Potosí, or in the workrooms of the cloth-merchants, the girls she had collected out of doorways on rainy nights. But always the next morning she had to face the fact that the women in Peru, even her nuns, went through life with two notions: one, that all the misfortunes that might befall them were merely due to the fact that they were not sufficiently attractive to bind some man to their maintenance and, two, that all the misery in the world was worth his caress. She had never known any country but the environs of Lima and she assumed that all its corruption was the normal state of mankind. Looking back from our century we can see the whole folly of her hope. Twenty such women would have failed to make any impression on that age. Yet she continued diligently in her task. She resembled the swallow in the fable who once every thousand years transferred a grain of wheat, in the hope of rearing a mountain to reach the moon. Such persons are raised up in every age; they obstinately insist on transporting their grains of wheat and they derive a certain exhilaration from the sneers of the bystanders. "How queerly they dress!" we cry. "How queerly they dress!"

Her plain red face had great kindness, and more idealism than kindness, and more generalship than idealism. All her work, her hospitals, her orphanage, her convent, her sudden journeys of rescue, depended upon money. No one harbored a fairer admiration for mere goodness, but she had been obliged to watch herself sacrificing her kindness, almost her idealism, to generalship, so dreadful were the struggles to obtain her subsidies from her superiors in the church. The Archbishop of Lima, whom we shall know later, in a more graceful connection, hated her with what he called a Vatinian hate and counted the cessation of her visits among the compensations for dying.

Lately she had felt not only the breath of old age against her cheek, but a graver warning. A chill of terror went through her, not for herself, but for her work. Who was there in Peru to value the things she

[37] en la historia de la civilización. Se precipitó, contra la obstinación de su tiempo, en su deseo de dar un poco de dignidad a las mujeres. A medianoche, cuando había terminado de sumar las cuentas de la Casa, se hundía en la loca visión de un siglo en el cual las mujeres pudieran organizarse para proteger a las mujeres, a las mujeres que trabajan, a las mujeres que viajan, a las mujeres que sirven de criadas, a las mujeres cuando son viejas o están enfermas, a las mujeres que había descubierto en las minas del Potosí o en los talleres de los mercaderes de tejidos, a las muchachas que había recogido en las puertas de la calle en noches de lluvia. Mas siempre, a la mañana siguiente, había tenido que afrontar el hecho de que las mujeres en el Perú, hasta sus monjas, pasaban por la vida con dos nociones: una, que todas las desdichas que podían caer sobre ellas dependían meramente del hecho de que no eran lo bastante atractivas para atrapar a un hombre que las mantuviera y, segunda, que toda la miseria del mundo se podía dar por bien empleada a cambio de las caricias del varón. No había conocido más mundo que los alrededores de Lima, y daba por sentado que toda su corrupción era el estado normal de la humanidad.

Mirando atrás, desde nuestro siglo, podemos ver la locura total de su esperanza. Ni veinte mujeres como ella hubieran logrado hacer impresión ninguna en aquel siglo. Sin embargo, ella continuaba con toda diligencia su tarea. Se parecía a la golondrina de la fábula que una vez cada mil años se llevaba un grano de trigo con la esperanza de levantar una montaña que llegase a la luna. Personas así nacen en todos los siglos; insisten obstinadamente en transportar sus granos de trigo, y sacan cierto gozo de las burlas [38] las de los que las están mirando. « ¡Qué modo tan raro tienen de vestirse!», exclamamos. «Qué modo tan raro!»

En su rostro corriente y rubicundo había gran bondad, y más idealismo que bondad y más espíritu de generalización que idealismo. Todo su trabajo, sus hospitales, su orfanato, su convento, sus repentinos viajes de salvamento, necesitaban dinero. Nadie sentía más admiración que ella por la pura bondad, y sin embargo muchas veces se había visto obligada a sacrificar su bondad propia, casi su idealismo, a sus funciones de generalato, tan tremendas eran las luchas necesarias para obtener subsidios de sus superiores eclesiásticos. El arzobispo de Lima, a quien conoceremos más tarde bajo un aspecto más grato, la odiaba hasta el punto de contar como una de las compensaciones del morir el no estar obligado a recibir sus visitas.

Últimamente había notado no sólo el soplo de la ancianidad sobre sus mejillas, sino una advertencia más grave. Un escalofrío de terror la sobrecogió, no por ella sino por su obra. ¿Quién había en el Perú que

had valued? And rising one day at dawn she had made a rapid journey through her hospital and convent and orphanage, looking for a soul she might train to be her successor. She hurried from empty face to empty face, occasionally pausing more from hope than conviction. In the courtyard she came upon a company of girls at work over the linen and her eyes fell at once upon a girl of twelve who was directing the others at the trough and at the same time recounting to them with great dramatic fire the less probable miracles in the life of Saint Rose of Lima. So it was that the search ended with Pepita. The education for greatness is difficult enough at any time, but amid the sensibilities and jealousies of a convent it must be conducted with fantastic indirection. Pepita was assigned to the most disliked tasks in the House, but she came to understand all the aspects of its administration. She accompanied the Abbess on her journeys, even though it was in the capacity of custodian of the eggs and vegetables. And everywhere, by surprise, hours would open up in which the Directress suddenly appeared and talked to her at great length, not only on religious experience, but on how to manage women and how to plan contagious wards and how to beg for money. It was a step in this education for greatness that led to Pepita's arriving one day and entering upon the crazy duties of being Doña María's companion. For the first two years she merely came for occasional afternoons, but finally she came to the palace to live. She never had been taught to expect happiness, and the inconveniences, not to say terrors, of her new position did not seem to her excessive for a girl of fourteen. She did not suspect that the Abbess, even there, was hovering above the house, herself estimating the stresses and watching for the moment when a burden harms and not strengthens.

A few of Pepita's trials were physical: for example, the servants in the house took advantage of Doña María's indisposition; they opened up the bedrooms of the palace to their relatives; they stole freely. Alone Pepita stood out against them and suffered a persecution of small discomforts and practical jokes. Her mind, similarly, had its distresses: when she accompanied Doña María on her errands in the city, the older woman would be seized with the desire to dash into a church, for what she had lost of religion as faith she had replaced with religion as magic. "Stay here in the sunlight, my dear child; I shall not be long," she would say. Doña María would then forget herself in a reverie before the altar and leave the church by another door. Pepita had been brought up by Madre María

diese importancia a las cosas que a ella le importaban? Y, levantándose un día al amanecer, había hecho un recorrido rápido por su hospital, su convento y su orfanato, buscando un alma a quien pudiera preparar para sucederla. Fue examinando a toda prisa cara vacía tras cara vacía, deteniéndose a veces más por esperanza que por convencimiento. En el patio, dio con un grupo de muchachas que estaban lavando ropa, y su mirada reparó inmediatamente en una chiquilla de doce años que mientras dirigía a las demás en la artesa, al mismo tiempo les contaba con gran fuego dramático los milagros menos probables de santa Rosa de Lima. Y así fue cómo su búsqueda terminó en Pepita. Educar [39] a un ser para una futura grandeza es siempre difícil, mas entre las susceptibilidades y las envidias de un convento hay que llevar a cabo la empresa con fantástico trabajo indirecto. Asignó a Pepita las tareas más aborrecidas de la Casa, pero así llegó a comprender todos los aspectos de su administración. Acompañaba a la abadesa en sus viajes, aunque fuese como encargada de los huevos y las verduras. Y en todas partes aparecía de pronto y le hablaba largo rato, no sólo de su experiencia religiosa sino de cómo hay que dirigir a las mujeres y cómo disponer departamentos para enfermedades contagiosas y cómo pedir dinero. Fue un paso en esta educación para la futura grandeza el que llevó a Pepita a entrar en los locos quehaceres de ser la señorita de compañía de doña María. Durante los dos primeros años, sólo iba al palacio alguna que otra tarde, pero después fue a vivir en él definitivamente. Nunca le habían enseñado a esperar felicidad ninguna y las molestias, por no decir los terrores, de su nueva posición no le parecieron excesivos para una chiquilla de catorce años. Nunca sospechó que la abadesa, incluso allí, se cernía sobre la casa calculando los esfuerzos y vigilando el momento en que una carga ya no fortalece sino daña.

Unas cuantas de las pruebas de Pepita eran físicas; por ejemplo, los sirvientes de la casa se aprovechaban de la indisposición de doña María; abrían los dormitorios del palacio a sus parientes; robaban a mansalva. Pepita estaba sola contra todos ellos y sufría una persecución de pequeñas molestias y bromas de mal gusto. Su alma también tenía sus angustias: cuando acompañaba a doña María en sus vagabundeos por la ciudad, a la anciana le acometían deseos de precipitarse en una iglesia, porque [40] lo que había perdido de la religión como fe lo había reemplazado en la religión como magia. «Quédate aquí tomando el sol, queridita; salgo enseguida», solía decir. Y luego se olvidaba en un ensueño ante el altar y salía de la iglesia por otra puerta. La madre María del Pilar había acostumbrado a Pepita a una obediencia casi morbosa, y cuando, después de varias horas, se

del Pilar to an almost morbid obedience and when after many hours she ventured into the church and made sure that her mistress was no longer there, still she returned to the street corner and waited while the shadows fell gradually across the square. Thus waiting in public she suffered all the torture of a little girl's self-consciousness. She still wore the uniform of the orphanage (which a minute's thoughtfulness on the part of Doña María could have altered) and she suffered hallucinations wherein men seemed to be staring at her and whispering—nor were these always hallucinations. No less her heart suffered, for on some days Doña María would suddenly become aware of her and would talk to her cordially and humorously, would let appear for a few hours all the exquisite sensibility of the Letters; then, on the morrow she would withdraw into herself again and, while never harsh, would become impersonal and unseeing. The beginnings of hope and affection that Pepita had such need to expend would be wounded. She tiptoed about the palace, silent, bewildered, clinging only to her sense of duty and her loyalty to her “mother in the Lord,” Madre María del Pilar, who had sent her there.

Finally a new fact appeared that was to have considerable effect on the lives of both the Marquesa and her companion: “*My dear mother,*” wrote the Condesa, “*the weather has been most exhausting and the fact that the orchards and gardens are in bloom only makes it the more trying. I could endure flowers if only they had no perfume. I shall therefore ask your permission to write you at less length than usual. If Vicente returns before the post leaves he will be delighted to finish out the leaf and supply you with those tiresome details about myself which you seem to enjoy so. I shall not go to Grignan in Provence as I expected this Fall, as my child will be born in early October.*”

What child? The Marquesa leaned against the wall. Doña Clara had foreseen the exhausting importunities that this news would waken in her mother and had sought to mitigate them by the casualness of her announcement. The ruse did not succeed. The famous Letter XLII was the answer.

Now at length the Marquesa had something to be anxious about: her daughter was to become a mother. This event, which merely bored Doña Clara, discovered a whole new scale of emotions in the Marquesa. She became a mine of medical knowledge and suggestion. She combed the city for wise old

aventuraba a entrar en la iglesia y se cercioraba de que su señora ya no estaba allí, volvía a la esquina de la calle y esperaba mientras las sombras del atardecer caían gradualmente sobre la plaza. Esperando así en público, sufría el tormento de una chiquilla tímida que se avergonzaba de que la mirase todo el que pasaba. Aún vestía el uniforme del orfanato (que un minuto de pensar en ello de doña María hubiese cambiado) y sufría alucinaciones en que los hombres se quedaban mirándola y murmuraban... y no siempre eran alucinaciones. Y además sufría, porque algunos días la marquesa de pronto se daba cuenta de que la tenía consigo, le hablaba cordial y graciosamente, y dejaba aparecer durante unas cuantas horas toda la exquisita sensibilidad que ponía en sus cartas; pero, a la mañana siguiente, volvía a encerrarse en sí misma, y aunque nunca la trataba con dureza, se mostraba indiferente, como si no la viese. Los principios de esperanza y afecto que Pepita estaba tan necesitada de exteriorizar quedaban heridos. Andaba de puntillas por el palacio, silenciosa, desconcertada, acogiéndose sólo a su sentido del deber y a su lealtad a su «madre en el Señor», a la madre María del Pilar, que la había enviado allí. [41] Por fin un hecho nuevo vino a ejercer un efecto considerable sobre las vidas de la marquesa y de su acompañante:

Querida madre —escribió su hija—: el tiempo ha sido agotador y el hecho de que los jardines y los huertos estén en flor lo hace aún más molesto. Podría soportar las flores si no tuviesen perfume. Por lo tanto, te pido permiso para escribirte menos extensamente que de costumbre. Si Vicente vuelve antes de que salga el correo le encantará terminar el pliego y darte todos esos pesados detalles sobre mi persona que, al parecer, tanto te deleitan. Este otoño no iré a Grignan en Provenza como esperaba, porque mi hijito nacerá a principios de octubre.

Qué hijito? La marquesa se apoyó en la pared. Doña Clara había previsto las agitadoras importunidades que la noticia había de despertar en su madre y había intentado mitigarlas merced al aire de indiferencia con que le anunciaba el acontecimiento. La astucia no dio resultado. La famosa carta XLII fue la respuesta.

Ahora, al fin, la marquesa tenía algo por qué inquietarse. Su hija iba a ser madre. Este acontecimiento, que a doña Clara no hacía sino molestarle, descubrió una nueva escala de emociones en la marquesa. Se convirtió en una mina de ciencia médica y de indicaciones. Recorrió la ciudad en busca de viejas experimentadas

women and poured into her letters the whole folk-wisdom of the New World. She fell into the most abominable superstition. She practiced a degrading system of taboos for her child's protection. She refused to allow a knot in the house. The maids were forbidden to tie up their hair and she concealed upon her person ridiculous symbols of a happy delivery. On the stairs the even steps were marked with red chalk and a maid who accidentally stepped upon an even step was driven from the house with tears and screams. Doña Clara was in the hands of malignant Nature who reserves the right to inflict upon her children the most terrifying jests. There was an etiquette of propitiation which generations of peasant woman had found comforting. So vast an army of witnesses surely implied that there was some truth in it. At least it could do no harm, and Perhaps it did good. But the Marquesa did not only satisfy the rites of paganism; she studied the prescriptions of Christianity as well. She arose in the dark and stumbled through the streets to the earliest Masses. She hysterically hugged the altar-rails trying to rend from the gaudy statuettes a sign, only a sign, the ghost of a smile, the furtive nod of a waxen head. Would all be well? Sweet, sweet Mother, would all be well?

At times, after a day's frantic resort to such invocations, a revulsion would sweep over her. Nature is deaf. God is indifferent. Nothing in man's power can alter the course of law. Then on some street-corner she would stop, dizzy with despair, and leaning against a wall would long to be taken from a world that had no plan in it. But soon a belief in the great Perhaps would surge up from the depths of her nature and she would fairly run home to renew the candles above her daughter's bed.

At last the time came to satisfy the supreme rite of Peruvian households looking forward to this event: she made the pilgrimage to the shrine of Santa María de Cluxambuqua. If there resided any efficacy in devotion at all, surely it lay in a visit to this great shrine. The ground had been holy through three religions; even before the Incan civilization distraught human beings had hugged the rocks and lashed themselves with whips to wring their will from the skies. Thither the Marquesa was carried in her chair, crossing the bridge of San Luis Rey and ascending up into the hills toward that city of large-girdled women, a tranquil town, slow-moving and slow-smiling; a city of crystal air, cold as the springs that fed its many fountains; a city of bells, soft and musical, and tuned to carry on with one another the happiest quarrels. If

y vertió en sus cartas toda la sabiduría popular del Nuevo Mundo. Cayó en la superstición más abominable. Practicó un degradante sistema de tabúes para proteger al niño. Se negó a consentir que hubiera un solo nudo en la casa. Prohibió [42] a las sirvientas que se atasen el pelo, y ocultó entre sus vestidos ridículos símbolos de un alumbramiento feliz. En las escaleras mandó señalar los escalones pares con tiza roja y a una doncella que inadvertidamente pisó uno de ellos, la arrojó de la casa con lágrimas y gritos. Doña Clara estaba en manos de la naturaleza maligna que se reserva el derecho de gastar a sus vástagos las bromas más terribles. Existía un ceremonial de propiciación que había aliviado a generaciones de mujeres del campo. Ejército tan amplio de testigos seguramente indicaba que algo de verdad había en él. Por lo menos daño no podía hacer, y acaso hiciera bien. Pero la marquesa no se satisfacía únicamente con los ritos del paganismo; estudió también las prescripciones de la cristiandad. Se despertaba cuando aún no había amanecido y tropezaba por las calles para asistir a las misas más tempranas. Se agarraba histérica a las barandas de los altares intentando arrancar a las pintarrajeadas imágenes un signo, sólo uno, el fantasma de una sonrisa, la furtiva inclinación de una cabeza de cera. ¿Iría todo bien? Dulce, dulce Madre, ¿iría todo bien?

A veces, después de todo un día empleado en recurrir frenéticamente a tales invocaciones, producíase una revulsión. La naturaleza es sorda. Dios es indiferente. Nada que esté en poder del hombre puede alterar el curso de la ley. Luego, en cualquier esquina de cualquier calle, se detenía, presa de la desesperación y, apoyándose en la pared, ansiaba que se la llevasen de un mundo que no tenía plan ninguno. Mas, pronto, la creencia en el gran Acaso surgía de lo más hondo de su naturaleza, y echaba a correr a su casa para encender velas encima de la cama de su hija. [43]

Por fin, llegó el momento de celebrar el rito supremo de los hogares peruanos que están esperando este acontecimiento: hizo la peregrinación al santuario de Santa María de Cluxambuqua. Si en la devoción hay alguna eficacia, seguramente la habría en una visita a dicho santuario. El terreno en que estaba erigido había sido sagrado a través de tres religiones; hasta antes de la civilización incaica, los seres humanos en su angustia se habían abrazado a las rocas y se habían azotado para arrancar la buena voluntad de los cielos. Allí llevaron a la marquesa, en su silla de manos, cruzando el puente de San Luis Rey y subiéndola a las colinas hacia aquella ciudad de mujeres de amplia cintura, ciudad tranquila que se movía despacio y sonreía lentamente; ciudad con aire de cristal, fría como los manantiales que alimentaban sus muchas fuentes; ciudad de campanas, suaves y musicales, entonadas para sos-

anything turned out for disappointment in the town of Cluxambuqua the grief was somehow assimilated by the overwhelming immanence of the Andes and by the weather of quiet joy that flowed in and about the sidestreets. No sooner did the Marquesa see from a distance the white walls of this town perched on the knees of the highest peaks than her fingers ceased turning the beads and the busy prayers of her fright were cut short on her lips.

She did not even alight at the inn, but leaving Pepita to arrange for their stay she went on to the church and knelt for a long time patting her hands softly together. She was listening to the new tide of resignation that was rising within her. Perhaps she would learn in time to permit both her daughter and her gods to govern their own affairs. She was not annoyed by the whispering of the old women in padded garments who sold candles and medals and talked about money from dawn to dark. She was not even distracted by an officious sacristan who tried to collect a fee for something or other and who, from spite, made her change her place under the pretext of repairing a tile on the floor. Presently she went out into the sunshine and sat on the steps of the fountain. She watched the little processions of invalids slowly revolving about the gardens. She watched three hawks plunging about the sky. The children who had been playing by the fountain stared at her for a moment, and went away alarmed, but a llama (a lady with a long neck and sweet shallow eyes, burdened down by a fur cape too heavy for her and picking her way delicately down an interminable staircase) came over and offered her a velvet cleft nose to stroke. The llama is deeply interested in the men about her, is even fond of pretending that she too is one of them and of inserting her head into their conversations as though in a moment she would lift her voice and contribute a wan and helpful comment. Soon Doña María was surrounded by a number of these sisters who seemed on the point of asking her why she clapped her hands so and how much her veiling cost a yard.

Doña María had arranged that any letters arriving from Spain should be brought to her at once by a special messenger. She had travelled slowly from Lima and even now as she sat in the square a boy from her farm ran up and put into her hand a large packet wrapped in parchment and dangling some nuggets of sealing-wax. Slowly she undid the wrappings. With measured stoic gestures she read first an affectionate and jocosely note from her son-in-law; then her daughter's letter. It was full of wounding remarks rather brilliantly said, perhaps said for the

tener unas contra otras las más felices querellas. Si alguna decepción surgía en Cluxambuqua, el dolor se anonadaba en la aplastante permanencia de los Andes y en el ambiente de tranquilo goce que manaba por el cauce de sus calles. Apenas la marquesa alcanzó a ver a lo lejos los blancos muros de la ciudad posada en las rodillas de los picos más altos, sus dedos dejaron de dar vueltas a las cuentas del rosario y las apresuradas preces de su temor se interrumpieron en sus labios.

Ni siquiera se apeó en la posada, sino que dejando que Pepita arreglase lo necesario para su estancia, se fue a la iglesia y estuvo arrodillada largo tiempo dando suaves palmadas. Estaba atenta a la nueva marea de resignación que subía en su interior. Acaso llegaría a aprender con el tiempo a permitir tanto a su hija como a sus dioses que hicieran lo que les diese la real gana y arreglasen sin ella sus propios asuntos. No le molestaba el cuchicheo de las viejas que vendían velas y medallas y hablaban de dinero desde la mañana a la noche. Ni siquiera la distraía el sacristán officioso que intentaba recoger unas cuantas monedas para esto o lo de más allá y que, por despecho, la hizo cambiar de sitio con pretextos de arreglar en el suelo una baldosa. Al fin, salió el sol y se sentó en una de las gradas de la fuente. Contempló las pequeñas procesiones de lisiados que daban lentas vueltas por los jardincillos. Miró cómo volaban tres halcones entre las nubes. Los niños que habían estado jugando junto a la fuente se la quedaron mirando un momento y echaron a correr asustados, pero una llama (dama de largo cuello y dulces ojos a flor de piel agobiada bajo una capa de piel demasiado pesada para ella y que bajaba con melindre una escalera interminable) se acercó y le ofreció para que la acariciase su hendida naricilla de terciopelo. La llama se interesa profundamente por los seres humanos con quienes va tropezando, y hasta tiene afición a pretender que es uno de ellos, y le gusta insertar su cabeza en sus conversaciones como si, de un momento a otro, fuese a levantar la voz y a contribuir al diálogo con un tímido y útil comentario. Bien pronto doña María se vio rodeada por unas cuantas de esas hermanitas que parecían a punto de preguntarle por qué daba palmadas y cuánto costaba la vara del encaje de su velo.

Doña María había mandado que un mensajero especial le trajese inmediatamente las cartas que llegasen de España. Había viajado desde Lima lentamente, y así ahora, cuando estaba sentada en la plaza, un muchacho de su quinta subió corriendo y puso en sus manos un gran paquete [45] te envuelto en pergamino del cual colgaban unos cuantos sellos de cera. Lentamente, deshizo la envoltura. Con mesurados ademanes estoicos, leyó primero un cariñoso y jocosely billete de su yerno, luego, la carta de su hija. Venía plagada de hirientes observaciones bri-

sheer virtuosity of giving pain neatly. Each of its phrases found its way through the eyes of the Marquesa, then, carefully wrapped in understanding and forgiveness it sank into her heart. At last she arose, gently dispersed the sympathetic llamas, and with a grave face returned to the shrine.

While Doña María was passing the late afternoon in the Church and in the Square, Pepita was left to prepare their lodging. She showed the porters where to lay down the great wicker hampers and set about unpacking the altar, the brazier, the tapestries and the portraits of Doña Clara. She descended into the kitchen and gave the cook exact instructions as to the preparation of a certain porridge upon which the Marquesa principally subsisted. Then she returned to the rooms and waited. She resolved to write a letter to the Abbess. She hung for a long time over the quill, staring into the distance with trembling lip. She saw the face of Madre María del Pilar, so red and scrubbed, and the wonderful black eyes. She heard her voice as at the close of supper (the orphans sitting with lowered eyes and folded hands) she commented on the events of the day, or as, by candlelight, she stood among the beds of the hospital and announced the theme for meditation during the night. But most clearly of all Pepita remembered the sudden interviews when the Abbess (not daring to wait until the girl was older) had discussed with her the duties of her office. She had talked to Pepita as to an equal. Such speech is troubling and wonderful to an intelligent child and Madre María del Pilar had abused it. She had expanded Pepita's vision of how she should feel and act beyond the measure of her years. And she had unthinkingly turned upon Pepita the full blaze of her personality, as Jupiter had turned his upon Semele. Pepita was frightened by her sense of insufficiency; she hid it and wept. And then the Abbess had cast the child into the discipline of this long solitude, where Pepita struggled, refusing to let herself believe that she had been abandoned. And now from this strange inn in these strange mountains, where the altitude was making her lightheaded, Pepita longed for the dear presence, the only real thing in her life.

She wrote a letter, all **inkstains** and incoherence. Then she went downstairs to see about fresh charcoal and to taste the porridge.

The Marquesa came in and sat down at the table. "I can do no more. What will be, will be," she whispered. She unbound from her neck amulets of her superstition and dropped them into the glowing brazier. She had a strange sense of having antagonized

llantemente escritas, acaso compuestas por el mero virtuosismo de hacer sufrir primorosamente. Cada una de aquellas frases saltaba a los ojos de la marquesa, y luego, cuidadosamente envuelta en comprensión y perdón, se le hundía en el corazón. Por último, se puso en pie, dispersó a las simpatizantes llamas y, con grave rostro, volvió al santuario.

Mientras doña María pasaba así la tarde en la iglesia y en la plaza, Pepita estaba preparando el alojamiento. Indicó a los cargadores dónde debían dejar los grandes cestos de mimbre y empezó a desembalar el altar, el brasero, los tapices y los retratos de doña Clara. Bajó a la cocina y dio al cocinero instrucciones exactas para preparar ciertas gachas que eran el alimento de la señora. Luego volvió a las habitaciones y esperó. Decidió escribir una carta a la abadesa. Largo tiempo estuvo con la pluma en la mano, mirando a lo lejos mientras le temblaban los labios. Veía el rostro de la madre María del Pilar, tan rojo y bien relimpio, y los maravillosos ojos negros. Oía su voz como al final de la cena (las huérfanas sentadas con los ojos bajos y las manos cruzadas) y ella comentando los acontecimientos del día, o cuando, a la luz de una vela, estaba en pie entre las camas del hospital y anunciaba el tema de la meditación nocturna. Pero más claramente que nada, Pepita recordaba las repentinas conversaciones en que la abadesa (no atreviéndose a esperar a que la muchacha tuviese más edad) discutía con ella los deberes de su [46] oficio. Entonces hablaba a Pepita de igual a igual. Semejantes conversaciones son turbadoras y maravillosas para una chiquilla inteligente, y la madre María del Pilar había abusado de ellas. Había ampliado la visión de Pepita explicándole cómo debía sentir y actuar más allá de la medida de sus años. Y sin proponérselo, había envuelto a Pepita en todo el fulgor de su personalidad, como Júpiter lo hizo con Semele. Pepita estaba asustada por su propia insignificancia; se ocultaba y lloraba. Y además la abadesa había fundido a la chiquilla en el molde de disciplina de su larga soledad, donde Pepita forcejeaba, negándose a dejarse llevar, a creer que la habían abandonado. Y ahora, en esta posada desconocida, en aquellas montañas, cuya altitud le hacía perder un poco la cabeza, Pepita ansiaba la querida presencia, la única cosa real en su vida.

45

Escribió una carta, toda borrones e incoherencia. Luego bajó las escaleras para ver si había bastante provisión de carbón y para probar las gachas.

La marquesa volvió y se sentó a la mesa. «No puedo hacer más. Lo que haya de ser, será», murmuró. Se quitó del cuello los amuletos de superstición y los echó al brasero que ardía. Tenía la extraña sensación de haber puesto a Dios en contra suya con demasiadas plegarias, así es

God by too much prayer and so addressed Him now obliquely. "After all it is in the hands of another. I no longer claim the least influence. What will be, will be." She sat for a long time, her palms against her cheeks, making a blank of her mind. Her eyes fell on Pepita's letter. She opened it mechanically and started to read. She had read a full half of it before her attention was aware of the meaning of the words: "... but all this is nothing if you like me and wish me to stay with her. I oughtn't to tell you but every now and then the bad chambermaids lock me up in rooms and steal things and perhaps My Lady will think that I steal them. I hope not. I hope you are well and not having any trouble in the hospital or anywhere. Though I never see you I think of you all the time and I remember what you told me, my dear mother in God. I want to do only what you want, but if you could let me come back for a few days to the convent, but not if you do not wish it. But I am so much alone and not talking to anyone, and everything. Sometimes I do not know whether you have forgotten me and if you could find a minute to write me a little letter or something, I could keep it, but I know how busy you are. —"

Doña María read no further. She folded the letter and put it aside. For a moment she was filled with envy: she longed to command another's soul as completely as this nun was able to do. Most of all she longed to be back in this simplicity of love, to throw off the burden of pride and vanity that hers had always carried. To quiet the tumult in her mind she picked up a book of devotion and tried to fix her attention upon the words. But after a moment she suddenly felt the need to reread the whole letter, to surprise, if possible, the secret of so much felicity.

Pepita returned bringing the supper in her hands, followed by a maid. Doña María watched her over the top of her book as she would have watched a visitor from Heaven. Pepita tiptoed about the room laying the table and whispering directions to her assistant.

"Your supper is ready, My Lady," she said at last.

"But, my child, you are going to eat with me?" In Lima Pepita generally sat down at the table with her mistress.

"I thought you would be tired, My Lady. I had my supper downstairs."

"She does not wish to eat with me," thought the

que se dirigió a él oblicuamente. «Después de todo está en manos ajenas. Ya no pretendo tener la menor influencia. Lo que haya de ser, será.» Estuvo largo rato sentada, con la cara apoyada en las palmas de las manos, haciendo el vacío en la mente. Sus miradas cayeron sobre la carta de Pepita. La abrió mecánicamente y empezó a leer. Había leído toda una página antes de llegar a darse cuenta del sentido de las palabras: [47] ... pero todo esto no es nada si usted me quiere y desea que siga con ella. No debiera decírselo, pero de cuando en cuando las malas doncellas me encierran en las habitaciones y roban cosas y tal vez mi señora puede pensar que soy yo quien las roba. Espero que no. Espero que se encuentre bien de salud y que no tendrá disgustos en el hospital ni en ninguna otra parte. Aunque no la veo, pienso siempre en su merced y recuerdo todo lo que me dijo, mi querida madre en el Señor. Sólo quiero lo que su merced quiera, pero si su merced me deja volver unos pocos días al convento, más no, si no le parece bien. Pero estoy demasiado sola y no hablo con nadie y todo lo demás. A veces no sé si su merced se habrá olvidado de mí, y si pudiera su merced encontrar un minuto para escribirme una cartita o algo que pudiera tener conmigo, aunque ya sé lo ocupada que está su merced...

Doña María no siguió leyendo. Dobló la carta y la puso a un lado. Por un momento, se sintió llena de envidia; deseó mandar sobre otra alma tan completamente como era capaz de hacerlo aquella monja... Más que todo, anhelaba volver a aquella simplicidad en el amor, arrojar de sí el peso del orgullo y la vanidad que los suyos habían llevado siempre consigo. Para aquietar el tumulto de su mente tomó un libro devoto e intentó fijar la atención en sus palabras. Pero pasado un momento sintió bruscamente la necesidad de releer la carta entera, para sorprender, si era posible, el secreto de semejante felicidad.

Pepita volvió trayendo la cena, seguida por una sirvienta. Doña María la miró por encima del libro como [48] hubiese mirado a un visitante del cielo. Pepita andaba de puntillas por la habitación arreglando la mesa y dando instrucciones a su ayudanta.

—La cena de su merced está lista —dijo al fin.

—Pero, hija mía, ¿no vas a comer conmigo?

En Lima, Pepita se sentaba generalmente a la mesa con su señora.

—Creí que su merced estaba fatigada, señora. Cené abajo.

«No quiere comer conmigo —pensó la mar-

Marquesa. "She knows me and has rejected me."

quesa—. Me conoce y me rechaza.»

"Would you like me to read aloud to you while you are eating, My Lady?" asked Pepita, who felt that she had made a mistake.

—¿Quiere su merced que le lea en voz alta mientras come? —preguntó Pepita, que se daba cuenta de que había cometido un error.

"No. You may go to bed, if you choose."

—No; si quieres, puedes irte a la cama.

"Thank you, My Lady."

—Gracias, señora.

Doña María had risen and approached the table. With one hand on the back of the chair she said haltingly: "My dear child, I am sending off a letter to Lima in the morning. If you have one you can enclose it with mine."

Doña María se había puesto en pie y se acercó a la mesa. Apoyando una mano en el respaldo de una silla dijo, vacilando:

—Hijita querida, voy a enviar una carta a Lima mañana temprano. Si tú tienes alguna, puedes mandarla con la mía.

"No, I have none," said Pepita. She added hastily: "I must go downstairs and get you the new charcoal."

—No, no tengo ninguna —dijo Pepita. Y añadió precipitadamente—: Voy abajo a buscar carbón para su merced.

"But, my dear, you have one for... Madre María del Pilar. Wouldn't you...?"

—Pero, hija mía, tienes una para... la madre María del Pilar. ¿Por qué no quieres...?

Pepita pretended to be busy over the brazier. "No, I'm not going to send it," she said. She was aware during the long pause that followed that the Marquesa was staring at her in stupefaction. "I've changed my mind."

Pepita fingió ocuparse del brasero.

—No, no voy a enviarla —dijo. Durante la larga pausa que siguió a estas palabras, se dio cuenta de que la marquesa la estaba mirando estupefacta—. He cambiado de intención. [49]

"I know she would like a letter from you, Pepita. It would make her very happy. I know."

—Sé que le gustaría recibir carta tuya, Pepita. La haría muy feliz. Lo sé.

Pepita was reddening. She said loudly: "The innkeeper said that there would be some new charcoal ready for you at dark. I'll tell them to bring it up now." She glanced hastily at the old woman and saw that she had not ceased from staring at her with great sad inquiring eyes. Pepita felt that these were not things one talked about, but the strange woman seemed to be feeling the matter so strongly that Pepita was willing to concede one more answer: "No, it was a bad letter. It wasn't a good letter."

Pepita se ruborizó. Dijo lentamente:

—El posadero dijo que tendría más carbón para su merced al oscurecer. Voy a decirle que lo suba. —Miró a la anciana y vio que no había dejado de mirarla con los ojos muy abiertos y tristes, preguntando... Pepita sentía que éstas no eran cosas de las que se habla; sin embargo, la anciana parecía preocuparse tan de veras por el asunto, que se decidió a una respuesta—: No era una carta buena —dijo.

Doña María fairly gasped. "Why, my dear Pepita, I think it was very beautiful. Believe me, I know. No, no; what could have made it a bad letter?"

Doña María se quedó con la boca abierta.

—¿Por qué? A mí me parece muy hermosa. Hazme caso, lo sé. No, no. ¿Por qué ha de ser mala esa carta?

Pepita frowned, hunting for a word that would close the matter.

Pepita frunció el ceño buscando una palabra que zanjase la cuestión.

"It wasn't... it wasn't... brave," she said. And then she would say no more. She carried the letter off into her own room and could be heard tearing it up. Then she got into bed and lay staring into the darkness, still

—No es... no es... valiente dijo. Y luego no volvió a decir más. Se llevó la carta a su cuarto y pudo oírse cómo la rompía. Luego se acostó y se quedó mirando fijamente en la oscuridad, aún disgustada

uncomfortable at having talked in such a fashion. And Doña María sat down to her dish amazed.

She had never brought courage to either life or love. Her eyes ransacked her heart. She thought of the amulets and of her beads, her drunkenness... she thought of her daughter. She remembered the long relationship, crowded with the wreckage of exhumed conversations, of fancied slights, of inopportune confidences, of charges of neglect and exclusion (but she must have been mad that day; she remembered beating upon the table). "But it's not my fault," she cried. "It's not my fault that I was so. It was circumstance. It was the way I was brought up. Tomorrow I begin a new life. Wait and see, oh my child." At last she cleared away the table and sitting down wrote what she called her first letter, her first stumbling misspelled letter in courage. She remembered with shame that in the previous one she had piteously asked her daughter how much she loved her, and had greedily quoted the few and hesitant endearments that Doña Clara had lately ventured to her. Doña María could not recall those pages, but she could write some new ones, free and generous. No one else has regarded them as stumbling. It is the famous letter LVI, known to the Encyclopedists as her Second Corinthians because of its immortal paragraph about love: "Of the thousands of persons we meet in a lifetime, my child..." and so on. It was almost dawn when she finished the letter. She opened the door upon her balcony and looked at the great tiers of stars that glittered above the Andes. Throughout the hours of the night, though there had been few to hear it, the whole sky had been loud with the singing of these constellations. Then she took a candle into the next room and looked at Pepita as she slept, and pushed back the damp hair from the girl's face. "Let me live now," she whispered. "Let me begin again."

Two days later they started back to Lima, and while crossing the bridge of San Luis Rey the accident which we know befell them.

por haber hablado de aquella manera. Y doña María se sentó ante su plato asombrada.

Nunca había puesto valor ni en la vida ni en el amor. Sus ojos escrutaron con fiereza su corazón. Pensó en sus amuletos, en las cuentas de su rosario, en sus borracheras... pensó en su hija. Recordó la relación mutua de tantos años, coronada por el desastre de conversaciones malinterpretadas, de imaginarios desaires, de confidencias inoportunas, de acusaciones de falta de consideración, de distanciamiento. («Es que aquel día debí yo de estar loca», pensaba recordando que había dado puñetazos sobre la mesa.) «pero no es culpa mía —exclamó—. No es culpa mía [50] si soy así... Me dejo llevar por las circunstancias. Así me criaron. Pero mañana empiezo una vida nueva. Lo has de ver, hija mía.»

Por fin, hizo un sitio en la mesa y, volviendo a sentarse escribió la que ella llamaría su primera carta, su primera carta llena hasta de faltas de ortografía a fuerza de valor. Recordó, avergonzada, que en la anterior había preguntado lamentablemente a su hija cuánto la quería, y había citado vorazmente las pocas y vacilantes frases de cariño que doña Clara había arriesgado últimamente. Doña María podría no recordar aquellas páginas, mas era capaz de escribir otras, nuevas, libres y generosas, nadie ha notado jamás en ellas vacilación alguna. Es la famosa carta LVI, a la cual llaman los enciclopedistas su Segunda Epístola a los Corintios por su párrafo inmortal sobre el amor: «De entre los miles de personas que encontramos en toda una vida, hija mía...», etc. Casi amanecía cuando terminó la carta. Abrió el balcón y se quedó mirando la multitud de estrellas que centelleaban sobre los Andes. Durante las horas de la noche, aunque hubiese habido pocos para escucharlo, todo el cielo había estado sonoro con el canto de aquellas constelaciones. Luego entró con una vela en la mano en la habitación en que dormía Pepita y la estuvo mirando y alisó el húmedo cabello que cubría la frente de la muchacha. «Viva yo ahora elijo— para empezar de nuevo.»

Dos días después, emprendieron el camino de vuelta a Lima, y al cruzar el puente de San Luis Rey, el accidente que ya sabemos cayó sobre ellas. [51]

45

50

ONE morning twin boys were discovered in the foundlings' basket before the door of the Convent of Santa María Rosa de las Rosas. Names were found for them almost before the arrival of the wet-nurse, but the names were not as useful to them as our names are to most of us, for no one ever succeeded in telling the boys apart. There was no way of knowing who their parents were, but Limean gossips, noticing as the boys grew older how straight they held themselves and how silent and sombre they were, declared them to be Castilian and laid them in turn at all sorts of crested doorways. The person in the world who came nearest to being their guardian was the Abess of the Convent. Madre María del Pilar had come to hate all men, but she grew fond of Manuel and Esteban. In the late afternoon she would call them into her office, send for some cakes from the kitchen, and tell them stories about the Cid and Judas Maccabeus and the thirty-six misfortunes of Harlequin. She grew to love them so, that she would catch herself gazing deep into their black and frowning eyes, looking for those traits that would appear when they grew to be men, all that ugliness, all that soullessness that made hideous the world she worked in. They grew up about the convent until they were a little past the age when their presence began to be a slight distraction to the dedicated sisters. From thence they became vaguely attached to all the sacristies in town: they trimmed all the cloister hedges; they polished every possible crucifix; they passed a damp cloth once a year over most of the ecclesiastical ceilings. All Lima knew them well. When the priest rushed through the streets carrying his precious burden into a sickroom either Esteban or Manuel was to be seen striding behind him, swinging a censer. As they grew older, however, they showed no desire for the clerical life. They gradually assumed the profession of the scribe. There were few printing presses in the New World and the boys soon made a fair living transcribing comedies for the theatre, ballads for the crowds, and advertisements for the merchants. Above all they were the copyists of the choirmasters and made endless parts of the motets of Morales and Victoria.

Because they had no family, because they were

Una mañana, se encontraron dos niños gemelos en el cestillo de los expósitos a la puerta del convento de Santa María Rosa de las Rosas. Se les pusieron nombres casi antes de que llegasen las nodrizas que habían de amamantarlos, pero los nombres no fueron para ellos tan útiles como lo son para la mayoría de nosotros, porque nadie consiguió nunca distinguir entre sí a los gemelos. No hubo modo de saber quiénes eran sus padres, pero el chismorreó limeño, al notar, cuando los chiquillos fueron creciendo, cuán derechos andaban y qué serios eran, los declaró castellanos y los fue depositando con el pensamiento por turno ante todas las puertas que ostentaban escudo de nobleza.

La persona que hizo para ellos las veces de tutor fue la abadesa del convento, la madre María del Pilar, que había acabado por aborrecer a todos los hombres, pero tomó cariño a Manuel y a Esteban. Al atardecer, los llamaba a su despacho, mandaba a la cocina en busca de unos bollos y les contaba cuentos del Cid y de Judas Macabeo y de las treinta y seis desdichas de Arlequín. Tanto llegó a quererlos, que se sorprendía escrutando sus ojos [55] negros y enfurruñados, buscando en sus rostros aquellas facciones que habían de aparecer en ellos cuando fuesen hombres, toda la fealdad, toda la falta de alma que hacía espantoso el mundo en el cual trabajaba.

Crecieron en el convento hasta que sobrepasaron un poco la edad en que su presencia comenzaría a ser una leve distracción para las hermanitas consagradas al servicio divino. De allí en adelante estuvieron más o menos vagamente empleados en todas las sacristías de la ciudad; recortaron todos los setos vivos de todos los claustros, lustraron todos los crucifijos posibles; pasaron un trapo mojado, una vez al año, por todos los cielos rasos eclesiásticos. Todo Lima los conocía. Cuando el sacerdote iba a toda prisa por las calles llevando su preciosa carga a algún cuarto de enfermo, ya Esteban, ya Manuel iban detrás de él balanceando un incensario. Cuando hubieron crecido, sin embargo, no mostraron afición a la vida eclesiástica. Poco a poco fueron asumiendo la profesión de escribas. Había pocas prensas de imprenta en el Nuevo Mundo, y los muchachos pronto se ganaron bien la vida copiando comedias para el teatro, baladas para las multitudes y anuncios para los comerciantes. Sobre todo, eran copistas de música para los maestros de coros y transcribieron infinitas partes de los motetes de Morales y Victoria.

Porque no habían tenido familia, porque eran ge-

twins, and because they were brought up by women, they were silent. There was in them a curious shame in regard to their resemblance. They had to live in a world where it was the subject of continual comment and joking. It was never funny to them and they suffered the eternal pleasantries with stolid patience. From the years when they first learned to speak they invented a secret language for themselves, one that was scarcely dependent on the Spanish for its vocabulary, or even for its syntax. They resorted to it only when they were alone, or at great intervals in moments of stress whispered it in the presence of others. The Archbishop of Lima was something of a philologist; he dabbled in dialects; he had even evolved quite a brilliant table for the vowel and consonant changes from Latin into Spanish and from Spanish into Indian-Spanish. He was storing up notebooks of quaint lore against an amusing old age he planned to offer himself back on his estates outside Segovia. So when he heard one day about the secret language of the twin brothers, he trimmed some quills and sent for them. The boys stood humiliated upon the rich carpets of his study while he tried to extract from them their *bread* and *flower* and *I see* and *I saw*. They did not know why the experience was so horrible to them. They bled. Long shocked silences followed each of the Archbishop's questions, until finally one or the other mumbled an answer. The priest thought for a while that they were merely in awe before his rank and before the luxury of his apartment, but at last, much perplexed, he divined the presence of some deeper reluctance and sadly let them go.

This language was the symbol of their profound identity with one another, for just as *resignation* was a word insufficient to describe the spiritual change that came over the Marquesa de Montemayor on that night in the inn at Cluxambuqua, so *love* is inadequate to describe the tacit almost ashamed oneness of these brothers. What relationship is it in which few words are exchanged, and those only about the details of food, clothing and occupation; in which the two persons have a curious reluctance even to glance at one another; and in which there is a tacit arrangement not to appear together in the city and to go on the same errand by different streets? And yet side by side with this there existed a need of one another so terrible that it produced miracles as naturally as the charged air of a sultry day produces lightning. The brothers were scarcely aware of it themselves, but telepathy was a common occurrence in their lives, and when one returned

melos, porque les habían educado mujeres, eran silenciosos. Sentían una curiosa vergüenza de ser tan parecidos. Estaban obligados a vivir en un mundo donde esto era motivo continuo de comentarios y bromas. A ellos no les hacían ninguna gracia y sufrían los sempiternos chistes con **estólida** paciencia. Desde que aprendieron a hablar, inventaron [56] un lenguaje secreto, muy poco parecido al español ni en vocabulario ni en sintaxis. Lo empleaban únicamente cuando estaban solos, o muy de tarde en tarde recurrían a él, murmurándolo en momentos de grave apuro, delante de gente.

El arzobispo de Lima era un tanto filólogo; se dedicaba a desenmarañar dialectos; hasta recopiló una brillante tabla sobre los cambios que han sufrido vocales y consonantes al pasar del latín al español y del español al indohispánico. Estaba llenando cuadernos con notas de extraña erudición con vistas a distraer la vejez que pensaba pasar cuando volviese a sus tierras en los alrededores de Segovia. Así es que cuando un día oyó comentar el lenguaje secreto de los gemelos, talló unas cuantas plumas de ganso, y los mandó a buscar. Los muchachos se quedaron en pie humillados sobre las ricas alfombras de su gabinete mientras él intentaba sacarles su pan y su árbol y su veo y su vi. Ellos no sabían por qué el experimento les resultaba tan horrible. Sangraban por dentro. Largos y escandalizados silencios seguían a cada una de las preguntas del arzobispo, hasta que, al fin, uno de los dos mascullaba una respuesta. El sacerdote pensó al principio que estaban asustados ante su jerarquía y ante el lujo de su habitación, pero, al fin, muy perplejo, adivinó la existencia de alguna repugnancia más honda y, con tristeza, los dejó marchar.

35

Aquel lenguaje secreto era el símbolo de su profunda y mutua identidad, porque así como «resignación» es una palabra insuficiente para expresar el cambio que se operó en la marquesa de Montemayor aquella noche en la posada, así la palabra «amor» es inadecuada para describir [57] la tácita y casi vergonzante unidad de aquellos hermanos. ¿Qué relación es esa en la cual se cambian pocas palabras y éstas únicamente sobre detalles de alimento, vestido y ocupaciones; en la cual ambas personas tienen un curioso reparo hasta en mirarse; y en la cual existe un acuerdo tácito de no aparecer juntos por la ciudad, y en ir a un mismo encargo por calles diferentes? Y, sin embargo, junto con esto existía una necesidad mutua tan terrible que producía milagros tan naturalmente como el aire cargado de electricidad produce relámpagos. Los hermanos apenas se daban cuenta de ello, pero la telepatía era un acaecimiento común en sus vidas, y cuando uno de ellos volvía a

home the other was always aware of it when his brother was still several streets away.

Suddenly they discovered that they were tired of writing. They went down to the sea and found an occupation in loading and unloading vessels, not ashamed of working side by side with Indians. They drove teams across the provinces. They picked fruit. They were ferrymen. And always they were silent. Their sombre faces took on from these labors a male and gypsy cast. Their hair was seldom cut and under the dark mat their eyes looked up suddenly surprised and a little sullen. All the world was remote and strange and hostile except one's brother.

But at last the first shadow fell across this unity and the shadow was cast by the love of women. They had returned to the city and resumed the copying of parts for the theatre. One night the manager, foreseeing a thinning house, gave them a free admission. The boys did not like what they found there. Even speech was for them a debased form of silence; how much more futile is poetry which is a debased form of speech. All those allusions to honour, reputation, and the flame of love, all the metaphors about birds, Achilles and the jewels of Ceylon were fatiguing. In the presence of literature they had the same darkling intelligence that stirs for a time behind the eyes of a dog, but they sat on patiently, gazing at the bright candles and the rich clothes. Between the acts of the comedy the Perichole stepped out of her role, put on twelve petticoats and danced before the curtain. Esteban had some copying still to do, or pretended so, and went home early; but Manuel stayed on. The red stockings and shoes of the Perichole had made their impression.

Both brothers had fetched and carried their manuscripts up and down the dusty stairs behind the stage. There they had seen an irritable girl in a soiled bodice mending her stockings before a mirror while her stage director read aloud her lines for memorization. She had let fall upon the boys for a moment the detonation of her amazing eyes, immediately dissipated in her amused recognition that they were twins. Forthwith she had dragged them into the room and placed them side by side. Carefully, amusedly and remorselessly she had peered into every square inch of their faces, until finally laying one hand on Esteban's shoulder she had cried out: "This one is the younger!" That had been several years

casa, el otro siempre se daba cuenta de ello cuando el otro estaba aún a varias calles de distancia.

De pronto, descubrieron que se habían cansado de escribir. Bajaron a la costa y encontraron trabajo cargando y descargando barcos, sin avergonzarse de trabajar junto con los indios. Condujeron carretas a través de las provincias. Recogieron fruta. Fueron barqueros. Y siempre silenciosos. Sus rostros sombríos adquirieron en tales trabajos aspecto varonil y gitano. Pocas veces se cortaban el pelo y bajo la oscura maraña sus ojos parecían siempre sorprendidos y hasta un tanto huraños. Todo el mundo era para cada uno de ellos remoto y ajeno y hostil, excepto el hermano.

Pero, al fin, la primera sombra cayó sobre aquella unidad, y la sombra la proyectó el amor a las mujeres. Habían vuelto a la ciudad y de nuevo copiaban papeles para el teatro. Una noche, el empresario, figurándose que la sala iba a estar medio vacía, les dio entradas gratuitas. A ellos no les gustó lo que allí encontraron. Cada parlamento [58] era para ellos una forma envilecida del silencio y aún mucho más fútil la poesía, forma rebajada del discurso. Todas aquellas alusiones al honor, a la reputación, a la llama del amor, todas las metáforas sobre pájaros, Aquiles y las piedras preciosas de Ceilán los fatigaban. En presencia de la literatura, manifestaban la misma oscura comprensión que asoma a veces en los ojos de un perro, pero siguieron sentados con paciencia, mirando las brillantes luces y los ricos trajes. En los entreactos de la comedia, la Perichole abandonaba su papel, se ponía una docena de enaguas y danzaba a telón corrido. Esteban tenía que hacer algunas copias o lo pretendió para volverse a casa; pero Manuel se quedó en el teatro. Las medias coloradas y los zapatos de la Perichole le habían impresionado.

Los dos hermanos solían llevar los manuscritos y habían subido y bajado escaleras y recorrido los pasillos del teatro para entregarlos. Allí vieron a una muchacha de muy mal humor, que vestía una chambra llena de manchas y que estaba zurciéndose las medias delante de un espejo, mientras el director de escena leía en voz alta un papel para que ella lo aprendiese de memoria. Lanzó durante un momento el disparo de sus ojos asombrosos sobre los muchachos, que se disipó instantáneamente al darse cuenta, con gran diversión, de que eran los gemelos. Luego les obligó a entrar en el cuarto y les hizo colocarse uno junto a otro. Cuidadosamente, muy divertida y sin remordimientos fue examinando sus rostros pulgada por pulgada hasta que al fin, poniendo una mano sobre el hombro de Esteban, exclamó: «¡Éste es el más joven!». Eso suce-

before and neither brother had thought of the episode again.

Henceforth all Manuel's errands seemed to lead him past the theatre. Late at night he would drift about among the trees beneath her dressing-room window. It was not the first time that Manuel had been fascinated by a woman (both brothers had possessed women, and often, especially during their years at the waterfront; but simply, latinly), but it was the first time that his will and imagination had been thus overwhelmed. He had lost that privilege of simple nature, the dissociation of love and pleasure. Pleasure was no longer as simple as eating; it was being complicated by love. Now was beginning that crazy loss of one's self, that neglect of everything but one's dramatic thoughts about the beloved, that feverish inner life all turning upon the Perichole and which would so have astonished and disgusted her had she been permitted to divine it. This Manuel had not fallen in love through any imitation of literature. It was not of him, at all events, that the bitterest tongue in France had remarked only fifty years before: that many people would never have fallen in love if they had not heard about it. Manuel read little; he had only been once to the theatre (where above all there reigns the legend that love is a devotion) and the Peruvian tavern-songs that he might have heard, unlike those of Spain, reflected very little of the romantic cult of an idealized woman. When he said over to himself that she was beautiful and rich and **fatiguingly** witty and the Viceroy's mistress, none of these attributes that made her less obtainable had the power to quench his curious and tender excitement. So he leaned against the trees in the dark, his knuckles between his teeth, and listened to his loud heart-beats.

But the life that Esteban was leading had been full enough for him. There was no room in his imagination for a new loyalty, not because his heart was less large than Manuel's, but because it was of a simpler texture. Now he discovered that secret from which one never quite recovers, that even in the most perfect love one person loves less profoundly than the other. There may be two equally good, equally gifted, equally beautiful, but there may never be two that love one another equally well. So Esteban sat up in their room by a guttering candle, his knuckles between his teeth, and wondered why Manuel was so changed and why the whole meaning had gone out of their life.

dió algunos años antes y ninguno de los hermanos había vuelto a pensar en el episodio. [59]

Desde aquel momento, todos los quehaceres de Manuel parecían llevarle a pasar por delante del teatro. Ya muy de noche se escondía entre los árboles bajo las ventanas de la comedianta. No era la primera vez que a Manuel le había fascinado una mujer. Ambos hermanos habían conocido mujeres, y a menudo, especialmente mientras trabajaron en la orilla del mar; pero con naturalidad, latinamente; mas ésta fue la primera vez que su voluntad y su imaginación se habían rendido de tal modo. Había perdido ese privilegio de la simple naturaleza, la disociación del amor y el placer. Ahora estaba iniciándose esa loca pérdida del yo, ese no importarle a uno nada más que sus propios pensamientos dramáticos acerca del ser amado, la febril vida interior dando vueltas en torno de la Perichole y que a ella tanto le hubiese sorprendido y asqueado si lo hubiera podido adivinar por un momento.

Este Manuel no se había enamorado por imitación de ninguna literatura. En él no era verdad lo que la lengua más ácida de Francia había dicho unos cincuenta años antes, a saber: que mucha gente nunca hubiera sentido el amor si antes no hubiera oído hablar de él. Manuel leía poco; sólo había estado una vez en el teatro (donde más que en parte alguna reina la leyenda de que el amor es una devoción) y las canciones que había podido oír en las tabernas peruanas, tan diferentes de las de España, reflejaban muy poco del culto romántico de la mujer idealizada. Cuando se repetía que era hermosa y rica, e **insoportablemente** ingeniosa, y querida del virrey, ninguno de tales atributos que la hacían más inalcanzable tenía poder para apagar su extraña y tierna excitación. [60] Así, apoyado contra un árbol en la oscuridad, mordiéndose los nudillos, escuchaba los profundos latidos de su propio corazón.

La vida que ahora llevaba Esteban se encontraba suficientemente llena para él. No había lugar en su imaginación para una lealtad nueva, no porque su corazón no fuese tan grande como el de Manuel, sino porque era de textura más simple. Ahora descubrió el secreto, descubrimiento cuya herida no se cicatriza del todo, a saber: que hasta en el amor más perfecto, uno de los amadores ama menos profundamente que el otro. Pueden ser ambos igualmente buenos, igualmente dotados, igualmente hermosos, pero nunca habrá dos que se amen uno a otro igualmente bien. Por eso Esteban estaba sentado en su cuarto también mordiéndose los nudillos y preguntándose por qué Manuel había cambiado tanto, y por qué se había desvanecido el único sentido de sus vidas.

One evening Manuel was stopped on the street by a small boy who announced to him that the Perichole wished him to call upon her at once. Manuel turned in his path and went to the theatre. Straight, sombre and impersonal, he entered the actress's room and stood waiting. Camila had a service to ask of Manuel and she thought a few preliminary blandishments were necessary, but she scarcely paused in combing a blond wig that was dressed upon the table before her.

"You write letters for people, don't you? I want you to write a letter for me, please. Please come in."

He came forward two steps.

"You never pay me the least visit either of you. That's not Spanish of you."—meaning 'courteous.'—"Which are you, Manuel or Esteban?"

"Manuel."

"It doesn't matter. You are both unfriendly. Neither of you ever comes to see me. Here I sit learning stupid lines all day and no one ever comes to see me but a lot of peddlers. It is because I am an actress, no?"

This was not very artful, but for Manuel it was unspeakably complicated. He merely stared at her from the shadows of his long hair and left her to improvise.

"I am going to engage you to write a letter for me, a very secret letter. But now I can see that you don't like me and that to ask you to write a letter would be as good as reading it aloud in all the wine-shops. What does that look mean, Manuel? Are you my friend?"

"Yes, señora."

"Go away. Send me Esteban. You do not even say Yes, señora as a friend would say it."

Long pause. Presently she raised her head: "Are you still there, Unfriendly?"

"Yes, senora — you can trust me to do anything for you... you can trust..."

"If I ask you to write one letter for me, or two letters, you promise never to mention to a human being

Una tarde, un muchachuelo detuvo a Manuel en la calle, y le anunció que la Perichole deseaba que subiera a verla inmediatamente. Manuel cambió el camino que llevaba y se dirigió al teatro. Er- guido, sombrío, al parecer indiferente, entró en el cuarto de la actriz y se quedó de pie esperando. Camila tenía que pedir un favor a Manuel, y pensó que eran necesarias unas pocas amabilidades preliminares, pero no dejó de peinar una pe- luca rubia que tenía ante ella, en la mesa.

—Tú escribes cartas para la gente, ¿no? Necesito que hagas el favor de escribir una para mí. Haz el favor de entrar.

15

Él dio dos pasos más. [61]

—Nunca venís a verme ninguno de los dos. No parecéis españoles —lo cual quería decir galantes—. ¿Tú quién eres, Manuel o Esteban?

—Manuel.

—Da lo mismo. Ninguno de los dos sois míos. Ninguno de los dos venís nunca a verme. Aquí me paso el día entero sentada aprendiendo versos estúpidos y no viene a verme más que un montón de buhoneros. Es porque soy una cómica, verdad?

No era muy sutil el comienzo, mas para Manuel resultaba indeciblemente complicado. No hacía más que mirarla a través de las sombras de su largo cabello y la dejaba improvisar.

—Voy a encargarte que escribas una carta mía, una carta muy, muy secreta. Pero ahora veo que no te gusto y que si te encargo que me escribas la carta será lo mismo que echar un pregón por todas las tabernas. ¿Qué significa ese modo de mirarme? ¿Eres amigo mío?

—Sí, señora.

—Vete. Que venga Esteban. Ni siquiera dices: «Sí, señora» como lo diría un amigo.

Pausa larga. Por fin, ella levantó la cabeza: —¿Todavía estás ahí? ¿Enemigo?

—Sí, señora... Puede la señora fiarse de mí para hacer lo que sea..., puede fiarse.

—Si te pido que escribas una carta... o dos ¿me prometes no decir nunca a ningún ser humano lo que va es-

what is in them, or even that you wrote them?"

crito en ellas, ni siquiera que tú las has escrito?

"Yes, señora."

—Sí, señora.

"What do you promise by?—by the Virgin Mary?" 5

—¿Por qué me lo prometes? Por la Virgen María?

"Yes, señora."

—Sí, señora. [62]

"And by the heart of Saint Rose of Lima?"

—¿Y por el corazón de santa Rosa de Lima?

10

"Yes, señora."

—Sí, señora.

"Name of the Name, Manuel, anyone would think you were as stupid as an ox. Manuel, I am very angry with you. You are not stupid. You don't look stupid. Please don't say just *Yes, señora* again. Don't be stupid or I'll send for Esteban. Is anything the matter with you?"

—¡Válgame Dios, Manuel, cualquiera pensaría que eres estúpido como un buey! Manuel, estoy muy enojada contigo. No eres estúpido. No pongas esa cara de estúpido. Haz el favor de no volver a decir «Sí, señora». No seas estúpido o mando a buscar a Esteban. ¿Es que te pasa algo?

Here Manuel cast himself upon the Spanish language and exclaimed with unnecessary vigor: "I swear by the Virgin Mary and the heart of St. Rose of Lima that all that has to do with the letter will be secret."

Aquí, Manuel se lanzó a la lengua española y exclamó con innecesario vigor:

—¿Juro por la Virgen María y por el corazón de santa Rosa de Lima que todo lo que tenga que ver con esa carta será secreto!

25

"Even from Esteban," prompted the Perichole.

—Hasta para Esteban?

"Even from Esteban."

—Hasta para Esteban.

"Well, that's better." She motioned him to sit down at a table where writing materials were already laid out. As she dictated she strode about the room, frowning, swinging her hips. With her arms akimbo, she hugged her shawl about her shoulders defiantly.

—Ya vamos mejor —le indicó por señas que se sentara delante de la mesa donde ya estaba dispuesto el material para escribir.

Al dictar paseaba por el cuarto, frunciendo el ceño, moviendo las caderas. Con los brazos en jarras hacía que el chal se moviese en sus hombros en son de desafío.

35

"*Camila Perichole kisses the hands of Your Excellency and says —No, take another piece of paper and begin again. The señora Micaela Villegas, artist, kisses the hands of Your Excellency and says that, being the victim of the envious and lying friends that Y. E.'s goodness permits about Him, she can no longer endure Y. E.'s suspicions and jealousy. Y. E.'s servant has always valued Y. E.'s friendship and has never committed, nor even thought, an offense against it, but she can no longer fight against the calumnies that Y. E. believes so readily. Señora Villegas, artist, called the Perichole, therefore returns herewith such of Y. E.'s gifts as have not been placed beyond recall, since without Y. E.'s confidence, Y. E.'s servant can take no pleasure in them.*"

Camila Perichole besa las manos de Vuestra Excelencia y dice... [No, toma otra hoja y vuelve a empezar...] La señora Micaela Villegas, artista, besa las manos de Vuestra Excelencia y dice que siendo víctima de los envidiosos y embusteros amigos de Vuestra Excelencia, que Dios guarde, no puede seguir sufriendo por más tiempo sospechas y celos. Esta servidora de Vuestra Excelencia siempre ha valorado la amistad de Vuestra Excelencia y nunca ha cometido ni con el pensamiento ofensa ninguna contra ella, pero no [63] puede seguir luchando contra las calumnias que Vuestra Excelencia cree tan fácilmente. La señora Villegas, artista, llamada la Perichole, por consiguiente, devuelve con ésta aquellos regalos de Vuestra Excelencia, de los que aún no ha dispuesto sin posibilidad de recobrarlos, ya que sin la confianza de Vuestra Excelencia, su servidora no saca de ellos placer ninguno.

Camila continued walking about the room for several minutes, consumed by her thoughts. Presently without so much as glancing at her secretary, she commanded: Take another leaf. *Have you gone mad? Do not ever think of dedicating another bull to me again. It has caused a frightful war. Heaven protect you, my colt. Friday night, the same place, the same time. I may be a little late, for the fox is wide-awake. That will be all.*"

Manuel rose.

"You swear that you have made no errors?"

"Yes, I swear."

"There is your money."

Manuel took the money.

"I shall want you to write me more letters from time to time. My Uncle Pio generally writes my letters; these I do not wish him to know about. Good night. Go with God."

"Go with God."

Manuel descended the stairs and stood for a long time among the trees, not thinking, not moving.

Esteban knew that his brother was continually brooding over the Perichole, but he never suspected that he saw her. From time to time during the next two months a small boy would approach him in great haste and ask whether he were Manuel or Esteban, and being informed that he was only Esteban, the boy would add that Manuel was wanted at the theatre. Esteban assumed that the call was for copyist's work and was therefore utterly unprepared for a visit that they received one night in their room.

It was almost midnight. Esteban had gone to bed, and lay gazing out from under the blanket at the candle beside which his brother was working. There was a light tap at the door and Manuel opened to admit a lady heavily veiled, out of breath and nervous. She threw back the scarf from her face and said hurriedly.

"Quick, ink and paper. You are Manuel, yes? You must do a letter for me at once."

For a moment her glance fell on the two bright eyes that glared at her from the edge of the cot. She

Camila siguió paseando por la habitación varios minutos, consumidos por sus pensamientos. Luego, sin mirar siquiera a su secretario, ordenó:

—Toma otra hoja de papel. «¿Te has vuelto loco? Que no se te ocurra volverme a brindar otro toro. El último ha armado una guerra espantosa. Dios te proteja, potrito mío. El viernes por la noche, en el mismo sitio de siempre, a la misma hora. Llegaré un poco tarde porque el zorro está despierto.» Esto es todo.

Manuel se puso en pie.

—Juras que no te has equivocado en nada?

—Sí, lo juro.

—Ahí tienes tu dinero.

Manuel tomó el dinero.

—De cuando en cuando, tendrás que escribirme más cartas. Mis cartas acostumbra a escribirlas mío; pero de éstas no quiero que se entere. Buenas noches. Con Dios.

—Con Dios.

Manuel bajó las escaleras y estuvo mucho tiempo entre los árboles, sin pensar, sin moverse.

Esteban sabía que su hermano estaba continuamente pensando en la Perichole, pero nunca sospechó que la viera. [64] De cuando en cuando, durante los dos meses siguientes, un muchachuelo se le acercaba en la calle a toda prisa y le preguntaba si era Manuel o Esteban, y al saber que era Esteban, añadía que necesitaban a Manuel en el teatro. Esteban pensó siempre que le llamaban para algún trabajo de copia, y por tanto no estaba preparado para la visita que una noche recibieron en su habitación.

Era casi medianoche. Esteban se había acostado y miraba medio escondido bajo la manta la vela junto a la cual estaba trabajando su hermano. Dieron un golpecito en la puerta y Manuel la abrió para dejar entrar a una dama tapada, sin aliento y nerviosa. Se quitó el manto de la cara y dijo precipitadamente:

—Pronto, tinta y papel. ¿Eres Manuel, no? Tienes que escribirme una carta inmediatamente.

Durante un momento su mirada cayó sobre un par de ojos relucientes que la miraban desde el borde de la cama. Murmuró:

murmured: "Eu... you must excuse me. I know it is late. It was necessary... I must come." Then turning to Manuel, she whispered into his ear: "*Write this: I, the Perichole, am not accustomed to wait at a rendez-vous. Have you finished that? You are only a cholo, and there are better matadors than you, even in Lima. I am half Castilian and there are no better actresses in the world. You shall not have the opportunity—Have you got that?—to keep me waiting again, cholo, and I shall laugh the last, for even an actress does not grow old as fast as a bull-fighter.*"

To Esteban in the shadows the picture of Camila leaning over his brother's hand and whispering into his ear was complete evidence that a new congeniality had formed such as he would never know. He seemed to shrink away into space, infinitely tiny, infinitely unwanted. He took one more glance at the tableau of love, all the paradise from which he was shut out, and turned his face to the wall.

Camila seized the note the moment it was done, pushed a coin along the table and in a last flurry of black lace, scarlet beads and excited whispers left the room. Manuel turned from the door with his candle. He sat down, put his hands over his ears, his elbows on his knees. He worshipped her. He murmured to himself over and over again that he worshipped her, making of the sound a sort of incantation and an obstacle to thought.

He emptied his mind of everything but a singsong, and it was this vacancy that permitted him to become aware of Esteban's mood. He seemed to hear a voice that proceeded from the shadows saying: "Go and follow her, Manuel. Don't stay here. You'll be happy. There's room for us all in the world." Then the realization became even more intense and he received a mental image of Esteban going a long way off and saying goodbye many times as he went. He was filled with terror; by the light of it he saw that all the other attachments in the world were shadows, or the illusions of fever, even Madre María del Pilar, even the Perichole. He could not understand why Esteban's misery should present itself as demanding a choice between him and the Perichole, but he could understand Esteban's misery, as misery. And at once he sacrificed everything to it, if it can be said we ever sacrifice anything save what we know we can never attain, or what some secret wisdom tells us it would be uncomfortable or saddening to possess. To be sure

—Bueno..., ustedes disculpen. Ya sé que es tarde. Pero ha sido necesario... He tenido que venir —luego, volviéndose hacia Manuel le murmuró al oído—: Escribe: «Yo, la Perichole, no estoy acostumbrada a esperar en una cita». ¿Has terminado ya? «No eres más que un cholo, y hay mejores matadores que tú, hasta en Lima. Yo soy medio castellana y no hay actriz mejor en el mundo entero. No volverás a tener ocasión... (¡Fíjate bien en esto!) ... ocasión de tenerme otra vez esperando, cholo, y yo seré quien me ría la última, porque ni siquiera una actriz se hace vieja tan deprisa como un torero.»

Para Esteban, entre sombras, el cuadro de Camila inclinada sobre la mano de su hermano y murmurando [65] palabras en su oído fue evidencia completa de que una nueva simpatía se había formado y de una clase que él nunca había de conocer. Lanzó una mirada más a aquel cuadro de amor, a todo el paraíso de que le habían arrojado, y se volvió de cara a la pared.

Camila se apoderó de la carta en cuanto Manuel hubo terminado de escribirla, echó una moneda sobre la mesa y salió de la habitación en un vertiginoso remolino de encaje negro, cuentas coloradas y excitados murmullos. Manuel volvió desde la puerta con la vela en la mano. Se sentó, se tapó los oídos con las manos y apoyó los codos en las rodillas. La adoraba. Murmuró para sí una y otra vez que la adoraba, haciendo del sonido una especie de conjuro y un obstáculo al pensamiento.

Vació su mente de todo lo que no fuera aquella cantilena, y precisamente aquel vacío le permitió darse cuenta del estado de ánimo de Esteban. Parecióle oír una voz que salía de las tinieblas y le decía: «Síguela, Manuel. No te estés aquí. Serás feliz. Hay lugar para todos en el mundo». Su comprensión se hizo aún más intensa, y tuvo la imagen mental de Esteban que se marchaba muy lejos y le decía adiós, muchísimas veces al alejarse. Se llenó de terror; a la luz de su espanto vio que todos los demás apegos en el mundo no eran sino sombras, o ilusiones de calentura, hasta la madre María del Pilar, hasta la Perichole. No podía comprender que la angustia de Esteban pudiera presentarse exigiendo una elección entre él y la Perichole, pero sí podía comprender la angustia de Esteban como angustia. E inmediatamente se lo sacrificó todo, si puede decirse que alguna vez sacrificamos algo excepto lo que sabemos que no podremos obtener nunca o lo [66] que alguna oculta sabiduría nos dice que sería triste o incómodo poseer. Seguramente, no había nada sobre lo que Esteban pudiera basar una queja.

there was nothing on which Esteban could base a complaint. It was not jealousy, for in their earlier affairs it had never occurred to either of them that their loyalty to one another had been diminished. It was merely that in the heart of one of them there was left room for an elaborate imaginative attachment and in the heart of the other there was not. Manuel could not quite understand this and, as we shall see, he nourished a dim sense of being accused unjustly. But he did understand that Esteban was suffering. In his excitement he groped for a means of holding this brother who seemed to be receding into the distance.

And at once, in one unhesitating stroke of the will, he removed the Perichole from his heart.

He blew out the candle and lay down on his bed. He was trembling. He said aloud with exaggerated casualness: "Well, that's the last letter I write for that woman. She can go and find a pander somewhere else. If ever she calls here or sends for me when I'm out, tell her so. Make it plain. That's the last I have to do with her," and with that he began reciting his evening psalm aloud. But he had hardly reached *A sagitta volante in die* when he became aware that Esteban had risen and was lighting the candle.

"What's the matter?" he asked.

"I'm going out for a walk," replied Esteban **sombrely**, fastening his belt. After a moment, he broke out with an assumption of anger: "You don't have to say... what you just said, for me. I don't care whether you write her letters or not. You don't have to change for me. I haven't anything to do with that."

"Go to bed, you fool. God, you're a fool, Esteban. What made you think I said that, for you? Don't you believe I mean it when I say I'm through with her? Do you think I want to write any more of her dirty letters and get paid for them like that?"

"It's all right. You love her. You don't have to change because of me."

"*Love her?* Love her? You're crazy, Esteban. How could I love her? What chance would there be for me? Do you suppose she'd give me those letters to write if there were any chance? Do you suppose she'd push a piece of money across the table every time.... You're crazy, Esteban, that's all."

No eran celos, porque en sus otros asuntos de amores, nunca se le había ocurrido a ninguno de ellos que su lealtad mutua hubiera disminuido. Era únicamente que en el corazón de uno de los dos quedaba un hueco para un afecto de pura imaginación, y en el otro, no. Manuel era incapaz de comprender semejante cosa y, como iremos viendo, sentía oscuramente que se le acusaba injustamente. Pero comprendía que Esteban sufría. En su excitación, buscaba a tientas un medio de sujetar a su hermano, que parecía irse perdiendo en una lejanía. Y, de una vez, con decidido ímpetu de la voluntad, se arrancó a la Perichole del corazón.

Apagó la luz y se tendió en la cama. Estaba temblando. Dijo en voz alta con exagerada naturalidad:

—¡Ea!, es la última carta que escribo para esa mujer. Puede irse a cualquier otra parte en busca de alcahuete. Si vuelve a llamar aquí o me manda a buscar no estando yo en casa, díselo. Pero clarito para que lo entienda. Ésta ha sido la última vez que tengo algo que ver con ella.

Y con eso, empezó a recitar sus oraciones nocturnas en voz alta. Mas, apenas había llegado a *A sagitta volante in die*, se dio cuenta de que Esteban se había levantado y estaba encendiendo la vela.

~¿Qué te pasa? —preguntó.

—Voy a dar una vuelta —repuso Esteban hoscamente, abrochándose el cinturón. Luego rompió a hablar con un matiz de ira—: Por mí, no tienes que decir eso que has dicho. No me importa si le escribes las cartas o no se [67] las escribes. Por mí, no tienes que cambiar nada. No tengo nada que ver con eso.

Vete a la cama, estúpido. ¡Ay Dios, qué necio eres, Esteban! ¿De dónde sacas que lo que he dicho lo he dicho por tí? ¿No me crees cuando aseguro que he terminado de tratar con ella? ¿Te figuras que necesito seguir escribiendo sus cochinas cartas y que me las pague de esta manera?

—Está bien. La quieres. Por mí no tienes que dejar de quererla.

—Quererla? ¿Quererla? Esteban, estás loco. ¿Cómo la voy a querer? ¿Qué probabilidad habría para mí? ¿Supones que me iba a mandar escribir esas cartas si hubiera algo posible entre ella y yo? ¿Supones que me tiraría así una moneda a la mesa cada vez que...? Estás loco, y no hay más que hablar.

There was a long pause. Esteban would not go to bed. He sat by the candle in the middle of the room, tapping with his hand on the edge of the table.

“Go to bed, you fool,” shouted Manuel, rising on one elbow under the blanket. He was talking in their secret language and the new pain at his heart gave a greater ring of reality to his assumption of rage. “I’m all right.”

“I won’t. I’m going out for a walk,” replied Esteban picking up his coat.

“You can’t go out for a walk. It’s two o’clock. It’s raining. You can’t go and walk about for hours like that. Look, Esteban, I swear to you there’s nothing left to all that. I don’t love her. I only did for a time.”

By now Esteban stood in the dark of the open door. In the unnatural voice with which we make the greatest declarations of our lives, he muttered: “I’m in your way,” and turned to go.

Manuel leapt out of his bed. His head seemed to be full of a great din, a voice crying out that Esteban was going away forever, was leaving him alone forever. “In the name of God, in the name of God, Esteban, come back here.”

Esteban came back and went to bed and the matter was not mentioned again for many weeks. The very next evening Manuel had an opportunity of declaring his position. A messenger arrived from the Perichole and was told harshly to inform the actress that Manuel would write no more letters for her.

One evening Manuel tore open the flesh on his knee against a piece of metal.

Neither brother had ever been ill for as much as a day in his life, and now Manuel, utterly bewildered, watched his leg swell and felt the waves of pain rise and fall in his body. Esteban sat by and stared at his face trying to imagine what great pain was. At last one midnight Manuel remembered that the signboard of a certain hairdresser in the city described the proprietor as an experienced barber and surgeon. Esteban ran through the streets to fetch him. He pounded on the door. Presently a woman leaned out of a window and announced that her husband would be back in the morning. During the fearful hours that followed, they told one another that when the doctor had seen the leg all would be well. He would do

Hubo una pausa larga. Esteban no quería irse a la cama. Se sentó junto a la vela en el centro de la habitación, y se puso a golpear con la mano el filo de la mesa.

—¡Vete a la cama, estúpido! —gritó Manuel apoyándose en un codo e incorporándose debajo de la manta. Hablaban en su lenguaje secreto y el nuevo dolor de su corazón daba más tono de realidad a su ficción de rabia—. Lo que te digo es la verdad.

—No quiero. Voy a dar una vuelta —replicó Esteban, cogiendo el abrigo.

—No puedes ir a dar una vuelta. Son las dos. Está lloviendo. No puedes salir y estar andando por ahí horas y horas. Mira, Esteban, te juro que ya no hay nada de todo aquello. No estoy enamorado de ella. Lo estuve algún tiempo. [68]

Ya Esteban estaba en la sombra de la puerta abierta. Con esa voz extraña en que hacemos las declaraciones más solemnes de nuestras vidas, murmuró:

—Os estorbo. —Y dio media vuelta para marcharse.

Manuel saltó de la cama. Le parecía tener la cabeza llena de un ruido tremendo en el cual una voz le gritaba que Esteban se marchaba para siempre, que para siempre le dejaba solo.

—¡En nombre de Dios, en nombre de Dios, Esteban, vuelve; vuelve!

Esteban volvió y se metió en la cama, y durante varias semanas no se habló más del asunto. La noche siguiente, Manuel había tenido ocasión de declarar lo que había decidido. Llegó un mensajero de la Perichole y él le dijo secamente que informase a la artista de que Manuel no escribiría más cartas para ella.

Una noche, Manuel se hizo una herida en la rodilla, al darse un golpe con un pedazo de metal.

Ni él ni su hermano habían estado enfermos un solo día de su vida, y ahora Manuel, completamente desconcertado, veía cómo se le hinchaba la pierna y sentía las oleadas de dolor que subían y bajaban por su cuerpo. Esteban, sentado frente a él, le miraba a la cara intentando figurarse la magnitud de sus dolores. Por fin, una medianoche Manuel recordó que el escaparate de un peluquero de la ciudad aseguraba que su propietario era hábil barbero y cirujano. Esteban se puso a correr por las calles, buscándole. Llamó a la puerta. La mujer salió a la ventana [69] y le dijo que su marido volvería por la mañana. Durante las tremendas horas siguientes, se repetían uno a otro que en cuanto el doctor examinase la pierna,

something about it, and Manuel would be out around the town in a day or two, even in a day perhaps, even less than a day.

The barber arrived and prescribed various draughts and ointments. Esteban was instructed to lay cold cloths on his brother's leg every hour. The barber withdrew and the brothers sat down to wait for the pain to subside. But while they continued staring into one another's face waiting for the miracle of science the pain grew worse. Hour after hour Esteban approached with his dripping towel and they discovered that the moment of its application was the worst of all. With all the fortitude in the world Manuel could not prevent himself from shouting and from flinging himself about upon the bed. Night came on and still Esteban stolidly waited and watched and worked. Nine, ten, eleven. Now when the time drew near to apply the cloths (the hour struck so musically from all those towers) Manuel would plead with Esteban not to do his work. He would resort to guile and declare that he scarcely felt it. But Esteban, his heart bursting with pain and his lips a line of iron, would roll back the blanket and bind the towel fiercely in its place. Manuel gradually became delirious and under this application all the thoughts he did not permit himself in his right mind would burst magnified from his mouth.

Finally at two o'clock, out of his mind with rage and pain, and flinging himself half out of the bed until his head struck the floor, Manuel cried: "God condemn your soul to the hottest hell there is. A thousand devils torture you ever, Esteban. God condemn your soul, do you hear?" At first, the air gone out of his body, Esteban went out into the hall and leaned against the door, his mouth and eyes wide open. Still he heard from within: "Yes, Esteban, may God damn your beastly soul forever, do you hear that? For coming between me and what was mine by right. She was mine, do you hear, and what right had you..." and he would go off into an elaborate description of the Perichole.

These outbursts recurred hourly. It was some time before Esteban was able to realize that his brother's mind was not then clear. After some moments of horror, in which his being a devout believer had its part, he would return to the room and go about his duties with bent head.

Towards dawn his brother became serener. (For what human ill does not dawn seem to be an alleviation?) It was in one of these intervals that

todo se arreglaría. Haría algo, y Manuel dentro de un día o dos, tal vez mañana mismo, volvería a andar por las calles.

El barbero llegó y recetó varios jaropes y ungüentos. Mandó a Esteban que cada hora le pusiese fomentos de agua fría en la pierna. Se marchó, y los gemelos se sentaron a esperar que los dolores se calmaran. Pero mientras seguían mirándose a la cara, esperando el milagro de la ciencia, el dolor iba en aumento. Hora tras hora, Esteban se acercaba con la toalla chorreando, y descubrieron que el momento de su aplicación era el peor de todos. Con toda la fortaleza del mundo, Manuel no podía menos de gritar y de arrojarse de la cama. Llegó la noche, y Esteban, **estólidamente**, esperaba, vigilaba y trabajaba. Las nueve, las diez, las once. Ahora, cuando llegaba el momento de aplicarle el trapo mojado (la hora sonaba tan musicalmente en todas las torres), Manuel suplicaba a su hermano que no lo hiciese. Recurría al engaño y aseguraba que apenas le dolía. Pero Esteban, con el corazón estallando de pena y los labios como una línea de hierro, retiraba la manta y ataba ferozmente la toalla mojada en su lugar. Manuel, poco a poco, se iba poniendo delirante y, durante la operación, todos los pensamientos que no se permitía en su sano juicio salían aumentados de su boca.

Por fin, a las dos, enloquecido de rabia y dolor, tirándose de la cama y golpeando el suelo con la cabeza, gritó:

—¡Dios condene tu alma al más caliente de todos los infiernos! ¡Mil diablos te atormenten toda la eternidad! ¿Me oyes? ¡Así Dios condene tu alma! [70]

Al oírle Esteban, como si le faltase el aire, se salió a la antesala y se quedó apoyado en la puerta, con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos. Pero seguía oyendo dentro de sí: «¡Sí, Esteban, ojalá Dios condene tu alma de bestia por toda la eternidad! ¿Lo oyes? Por haberte puesto entre mí y lo que era mío de derecho. Era mía, ¿lo oyes?, y ¿qué derecho tenías tú...?». Y seguía haciendo una descripción apasionada de la Perichole.

Los exabruptos se repetían de hora en hora. Esteban tardó algún tiempo en darse cuenta de que su hermano no estaba en su juicio. Después de algunos momentos de horror, en los cuales tenía su parte el ser devoto creyente, volvió a entrar en la habitación y prosiguió su deber con la cabeza baja.

Hacia el amanecer el enfermo pareció serenarse un tanto. (Para qué mal humano no parece ser un alivio la aurora?) En uno de aquellos intervalos, Manuel dijo

Manuel said quite calmly:

“God’s son! I feel better, Esteban. Those cloths must be good after all. You’ll see. I’ll be up and around tomorrow. You haven’t slept for days. You’ll see I won’t cause you any more trouble, Esteban.”

“It’s no trouble, you fool.”

“You mustn’t take me seriously when I try and stop you putting on the old cloths, Esteban.”

A long pause. At last Esteban brought out, barely audible:

“I think... don’t you think it would be fine if I sent for the Perichole? She could just come and see you for a few minutes, I mean. —”

“Her? You still thinking about her? I wouldn’t have her here for anything. No.”

But Esteban was not content yet. He dragged up a few more phrases from the very centre of his being:

“Manuel, you still feel, don’t you, that I came between you and the Perichole and you don’t remember that I told you it was all right with me. I swear to you I’d have been glad if you’d gone away with her, or anything.”

“What are you bringing that up for, Esteban? I tell you, in God’s own name, I never think of that. She’s nothing to me. When are you going to forget that, Esteban? I tell you I’m glad things are as they are. Look, I got to get angry when you keep going back to that.”

“Manuel, I wouldn’t speak of it again, only when you get angry at me about the cloths... you, you get angry at me about that, too. And you talk about it and you...”

“Look, I’m not responsible what I say. My old leg hurts then, see.”

“Then you don’t damn me to hell because... it looks like I came between you and the Perichole?”

“Damn you to...? What makes you say that? You’re going crazy, Esteban; you’re imagining things. You haven’t had any sleep, Esteban. I’ve been a curse to you and you’re losing your health because of me. But you’ll see, I won’t trouble you much more. How could I damn you to hell, Esteban, when you’re all I’ve got?”

tranquilamente:

—¡Alabado sea Dios! Me siento mejor, Esteban. Esos trapos mojados, por lo visto, sirven de algo. Ya verás. Mañana me podré levantar y andar por ahí. Tú llevas siete días sin dormir. Has de ver cómo ya no te doy más guerra, Esteban.

—No me das guerra, loco.

—No me tomes en serio cuando te digo que no me pongas esos trapos.

Pausa larga. Por fin, Esteban dijo, casi inaudiblemente:

—Estoy pensando..., estoy pensando que estaría bien que mandase a buscar a la Perichole, ¿no te parece? Podría venir y verte siquiera unos minutos, quiero decir... [71]

—¿Ella? ¿Todavía sigues pensando en ella? Por nada de este mundo la quiero ver aquí. No.

Pero Esteban no estaba satisfecho. Sacó unas cuantas frases del mismo centro de su ser:

—Manuel, todavía sientes, ano?, que me haya puesto entre tú y la Perichole, y en cambio no recuerdas que te dije que a mí no me importaba nada. Te juro que me hubiese alegrado si te hubieses ido con ella, o cualquier cosa.

30

—Pero ¿a qué sacas eso ahora, Esteban? Te vuelvo a decir en nombre de Dios que ya no pienso en eso. No es nada para mí. Cuándo se te va a olvidar? Te digo que me alegro de que las cosas sean como son. Mira, me da rabia cuando sigues volviendo a lo mismo.

—Manuel, no quisiera volver a hablarte de ello, pero cuando te enojas conmigo por los trapos... también te enojas conmigo por lo otro. Y hablas de ello y...

—Mira, yo no soy responsable de lo que digo. Cuando me duele la pierna, ya ves...

45

—Entonces, ano me condenas al infierno por...? Parece como si yo me hubiera puesto entre tú y ella.

—¿Condenarte al...? ¿Por qué dices eso? Te estás volviendo loco. Cosas que te figuras. Llevas mucho tiempo sin dormir. He sido una maldición para ti, y por mí estás perdiendo la salud. Pero ya verás, ya no te molestaré mucho tiempo. ¿Cómo te voy a condenar al infierno, Esteban, si eres todo lo que tengo en

Understand, see, that when the cold cloths go on, I just lose myself, see. You know. Don't think about it twice. It's time to put them on now. I won't say a word."

"No, Manuel, I'll skip this time. It won't do you any harm, I'll just skip this time."

"I've got to get well, Esteban. I've got to get up soon, you know. Put them on. But one minute—give me the crucifix. I swear by the blood and body of Christ that if I say anything against Esteban, I don't mean it and it's just the foolish words when I'm dreaming because of the pain in my leg. God make me well again soon, amen. Put it back. There. Now I'm ready."

"Look, Manuel, it won't hurt if I skip just this once, see. It'll be good for you, sure, to not get it all stirred up just this once."

"No, I've got to get well. The doctor said it had to be done. I won't say a word, Esteban."

And it would begin all over again.

During the second night a prostitute in the next room started beating on the wall, outraged at such language. A Priest in the room on the other side would come out into the hall and beat on the door. The whole floor would gather before the room in exasperation. The innkeeper came up the stairs, loudly promising his guests that the brothers would be dumped into the street the very next morning. Esteban, holding his candle, would go into the hall and permit them to rage at him for as long as they pleased; but after that he took to pressing his hand firmly over his brother's mouth during the moments of greatest stress. This increased Manuel's personal rage at him and he would babble all through the night.

On the third night, Esteban sent for the priest and amidst the enormous shadows Manuel received the sacrament, and died.

Thereafter Esteban refused to come near the building. He would start off upon long walks, but presently drifting back, would hang about, staring at passers-by, within two streets of where his brother lay. The innkeeper failing to make any impression upon him and remembering that the boys were brought up at the Convent of Santa María de las Rosas, sent for the Abbess. Simply and soundly she directed all that

el mundo? Comprende, mira, es que cuando me pones los paños fríos me pierdo y nada más. Ya lo sabes. No lo pienses más. Ya es hora de ponérmelo otra vez. No diré ni palabra.

—No, Manuel, esta vez no te lo pongo. No te sentará mal dejarlo una vez. [72]

—Tengo que curarme, Esteban. Tengo que levantarme pronto, de sobra lo sabes. Pónmelo. Pero... un minuto. Dame el crucifijo. Juro por el cuerpo y la sangre de Cristo que si digo algo contra Esteban, no lo pienso, y son palabras locas que estoy soñando por lo mucho que me duele la pierna! Dios me cure pronto. Amén. Anda, pónmelo. Ya estoy listo.

—Mira, Manuel, por una vez que lo dejemos, no vas a empeorar, ya verás. Te sentará bien, de seguro, no alterarte una vez más.

—No, no. Tengo que ponerme bueno. El doctor ha dicho que hay que hacerlo. No diré ni palabra, Esteban.

Y todo volvió a empezar de nuevo.

Durante la segunda noche, una prostituta que había en el cuarto de al lado empezó a dar golpazos en la pared, ofendida por aquellas palabrotas. Un sacerdote que vivía en el cuarto del otro lado salió a la antesala y llamó a la puerta. Todos los habitantes del piso se reunieron ante la puerta con exasperación. El hostelero subió las escaleras prometiendo a voces a sus huéspedes que echaría a la calle a los gemelos en cuanto amaneciese. Esteban, con la vela en la mano, quería salir a la antesala para dar a los que protestaban el gusto de insultarle cuando les viniera en gana; pero, después, en los momentos de mayor angustia, apretaba con fuerza una mano sobre la boca de su hermano. Lo cual aumentaba la rabia de Manuel en su contra y no cesaba de gruñir en toda la noche.

La noche tercera Esteban mandó a buscar al sacerdote y, entre las enormes sombras, Manuel recibió los santos sacramentos y murió. [73]

Después de ello, Esteban se negó a acercarse a la casa. Emprendía largas caminatas, pero luego volvía y daba vueltas, mirando a los que pasaban junto a él, a dos calles de distancia de donde su hermano yacía. El hostelero no pudo convencerle de ningún modo; recordó que los muchachos se habían criado en el convento de Santa María Rosa de las Rosas y mandó a buscar a la abadesa. Sencilla y cuerdamente, ella dirigió cuanto había que

was to be done. At last she went down to the street corner and spoke to Esteban. He watched her approach him, a glance mixed of longing and distrust. But when she stood near him he turned sideways and looked away.

“I want you to help me. Won't you come in and see your brother? Won't you come in and help me?”

“No”

“You won't help me!” A long pause. Suddenly as she stood there full of her helplessness there flashed through her mind an incident of many years before: the twin brothers about fifteen years old were sitting at her knee and she was telling them the story of the crucifixion. Their large grave eyes were fixed upon her lips. Suddenly Manuel had cried out loudly: “If Esteban and I had been there we would have prevented it.”

“Well, then, if you won't help me, will you tell me which you are?”

“Manuel,” said Esteban.

“Manuel, won't you come and just sit with me up there for a short time?”

After a long pause: “No.”

“But Manuel, dear Manuel, can't you remember as children how you did so many things for me? You were willing to go across the town on some little errand. When I was ill you made the cook let you bring me my soup?” Another woman would have said: “Do you remember how much I did for you?”

“Yes.”

“I, too, Manuel have lost. I too... once. We know that God has taken them into His hands....” But this did not do at all. Esteban turned vaguely and walked away from her. When he had gone about twenty paces he stopped and stared down a side-street, like a dog who wants to go away, but is reluctant to offend the master who calls him back.

That was all they could get out of him. When the fearful procession passed through the city, with its black hoods and masks, its candles in broad daylight, its display of heaped-up skulls, its terrifying psalms, Esteban followed it in the parallel streets, catching glimpses of it from a distance, like a savage.

hacer. Luego fue a la esquina de la calle donde estaba Esteban para hablar con él. Esteban la veía acercarse a él y la miraba a un tiempo con anhelo y con desconfianza. Y cuando ya la tuvo muy cerca, dio media vuelta y miró a otro lado.

—Necesito que me ayudes. ¿No quieres venir a la casa y ver a tu hermano? ¿No quieres ayudarme?

—No.

—¿No quieres ayudarme! —Larga pausa.

De pronto, mientras estaba allí desamparada, le vino a la memoria un incidente ocurrido tiempo atrás: los gemelos, que entonces tendrían unos quince años, estaban sentados en el suelo a sus pies y ella les contaba la historia de la Crucifixión. Aquellos ojos grandes y serios estaban fijos en sus labios. De pronto, Manuel había dicho a gritos: « ¡Si Esteban y yo hubiéramos estado allí, lo hubiésemos evitado! ».

—Bueno, puesto que no quieres ayudarme, por lo menos dime cuál eres.

—Manuel —dijo Esteban.

—Manuel, ¿no quieres subir y sentarte conmigo y velar siquiera un rato?

—No —dijo, después de una larga pausa.

—Pero, Manuel, querido Manuel, ¿no recuerdas cuántas cosas hacías por mí cuando eras niño? Entonces sí que [74] rías atravesar toda la ciudad para hacer un recado. Y cuando estuve enferma, obligabas a la cocinera a que te dejara traerme la sopa... —Otra mujer hubiera dicho: «¿Recuerdas lo mucho que yo hice por ti?».

—Sí.

—Yo también, Manuel, perdí a alguien. Yo también... una vez. Sabemos que ahora Dios los tiene en sus manos...

Pero tampoco eso sirvió de nada. Esteban echó a andar y se alejó de ella. Cuando estuvo a unos veinte pasos se detuvo y miró hacia una calle que cruzaba, como un perro que quiere escaparse, pero no se atreve a ofender a su amo que le está mandando que vuelva.

Esto fue todo lo que lograron sacar de él. Cuando el temeroso cortejo atravesó la ciudad, con sus negros encapuchados, sus cirios encendidos en pleno día, su gala de calaveras amontonadas, sus terribles salmos, Esteban lo siguió andando por las calles paralelas, mirando en las encrucijadas desde la distancia, como un salvaje.

All Lima was interested in this separation of the brothers. Housewives whispered together sympathetically about it as they unfurled their carpets from the balconies. The men in the wineshops, alluding to it, shook their heads and smoked in silence for a while. Travellers from the interior told of seeing Esteban as he strayed with eyes like coals along the dried-up beds of rivers or through the great ruins of the old race. A herder of llamas had come upon him standing upon a hilltop, asleep or dazed, wet with dew under the stars. Some fishermen surprised him swimming far out from shore. From time to time he would find work to do, he would become a shepherd or a tarter, but after a few months he would disappear and stride from province to province. But he always returned to Lima. One day he appeared at the door of the Perichole's dressing-room; he made as though to speak, gazed earnestly at her and vanished. One day a sister came running into the office of Madre María del Pilar with the news that Esteban (whom the world called Manuel) was lingering about the door of the convent. The Abbess hurried out into the street. For months she had been asking herself what strategy could reconcile this half-demented boy to living among them again. She assembled as grave and calm a manner as she was able and appearing at the street door murmured "My friend" and looked at him. He gazed back at her with the same glance of longing and distrust that he had shown her before, and stood trembling. Again she whispered "My friend" and moved a step forward. Suddenly Esteban turned and breaking into a run disappeared. Madre María del Pilar rushed stumbling back to her desk and fell upon her knees, exclaiming angrily: "I have prayed for wisdom and You have given me none. You have not chosen to give me the least grace. I am a mere scrubber of floors...." But during the penance she set herself for this impudence the thought came to her to send for Captain Alvarado. Three weeks later she had a ten-minute conversation with him. And the next day he started for Cuzco where, it was said, Esteban was doing some copying for the University.

There was this strange and noble figure in Peru during these years, the Captain Alvarado, the traveller. He was blackened and cured by all weathers. He stood in the Square with feet apart as though they were planted on a shifting deck. His eyes were strange, unaccustomed to the shorter range, too used to seizing the

Toda Lima se tomaba interés en esta separación de los gemelos. Las amas de casa hablaban en voz baja unas con otras, compartiendo el duelo, mientras sacudían alfombras en los balcones. Los hombres, en las tabernas, al aludir al caso, cabeceaban y fumaban guardando un minuto de silencio. Algunos viajeros del interior dijeron que habían visto a Esteban, vagabundo, con los ojos como ascuas, a lo largo de los cauces secos de los ríos o entre las grandes ruinas de la antigua raza. Un pastor de llamas se lo había encontrado sentado en lo alto de una loma, no se sabe si dormido o trastornado, cubierto de rocío, bajo las estrellas. Algunos pescadores le habían sorprendido nadando muy lejos de la costa. [75]

De cuando en cuando, encontraba trabajo, servía de pastor o de carretero; al cabo de unos pocos meses, desaparecía y vagaba otra vez de provincia en provincia. Mas siempre acababa por volver a Lima. Un día apareció en la puerta del camerino de la Perichole; pareció que iba a hablar, la miró fijamente y se marchó.

Otro día, una monja entró precipitadamente en el despacho de la madre María del Pilar con la noticia de que Esteban (a quien ellas llamaban Manuel) estaba parado ante la puerta del convento. La abadesa se apresuró a salir a la calle. Meses enteros había estado preguntándose qué estrategia podría decidir a aquel muchacho medio loco a vivir de nuevo entre ellas. Adoptó el aspecto más grave y tranquilo que pudo y apareciendo en la puerta de la calle, murmuró: «Amigo», y le miró. Él le devolvió la mirada con la misma expresión de ansiedad y desconfianza que había mostrado antes, y se quedó parado y temblando. Nuevamente la abadesa murmuró: «Amigo», y dio un paso hacia él. Mas, de pronto, él dio media vuelta, echó a correr y desapareció.

La madre María del Pilar volvió con paso vacilante a su despacho y cayó de rodillas, exclamando con ira:

—¡He pedido que me dieras prudencia y no me la has dado! No has querido concederme la menor gracia. No sirvo más que para fregar suelos.

Mas, durante la penitencia que se impuso por aquella falta de fe, le acudió el pensamiento de mandar a buscar al capitán Alvarado. Tres semanas más tarde sostuvo con él una conversación. Y al día siguiente el capitán salió para Cuzco, donde —se decía— Esteban estaba haciendo copias para la Universidad. [76]

Existía, durante aquellos años, en el Perú la extraña y noble figura del capitán Alvarado, el viajero. Estaba ennegrecido y curtido por todas las intemperies. En medio de la plaza estaba con los pies separados como si estuviera plantado en la movediza cubierta de un barco. Tenía ojos extraños, no acostumbrados a las distancias cortas, demasiado avezados a abarcar las apari-

appearances of a constellation between a cloud and a cloud, and the outline of a cape in rain. His reticence was sufficiently explained for most of us by his voyages, but the Marquesa de Montemayor had other light on the matter. 5 *"Captain Alvarado is bringing you this letter in person,"* she wrote to her daughter. *"Introduce him to some of your geographers, my treasure, though it may make them a little uncomfortable, for he is the diamond of sincerity. They will never see anyone who* 10 *has travelled so far. Last night he described to me some of his voyages. Imagine him pushing his prow through a sea of weeds, stirring up a cloud of fish like grasshoppers in June; or sailing between islands of ice. Oh, he has been to China and up the rivers of* 15 *Africa. But he is not merely an adventurer; and he seems to take no pride in discovering new places; nor is he a mere merchant. One day I asked him narrowly why he lived so, and he avoided my question. I found out from my laundress what I think is the reason of* 20 *his wandering: My child, he had a child; my daughter, he had a daughter. She was just old enough to cook a holiday meal, and do a little sewing for him. In those days he merely sailed between Mexico and Peru and hundreds of times she waved him farewell or welcome.* 25 *We have no way of knowing whether she was more beautiful or intelligent than the thousands of other girls that lived about him, but she was his. I suppose it seems ignoble to you that a great oak of a man should go about the world like a blind man about an* 30 *empty house merely because a chit of a girl has been withdrawn from it. No, no, you cannot understand this, my adored one, but I understand and grow pale. Last night he sat with me and talked of her. He laid his cheek against his hand and looking into the fire, he* 35 *said: 'It sometimes seems to me that she is away upon a voyage and that I shall see her again. It seems to me that she is in England.' You will laugh at me, but I think he goes about the hemispheres to pass the time between now and his old age."*

The brothers had always entertained a great respect for Captain Alvarado. They had worked for him a short time and the silence of the three of them had made a little kernel of sense in a world of boasting, self- 45 excuse and rhetoric. So now when the great traveller came into the dark kitchen where Esteban was eating

ciones de una constelación entre nube y nube o el perfil de un cabo a través de la lluvia.(1) Su carácter reservado se explica para la mayoría de nosotros por sus largos viajes, pero la marquesa de Montemayor miraba desde otra luz esta cuestión.

El capitán Alvarado —escribía a su hija— te entregará personalmente esta carta. Preséntale a alguno de tus geógrafos, tesoro mío, aunque a él tal vez le moleste un tanto, porque es un diamante de sinceridad. Nunca verán a nadie que haya ido tan lejos en sus viajes. Anoche me contaba algunos de ellos. Figúratelo empujando la proa a través de un mar de hierbajos, soliviantando a una nube de peces [77] como una nube de langosta en junio; o navegando entre islas de hielo. Ha estado en China y ha subido navegando los ríos de África. Pero no es meramente un aventurero y, al parecer, no está orgulloso de haber descubierto tierras nuevas; ni tampoco es un simple mercader. Un día le pregunté francamente por qué vivía así y él soslayó mi pregunta. He sabido, por medio de mi lavandera, cuál es la razón de su vagabundeo: hija mía, tenía una hija; niña mía, tenía una niña. Era ya lo bastante crecida para hacerle la comida cuando estaba de vacaciones y para recoserle un poco la ropa. Por aquellos días él no navegaba sino entre México y Perú, y cientos de veces le dijo adiós al marcharse y al volver le salió a recibir con alegría. No tenemos medio de saber si era más bonita o más inteligente que los miles de muchachas que vivían junto a él, pero era suya. Supongo que te parece innoble que un hombre grande como una encina vaya por el mundo como un ciego en una casa vacía, sólo porque le han quitado una cría. No, no, eso tú no lo puedes comprender, adorada mía, pero yo lo comprendo y, sólo de pensarlo, me pongo pálida. Anoche, sentado junto a mí, me habló de ella. Apoyando la mejilla en la palma de la mano y mirando la lumbre, dijo: «A veces, se me antoja que está de viaje y que pronto la volveré a ver. Me parece que está en Inglaterra». Te reirás de mí, pero creo que va recorriendo hemisferios por pasar el tiempo que le falta para llegar a viejo. [78]

Los gemelos siempre habían tenido gran respeto al capitán Alvarado. Habían trabajado para él durante algún tiempo y el silencio de los tres había hecho una almendrita de sentido en un mundo de jactancia, autojustificación y retórica. Así, pues, cuando el gran viajero entró en la oscura cocina donde Esteban estaba comiendo, el mucha-

1. Caso curioso que no quiero dejar de señalar al lector: Thornton Wilder retorna este simpático personaje del capitán Alvarado en su novela escrita unos cuantos años después, *La mujer de Andros*. Ciertamente le da el nombre de Philocles, pero le hace también navegante y capitán incansable; repite deliberadamente no sólo la aventura sino los motivos de su vida, y habla de él con palabras idénticas. Si algún día llego a conocer en carne mortal al autor, a quien tanto admiro y quiero de lejos, le preguntaré si esta voluntaria repetición del personaje se debe a mero capricho literario o si acaso ha querido sugerir la reencarnación de un alma a unos cuantos siglos de distancia. No me sorprendería, ya que Thornton Wilder, como algunos otros semimísticos entre los cuales tengo la honra de contarme, anda siempre dando vueltas al enigma: «Qué se hace de un alma y de sus conquistas, tanto emocionales como mentales, cuando la muerte parece suprimirla? Después de haber pasado la puerta, al parecer inexorable, ¿volvemos?, ¿no volvemos? Y en el caso de que el morir sea sólo un descanso del vivir, ¿cuánto tiempo tardará un alma en descansar de una vida?». (*N de la T.*)

the boy drew his chair farther into the shadow, but at a distance, he was glad. The Captain gave no sign of recognizing or even of seeing him until he had finished his meal. Esteban had finished long before, but not wishing to be spoken to, waited until the Captain should have left the cave. At last the Captain walked over to him and said.

“You are Esteban or Manuel. You helped me once with some unloading. I am Captain Alvarado.”

“Yes,” said Esteban. “How are you?” Esteban muttered something.

“I am looking for some strong fellows to go on my next trip with me.” Pause. “Would you like to come?” Longer pause. “England. And Russia... Hard work. Good wages.... A long way from Peru.—Well?”

Apparently Esteban had not been listening. He sat with his eyes on the table. At last the Captain raised his voice, as to a deaf person:

“I said: Do you want to go on my next trip with me. —”

“Yes, I’ll go,” answered Esteban suddenly.

“Fine. That’s fine. I want your brother, too, of course”

“No.”

“What’s the matter? Wouldn’t he want to come?” Esteban mumbled something, looking away. Then half rising, he said: “I’ve got to go now. I’ve got to see somebody about something.”

“Let me see your brother myself. Where is he?”

“... dead,” said Esteban.

“Oh, I didn’t know. I didn’t know. I’m sorry.”

“Yes,” said Esteban. “I’ve got to go.”

“Hmm.—Which are you? What’s your name?”

“Esteban.”

“When did Manuel die?”

cho retiró su silla hasta lo más oscuro de la habitación, pero, desde lejos, se alegraba. El capitán no dio señales de haberle reconocido, ni siquiera de haberle visto, hasta que terminó de comer. Esteban había terminado mucho antes, pero como no deseaba que nadie le hablase decidió esperar hasta que el capitán hubiese salido de la bodega. Mas el capitán se acercó a él y dijo:

—¿Eres Esteban o Manuel? Una vez me ayudasteis en un trabajo de descarga. Soy el capitán Alvarado.

—Sí —dijo Esteban. —¿Qué tal te va? Esteban murmuró no se sabe qué.

Ando en busca de unos cuantos muchachos fuertes para llevármelos en mi próximo viaje. —Pausa—. ¿Te gustaría embarcar? —Pausa más larga—. Inglaterra. Y Rusia... trabajo duro. Buena paga... Camino largo desde el Perú... ¿qué? ¿Te gustaría?

20

Al parecer, Esteban no había escuchado. Estaba sentado sin levantar la vista de la mesa. El capitán alzó la voz como si hablase con un sordo.

—Te he dicho: ¿quieres venir conmigo en mi próximo viaje?

—Sí, iré —respondió Esteban súbitamente.

—Muy bien. Muy bien. También quiero que venga tu hermano, por supuesto. [79]

—No.

—Por qué? ¿No querría embarcar?

Esteban murmuró algo, mirando a otro lado. Luego, poniéndose en pie, dijo:

—Ahora me tengo que marchar. Tengo que ver a uno para una cosa.

40

—Deja que hable yo mismo con tu hermano. ¿Dónde está tu hermano?

—... muerto —dijo Esteban.

45

—¡Ah!, no lo sabía, no lo sabía. Lo siento.

—Sí —dijo Esteban—. Me tengo que marchar.

—¡Hum! ¿Tú cuál eres? ¿Cómo te llamas?

—Esteban.

—¿Cuándo murió Manuel?

- “Oh, just a... just a few weeks. He hit his knee against something and... just a few weeks ago.” —¡Oh! Hace ya, ya unas semanas. Se dio un golpe en la rodilla no sé con qué y... ya hace unas cuantas semanas.
- They both kept their eyes on the floor. 5 “How old are you, Esteban?” Ambos tenían los ojos clavados en el suelo.
—¿Cuántos años tienes, Esteban?
- “Twenty-two.” Veintidós.
- “Well, that’s settled then, you’re coming with me?” 10 —Entonces, ¿queda entendido que te vienes conmigo de viaje?
- “Yes.” —Sí.
- “You may not be used to the cold.” —Puede que no estés acostumbrado al frío.
- “Yes, I’m used to it.—I’ve got to go now. I’ve got to go in the city and see somebody about something.” 15 —Sí, estoy acostumbrado. Ahora me tengo que marchar. Tengo que ir a la ciudad a ver a alguien para una cosa.
- “Well, Esteban. Come back here for supper and we’ll talk about the trip. Come back and have some wine with me, see. Will you?” 20 —Está bien, Esteban. Vuelve aquí a cenar y hablaremos del viaje. Vuelve; echaremos un traguito, ya verás. ¿Quieres?
- “Yes, I will.” —Sí, quiero.
- “Go with God.” 25 —Con Dios. [80]
- “Go with God.” —Con Dios.
- They had supper together and it was arranged that they were to start for Lima the next morning. The Captain got him very drunk. At first they poured and drank and poured and drank in silence. Then the Captain began to talk about ships and their courses. He asked Esteban questions about tackle and about the guide-stars. Then Esteban began to talk about other things, and to talk very loudly: 35
- “On the ship you must give me something to do all the time. I’ll do anything, anything. I’ll climb up high and fix ropes; and I’ll watch all night,—because, you know, I don’t sleep well anyway. And, Captain Alvarado, on the ship you must pretend that you don’t know me. Pretend that you hate me the most. So that you’ll always give me things to do. I can’t sit still and write at a table any more. And don’t tell the other men about me... that is, about...” 45
- En el barco me tendrá su merced que dar algo que hacer todo el tiempo. Haré lo que sea, lo que sea. Subiré a lo más alto del palo a sujetar las jarcias; y me estaré en vela toda la noche..., porque ha de saber su merced que de noche no duermo de ninguna manera. Y, capitán, en el barco hará su merced como que no me conoce. Finja que me odia hasta no poder más. Así me tendrá que dar siempre cosas que hacer. No puedo sentarme a una mesa y estar quieto como antes, ¡eso no!... y a los demás no hay que decirles nunca nada mío... es decir nada de...
- “I hear you went into a burning house, Esteban, and pulled someone out.” 50 —He oído contar que un día entraste en una casa que estaba ardiendo y sacaste a alguien de entre las llamas.
- “Yes. I didn’t get burned or anything. You know,” cried Esteban, leaning across the table, “You’re not allowed to kill yourself: you know you’re not allowed.” —Sí, y no me quemé ni me pasó nada. Sabe su merced —gritó Esteban echándose de bruces sobre la mesa—, no puede uno matarse; no está permitido;

Everybody knows that. But if you jump into a burning house to save somebody, that wouldn't be killing yourself. And if you became a matador and the bull caught you that wouldn't be killing yourself. Only you mustn't put yourself in the bull's way on purpose. Did you ever notice that animals never kill themselves, even when they're sure to lose? They never jump into a river or anything, even when they're sure to lose. Some people say that horses run into bonfires. Is that true?"

"No, I don't think that's true."

"I don't think it's true. We had a dog once. Well, I mustn't think of that.—Captain Alvarado, do you know Madre María del Pilar?"

"Yes."

"I want to give her a present before I go away. Captain Alvarado, I want you to give me all my wages before I start—I won't need any money anywhere—and I want to buy her a present now. The present isn't from me only. She was... was..." Here Esteban wished to say his brother's name, but was unable to. Instead he continued in a lower voice: "She had a kind of a... she had a serious loss, once. She said so. I don't know who it was, and I want to give her a present. Women can't bear that kind of a thing like we can."

The Captain promised him that they would choose something in the morning. Esteban talked about it at great length. At last the Captain saw him slip under the table, and himself, rising up, went out into the square before the inn. He looked at the line of the Andes and at the streams of stars crowding forever across the sky. And there was that wraith hanging in mid-air and smiling at him, the wraith with the silvery voice that said for the thousandth time: "Don't be gone long. But I'll be a big girl when you get back." Then he went within and carried Esteban to his room and sat looking at him for a long while.

The next morning he was waiting at the bottom of the stairs when Esteban appeared:

"We're starting when you're ready," said the Captain. The strange glitter had returned to the boy's eyes. He blurted out: "No, I'm not coming. I'm not coming after all."

"Aïe! Esteban! But you have promised me that you would come."

ya sabemos que no está permitido. Todo el mundo lo sabe. Pero si te tiras a una casa que está ardiendo para salvar a alguien, aunque te murieras, no sería matarte. Y si te metes a torero y el toro te engancha, tampoco sería matarte tú. ¿Ha reparado su merced en que los animales no se matan nunca, aunque estén seguros de perder? Nunca se tiran a un [81] río o cosa así, ni cuando están seguros de perder. Hay quien dice que los caballos se tiran a las hogueras. ¿Es verdad?"

—No lo creo.

Yo tampoco. Una vez tuvimos un perro. Bueno, en eso no quiero pensar. Capitán Alvarado, conoce su merced a la madre María del Pilar?

—Sí.

—Quiero hacerle un regalo antes de marchar. Quiero que su merced me dé de mi paga antes de salir... de todos modos, no he de necesitar dinero... y quiero comprarle un regalo ahora. El regalo no es sólo mío. Era... era... —aquí Esteban hubiera querido decir el nombre de su hermano, pero no pudo. En vez de ello, continuó en voz muy baja—: Una vez tuvo así como vamos.... tuvo una pérdida seria..., una vez... Ella lo dijo. No sé quién sería, y quiero hacerle un regalo. Las mujeres no pueden soportar estas cosas como nosotros.

El capitán le prometió que irían a comprar algo al día siguiente por la mañana. Esteban siguió hablando de ello largo rato. Al fin, el capitán le vio caer dormido, debajo de la mesa, y él, levantándose, salió a la plaza que había delante del bodegón. Miró la línea de los Andes y las corrientes de estrellas que eternamente se amontonaban cruzando el cielo. Y allí estaba aquel fantasma colgado en el aire y sonriéndole, el fantasma con voz de plata, que le decía por milésima vez: «No tardes en volver. Que cuando vuelvas ya seré una chica mayor». Luego volvió a entrar en la posada, llevó a Esteban a su cuarto y se quedó sentado mirándole largo rato.

A la mañana siguiente, estaba esperando al pie de las escaleras cuando apareció Esteban. [82]

—Vámonos, si estás listo —dijo el capitán.

Había vuelto el extraño brillo a los ojos del muchacho. Dijo bruscamente:

—No, no voy. Lo he pensado mejor. No voy.

—¡Ay, Esteban! Pero me prometiste que vendrías.

"It's impossible. I can't come with you," and he turned back up the stairs.

—Es imposible. No me puedo marchar. —Y se volvió a la escalera.

"Come here a moment, Esteban, just a moment."

—Ven aquí un momento, Esteban, sólo un momento.

"I can't come with you. I can't leave Peru."

—No puedo marcharme. No puedo dejar el Perú.

"I want to tell you something."

—Es que tengo que decirte algo.

Esteban came down to the foot of the stairs.

10 Esteban volvió al pie de la escalera.

"How about that present for Madre María del Pilar?" asked the Captain in a low voice. Esteban was silent, looking over the mountains. "You aren't going to take that present away from her? It might mean a lot to her... you know."

—Qué hay del regalo para la madre María del Pilar? —preguntó el capitán en voz baja. Esteban seguía callado, mirando a las montañas—. ¿No pensarás quitarle el regalo? Significaría tanto para ella..., de sobra lo sabes.

"All right," murmured Esteban, as though much impressed.

—Está bien —murmuró Esteban, al parecer muy preocupado.

"Yes. Besides the ocean's better than Peru. You know Lima and Cuzco and the road. You have nothing more to know about them. You see it's the ocean you want. Besides on the boat you'll have something to do every minute. I'll see to that. Go and get your things and we'll start."

20 —Sí. Además, el océano es mejor que el Perú. Ya conoces Lima y el Cuzco y la carretera. Ya no necesitas saber más de ellos. Mira, lo que necesitas es el océano. Además, en el barco, a cada minuto tendrás algo que hacer. De eso me encargo yo. Anda a buscar tus cosas, y vámonos.

Esteban was trying to make a decision. It had always been Manuel who had made the decisions and even Manuel had never been forced to make as great a one as this. Esteban went slowly upstairs. The Captain waited for him and waited so long that presently he ventured half the way up the stairs and listened. At first there was silence; then a series of noises that his imagination was able to identify at once. Esteban had scraped away the plaster about a beam and was adjusting a rope about it. The Captain stood on the stairs trembling: "Perhaps it's best," he said to himself. "Perhaps I should leave him alone. Perhaps it's the only thing possible for him." Then on hearing another sound he flung himself against the door, fell into the room and caught the boy. "Go away," cried Esteban. "Let me be. Don't come in now."

30 Esteban estaba intentando tomar una decisión. Siempre había sido Manuel el que tomaba las decisiones, y ni siquiera Manuel se había visto obligado a tomar ninguna tan importante como ésta. Esteban subió despacio la escalera. El capitán le estuvo esperando largo rato, tanto que, al fin, se aventuró a subir la mitad de la escalera y escuchó. Primero, todo era silencio; luego oyó una serie de ruidos que su imaginación fue capaz de identificar inmediatamente. Esteban había raspado el yeso de una viga y [83] estaba atando a ella una cuerda. El capitán se quedó parado, temblando. «Acaso vale más así —se dijo—. Tal vez debo dejarle en paz. Quizás es lo único posible para él.» Mas al oír otro ruido se precipitó contra la puerta, cayó dentro del cuarto y sujetó al muchacho.

—¡Márchese! —dijo gritando Esteban—. ¡Déjeme! ¡No venga ahora!

45 Esteban fell face downward upon the floor. "I am alone, alone, alone," he cried. The Captain stood above him, his great plain face ridged and gray with pain; it was his own old hours he was reliving. He was the **awkwardest** speaker in the world apart from the lore of the sea, but there are times when it requires a high courage to speak the banal. He could not be sure the figure on the floor was listening, but he said

Esteban cayó boca abajo al suelo.

—¡Estoy solo, solo, solo! —gritaba.

El capitán estaba en pie junto a él, con el feo rostro arrugado y gris de pena: estaba reviviendo sus horas pasadas. Fuera de los términos marineros, era el conversador más torpe del mundo, y hay veces en que hace falta mucho valor para decir las cosas trilladas. No podía tener la seguridad de que aquella figura tendida en el suelo le estaba escuchando, pero dijo:

"We do what we can. We push on, Esteban, as best we can. It isn't for long, you know. Time keeps going by. You'll be surprised at the way time passes."

They started for Lima. When they reached the bridge of San Luis Rey, the Captain descended to the stream below in order to supervise the passage of some merchandise, but Esteban crossed by the bridge and fell with it.

—Se hace lo que se puede. Hay que empujar, Esteban, lo mejor que podamos. No es por mucho tiempo, sabes? El tiempo pasa y pasa. Te sorprenderá lo deprisa que puede llegar a pasar el tiempo.

5

Salieron hacia Lima. Cuando llegaron al puente de San Luis Rey, el capitán bajó al río para supervisar el paso de algunas mercaderías, pero Esteban cruzó por el puente y cayó con él. [84]

15

20

Part Four

PARTE CUARTA

UNCLE PIO; DON JAIME

25

EL TÍO PÍO

IN one of her letters (the XXIXth) the Marquesa de Montemayor tries to describe the impression that Uncle Pio "*our aged Harlequin*" made upon her: "*I have been sitting all morning on the green balcony making you a pair of slippers, my soul,*" she tells her daughter. "*As the golden wire did not take up my whole attention I was able to follow the activity of a coterie of ants in the wall beside me. Somewhere behind the partition they were patiently destroying my house. Every three minutes a little workman would appear between two boards and drop a grain of wood upon the floor below. Then he would wave his antennae at me and back busily into his mysterious corridor. In the mean-time various brothers and sisters of his were trotting back and forth on a certain highway, stopping to massage one another's heads, or if the messages they bore were of first importance, refusing angrily to massage or to be massaged. And at once I thought of Uncle Pio. Why? Where else but with him had I seen that very gesture with which he arrests a passing abbé or a courtier's valet, and whispers, his lips laid against his victim's ear? And surely enough, before noon I saw him hurry by on one of those mysterious errands of his. As I am the idlest and silliest of women I sent Pepita to get me a piece of nougat which I placed on the ant's highway. Similarly I sent word to the Café Pizarro asking them to send Uncle Pio to see me if he dropped in before*"

En una de sus cartas (la XXIX) la marquesa de Montemayor intenta describir la impresión que le causaba el Tío Pío, «nuestro viejo Arlequín»:

Estuve toda la mañana sentada en el mirador verde, haciendo un par de chinelas para ti, alma mía —dice a su hija—. Como el hilillo de oro no ocupaba toda mi atención, pude observar la actividad de un tropel de hormigas en la pared que tenía al lado. Detrás del tabique estaban con toda paciencia destruyendo mi casa. Cada tres minutos aparecía entre dos de las tablas una diminuta obrera y tiraba al suelo un grano de madera. Luego, movía hacia mí sus antenas y volvía, solícita, a entrar en su misterioso corredor. Entretanto, varios de sus hermanos y hermanas trotaban en sentidos opuestos por una especie de camino real, deteniéndose para frotarse mutuamente las cabezas o, si los mensajes que llevaban eran de primera importancia, negándose coléricas a dejarse frotar. E inmediatamente pensé en el Tío Pío. ¿Por qué? Dónde, si no en él, había visto ese mismo [87] gesto con el cual detiene a un abate que pasa o a un lacayo de la corte y murmura con los labios pegados a la oreja de su víctima? Y, como no podía menos que suceder, antes de mediodía, le vi pasar corriendo cuando iba a uno de sus misteriosos recados. Como soy la más desocupada y la más necia de las mujeres, mando a Pepita en busca de un pedazo de turrón que colocaré en el camino real de las hormigas. También envió unas palabras al café Pizarro pidiéndoles que si el Tío Pío aparece por allí antes de ponerse el sol, le digan que venga a hablar conmigo. Le

sunset. I shall give him that old bent salad fork with the turquoise in it, and he will bring me a copy of the new ballad that everyone is singing about the d—q—a of Ol—v—s. My child, you shall have the best of everything, and you shall have it first.”

And in the next letter: “*My dear, Uncle Pio is the most delightful man in the world, your husband excepted. He is the second most delightful man in the world. His conversation is enchanting. If he weren't so disreputable I should make him my secretary. He could write all my letters for me and generations would rise up and call me witty. Alas, however, he is so moth-eaten by disease and bad company, that I shall have to leave him to his underworld. He is not only like an ant, he is like a soiled pack of cards. And I doubt whether the whole Pacific could wash him sweet and fragrant again. But what divine Spanish he speaks and what exquisite things he says in it! That's what one gets by hanging around a theatre and hearing nothing but the conversation of Calderón. Alas, what is the matter with this world, my soul, that it should treat such a being so ill! His eyes are as sad as those of a cow that has been separated from its tenth calf.*”

You should know first that this Uncle Pio was Camila Perichole's maid. He was also her singing-master, her coiffeur, her masseur, her reader, her errand-boy, her banker; rumor added: her father. For example, he taught her her parts. There was a whisper around town that Camila could read and write. The compliment was unfounded; Uncle Pio did her reading and writing for her. At the height of the season the company put on two or three new plays a week, and as each one contained a long and flowery part for the Perichole the mere task of memorization was not a trifle.

Peru had passed within fifty years from a frontier state to a state in renaissance. Its interest in music and the theatre was intense. Lima celebrated its feast days by hearing a Mass of Tomás Luis da Victoria in the morning and the glittering poetry of Calderón in the evening. It is true that the Limeans were given to interpolating trivial songs into the most exquisite comedies and some lachrymose effects into the austere music; but at least they never submitted to the boredom of a misplaced veneration. If they had disliked heroic comedy the Limeans would not have hesitated to remain at home; and if they had been deaf to polyphony nothing would have prevented their going to an earlier service. When the Archbishop returned from a short trip to Spain, all Lima kept

daré ese tenedor para servir la ensalada viejo y torcido que tiene una turquesa en el mango y él me traerá una copia de esa balada nueva que todo el mundo canta sobre la d—q—a de Ol—v—s. Chiquilla mía, tendrás lo mejor de todo cuanto hay, y lo tendrás antes que nadie.

Y en la carta siguiente:

Querida mía: El Tío Pío es el hombre más delicioso del mundo, excepto tu marido. Digamos que es el segundo hombre más delicioso del mundo. Su conversación es encantadora. Si no tuviera tan mala fama, le haría mi secretario. Podría escribir todas mis cartas y generaciones enteras se levantarían llamándome ingeniosa. ¡Ay!, le tienen tan apollado la enfermedad y las malas compañías, que tengo que dejarle en su bajo mundo. Es, no ya una hormiga, sino una baraja sucia. Y dudo que todas las aguas del Pacífico pudieran volverle a poner limpio y fragante. [88] ¡Pero qué español tan divino habla y qué exquisitas cosas dice en él! Eso es lo que se saca de pasarse la vida en un teatro sin oír más diálogos que los de Calderón. ¡Ay, qué le pasa a este mundo, alma mía, para que trate tan mal a un ser como éste! Tiene los ojos tristes como los de una vaca a la que acaban de quitar su décimo ternero.

Habéis de saber antes que este Tío Pío era la doncella de Camila Perichole. Era también su maestro de canto, su peluquero, su masajista, su lector, su recadero, su banquero; el rumor público añadía: su padre. Por ejemplo, le enseñaba sus papeles. Se susurraba que Camila sabía leer y escribir. Pero tal lisonja carecía de fundamento; el Tío Pío leía y escribía por ella y para ella. En lo mejor de la temporada, la compañía ponía en escena dos o tres comedias por semana, y como en cada una de ellas había un papel largo y florido para la Perichole, la mera tarea de aprenderlos de memoria no era ninguna tontería.

El Perú había pasado, en cincuenta años, de ser un estado fronterizo a ser un estado en renacimiento. Su interés por la música y el teatro era intenso. Lima celebraba sus días festivos oyendo una misa de Tomás Luis de Victoria por la mañana y la centelleante poesía de Calderón por la tarde. Verdad es que los limeños gustaban de interpolar canciones triviales entre las más exquisitas comedias y algunos efectos lacrimosos en la música más austera; pero, al menos, nunca se sometieron al tedio de una veneración mal empleada. Si les hubiese disgustado la comedia heroica, no hubieran vacilado en quedarse en casita; si hubiesen sido sordos a la polifonía, nada hubiera [89] podido impedirles asistir a una misa más temprana. Cuando el arzobispo volvía de un corto viaje a España, toda Lima-

asking: "What has he brought?" The news finally spread abroad that he had returned with tomes of masses and motets by Palestrina, Morales and Vittoria, as well as thirty-five plays by Tirso de Molina and Ruiz de Alarcón and Moreto. There was a civic fête in his honor. The choirboys' school and the green room of the Comedia were swamped with the gifts of vegetables and wheat. All the world was eager to nourish the interpreters of so much beauty.

This was the theatre in which Camila Perichole gradually made her reputation. So rich was the repertory and so dependable the prompter's box that few plays were given more than four times a season. The manager had the whole flowering of the 17th Century Spanish drama to draw upon, including many that are now lost to us. The Perichole had appeared in a hundred plays of Lope de Vega alone. There were many admirable actresses in Lima during these years, but none better. The citizens were too far away from the theatres of Spain to realize that she was the best in the Spanish world. They kept sighing for a glimpse of the stars of Madrid whom they had never seen find to whom they assigned vague new excellences. Only one person knew for certain that the Perichole was a great performer and that was her tutor Uncle Pio.

Uncle Pio came of a good Castilian house, illegitimately. At the age of ten he ran away to Madrid from his father's hacienda and was pursued without diligence. He lived ever after by his wits. He possessed the six attributes of the adventurer—a memory for names and faces, with the aptitude for altering his own; the gift of tongues; inexhaustible invention; secrecy; the talent for falling into conversation with strangers; and that freedom from conscience that springs from a contempt for the dozing rich he preyed upon. From ten to fifteen he distributed handbills for merchants, held horses, and ran confidential errands. From fifteen to twenty he trained bears and snakes for travelling circuses; he cooked, and mixed punches; he hung about the entries of the more expensive taverns and whispered in formations into the travellers' ears—sometimes nothing more dubious than that a certain noble house was reduced to selling its plate and could thus dispense with the commission of a silversmith. He was attached to all the theatres in town and could applaud like ten. He spread slanders at so much a slander. He sold rumors about crops and about the value of land. From twenty to thirty his services came to be recognized in very high circles—he was sent out by the government to inspire some half-hearted

se preguntaba: «¿Qué habrá traído?». Por fin, corrían las noticias de que había vuelto con tomos de misas y motetes de Palestrina, Morales y Victoria, y con treinta y cinco comedias de Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón y Moreto. Se organizaba en su honor una fiesta cívica. La escuela de los niños de coro y el salón verde de la comedia se llenaban de obsequios de verduras y trigo. Todo el mundo quería alimentar a los intérpretes de tanta belleza.

10

Éste era el teatro en que Camila Perichole fue gradualmente alcanzando su fama. Tan rico era el repertorio y tan de fiar la concha del apuntador, que pocas comedias se representaban más de cuatro veces en la temporada. La empresa tenía toda la flor del drama español del siglo xvii a que recurrir, incluso muchas obras que, para nosotros, se han perdido. Sólo de Lope de Vega, la Perichole había aparecido en un centenar de comedias. Hubo muchas actrices admirables en Lima durante aquellos años, pero ninguna mejor que ella. Los limeños estaban demasiado lejos de los teatros de España para poderse dar cuenta de que era la mejor de todo el mundo español. Suspiraban por ver a alguna de las actrices de Madrid a quienes nunca habían visto y a las que atribuían vagas y nuevas excelencias. Sólo una persona sabía de cierto que la Perichole era gran comedianta, y esa persona era su maestro: el Tío Pío.

El Tío Pío procedía, ilegítimamente, de una buena familia castellana. A la edad de diez años se escapó de la hacienda de su padre para irse a Madrid; persiguiéronle sin gran diligencia. Y desde entonces vivió de su ingenio. [90] Poseía los seis atributos del aventurero: memoria para nombres y caras, con la maña para mudar la suya; don de lenguas; inagotable invención; discreción; el arte de trabar conversación con desconocidos; y esa libertad de conciencia que surgió del desprecio a los ricos alelados que le servían de presa. Desde los diez a los quince, repartió propaganda para comerciantes, cuidó caballos e hizo retados confidenciales. De los quince a los veinte, amaestró osos y serpientes para circos ambulantes; cocinó y mezcló ponches; plantado en la puerta de las tabernas más caras daba informes al oído de los viajeros..., a veces nada más dudoso sino que cierta casa noble se veía reducida a vender la vajilla de plata, y que gracias a él podría adquirirse sin pagar comisión a un platero de oficio. Tenía entrada libre a todos los teatros y sabía aplaudir como diez. Esparcía calumnias a tanto la calumnia. Vendía informes sobre las cosechas y sobre el valor de las tierras. De los veinte a los treinta, sus servicios llegaron a ser apreciados en círculos muy altos...; el Gobierno le enviaba a animar ciertas rebeldías un tanto

rebellions in the mountains, so that the government could presently arrive and whole-heartedly crush them. His discretion was so profound that the French party used him even when they knew that the Austrian party used him also. He had long interviews with the Princesse des Ursins, but he came and went by the back stairs. During this phase he was no longer obliged to arrange gentlemen's pleasures, nor to plant little harvests of calumny.

He never did one thing for more than two weeks at a time even when enormous gains seemed likely to follow upon it. He could have become a circus manager, a theatrical director, a dealer in antiquities, an importer of Italian silks, a secretary in the Palace or the Cathedral, a dealer in provisions for the army, a speculator in houses and farms, a merchant in dissipations and pleasures. But there seemed to have been written into his personality, through some accident or early admiration of his childhood, a reluctance to own anything, to be tied down, to be held to a long engagement. It was this that prevented his thieving, for example. He had stolen several times, but the gains had not been sufficient to offset his dread of being locked up; he had sufficient ingenuity to escape on the field itself all the police in the world, but nothing could protect him against the talebearing of his enemies. Similarly he had been reduced for a time to making investigations for the Inquisition, but when he had seen several of his victims led off in hoods he felt that he might be involving himself in an institution whose movements were not evenly predictable.

As he approached twenty, Uncle Pio came to see quite clearly that his life had three aims. There was first this need of independence, cast into a curious pattern, namely: the desire to be varied, secret and omniscient. He was willing to renounce the dignities of public life, if in secret he might feel that he looked down upon men from a great distance, knowing more about them than they knew themselves; and with a knowledge which occasionally passed into action and rendered him an agent in the affairs of states and persons. In the second place he wanted to be always near beautiful women, of whom he was always in the best and worst sense the worshipper. To be near them was as necessary to him as breathing. His reverence for beauty and charm was there for anyone to see and to laugh at, and the ladies of the theatre and the court and the houses of pleasure loved his connoisseurship. They tormented him and insulted him and asked his advice and were singularly

desalentadas en los montes, para que el tal Gobierno pudiera intervenir y aplastarlas del todo. Era su discreción tan profunda que el partido francés le empleaba aun sabiendo que el partido austríaco utilizaba también sus servicios. Tuvo largas entrevistas con la princesa de los Ursinos, pero entraba y salía por la escalera de servicio. Durante esta fase ya no necesitó proporcionar placeres a los caballeros, ni plantar menudas cosechas de calumnias.

Nunca hizo la misma cosa más de dos semanas seguidas, ni aun cuando, al parecer, hubiera de proporcionarle grandes ganancias. Pudiera haber llegado a ser empresario [91] de circo, director de teatro, tratante de antigüedades, importador de sedas italianas, secretario en palacio o en la catedral, traficante en provisiones para el Ejército, especulador en casas y tierras, mercader de disipaciones y placeres. Mas parecía estar escrita en su personalidad, por algún accidente o alguna temprana admiración de su niñez, una repugnancia a poseer nada, a estar atado, a someterse a un compromiso largo. Esto fue lo que le impidió ser ladrón, por ejemplo. Había robado varias veces, pero las ganancias no habían sido de suficiente importancia para quitarle el miedo a que le encerrasen; tenía el ingenio suficiente para escapar en el mismo lugar del robo a todas las policías del mundo, pero nada podría protegerle contra la soplonería de sus enemigos. Del mismo modo, durante algún tiempo se vio reducido a investigar por cuenta de la Inquisición, pero cuando hubo visto a varias de sus víctimas encapuchadas, comprendió que se estaba enredando en una institución cuyos movimientos no se podían predecir.

Al llegar a los veinte, el Tío Pío llegó a ver claramente que su vida tenía tres anhelos. El primero era su necesidad de independencia acuñada en un molde curioso, a saber: el deseo de variar, de ser secreto y de saberlo todo. Estaba dispuesto a renunciar a todas las dignidades de la vida pública si, en secreto, sentía que podía mirar de arriba abajo a hombres de gran importancia, sabiendo de ellos más de lo que ellos mismos sabían; y con tal conocimiento, que ocasionalmente se transformara en acción y le convirtiera en agente de asuntos de Estado y de personajes. En segundo lugar, necesitaba estar siempre cerca de mujeres hermosas, de las cuales era perpetuo adorador en el mejor [92] y en el peor sentido de la palabra. Estar cerca de ellas le era tan necesario como respirar. Su reverencia por la belleza y el hechizo todo el mundo lo podía notar y reírse de él, pero las damas de la corte, del teatro y de las casas de placer apreciaban su perfecto conocimiento. Le atormentaban, le insultaban, pero le pedían consejo y les confortaba singular-

comforted by his absurd devotion. He suffered greatly their rages and their **meannesses** and their confiding tears; all he asked was to be accepted casually, to be trusted, to be allowed like a friendly and slightly foolish dog to come and go in their rooms and to write their letters for them. He was insatiably curious about their minds and their hearts. He never expected to be loved by them (borrowing for a moment another sense of that word); for that, he carried his money to the obscurer parts of the city; he was always desperately unprepossessing, with his **whisp** of a moustache and his whisp of a beard and his big ridiculous sad eyes. They constituted his parish; it was from them that he acquired the name of Uncle Pio and it was when they were in trouble that he most revealed himself; when they fell from favour he lent them money, when they were ill he outlasted the flagging devotion of their lovers and the exasperation of their maids; when time or disease robbed them of their beauty, he served them still for their beauty's memory; and when they died his was the honest grief that saw them as far as possible on their journey.

In the third place he wanted to be near those that loved Spanish literature and its masterpieces, especially in the theatre. He had discovered all that treasure for himself, borrowing or stealing from the libraries of his patrons, feeding himself upon it in secrecy, behind the scenes, as it were, of his mad life. He was contemptuous of the great persons who, for all their education and usage, exhibited no care nor astonishment before the miracles of word order in Calderón and Cervantes. He longed himself to make verses. He never realized that many of the satirical songs he had written for the vaudevilles passed into folk-music and have been borne everywhere along the highroads.

As the result of one of those quarrels that arise so naturally in brothels his life became too complicated and he removed to Peru. Uncle Pio in Peru was even more versatile than Uncle Pio in Europe. Here too he touched upon real estate, circuses, pleasures, insurrections and antiques. A Chinese junk had been blown from Canton to America; he dragged up the beach the bales of deep-red porcelain and sold the bowls to the collectors of *virté*. He traced down the sovereign remedies of the Incas and started a smart trade in pills. Within four months he knew practically everyone in Lima. He presently added to this acquaintance the inhabit., ants of scores of seacoast towns, mining camps and settlements in the interior.

mente su devoción absurda. Sabía sufrir con grandeza sus rabiets, su mezquindad y sus lágrimas confidenciales; todo lo que pedía era que le aceptasen como cosa natural, que se fiasen de él, que le consintiesen como a un perro cariñoso y un poco loco entrar y salir en sus habitaciones, que le pidieran que les escribiese las cartas. Era insaciablemente curioso de sus entendimientos y sus corazones. Nunca esperaba que le amasen (tomando prestado por un momento otro sentido de la palabra); para eso se iba a gastar el dinero a los rincones más oscuros de la ciudad; siempre se mostraba desesperadamente despreocupado, con su chispita de bigote, su poquito de barba, sus ojos inmensos, tristes y ridículos. Ellas constituían su clientela; ellas le pusieron el nombre de Tío Pío, y cuando estaban en algún apuro es cuando más se revelaba él; si caían en desgracia, les prestaba dinero; cuando estaban enfermas, su devoción duraba más que la harto flaca de sus amantes y que la exasperada paciencia de sus criadas; cuando el tiempo o la enfermedad les robaban la belleza, las seguía sirviendo en recuerdo de su hermosura; y cuando morían era la suya la pena honrada que les acompañaba hasta el término de su viaje.

En tercer lugar, necesitaba estar cerca de los que gustaban de la literatura española y admiraban sus obras maestras, especialmente el teatro. Había descubierto sin ayuda [93] de nadie tal tesoro, Pidiendo libros prestados o robándolos de las bibliotecas de sus patronos, alimentándose de ellos en secreto, entre los bastidores, pudiera decirse, de su loca vida. Despreciaba a los grandes que, a pesar de su educación y sus costumbres, no mostraban aprecio ni asombro ante los milagros del orden de la palabra en Cervantes y Calderón. Ansiaba componer versos. Nunca se dio cuenta de que muchas de las canciones satíricas que escribiera para los vodeviles habían pasado a la música popular y habían ido a todas partes a lo largo de los caminos reales.

Como resultado de una de esas peleas que surgen tan naturalmente en los burdeles, se le había complicado demasiado la vida, y se marchó al Perú. El Tío Pío en el Perú tuvo muchos más oficios que el Tío Pío en Europa. Aquí también se ocupó en la venta y compra de propiedades, en circos, placeres, insurrecciones y antigüedades. Un junco chino había naufragado en su viaje desde Cantón a América; él sacó a tierra las balas de porcelana roja y vendió los cuencos a los coleccionistas de rarezas. Redescubrió los soberanos remedios de los incas y estableció un saneado comercio de píldoras. A los cuatro meses, ya puede asegurarse que conocía a todo el mundo en Lima. Entonces añadió a este conocimiento los habitantes de veintenas de pueblos de la costa, cam-

His pretensions to omniscience became more and more plausible. The Viceroy discovered Uncle Pio and all this richness of reference; he engaged his services in many affairs. In the decay of his judgment Don Andrés had retained one talent, he was a master of the technique of handling confidential servants. He treated Uncle Pio with great tact and some deference; he understood which errands the other should not be asked to undertake and he understood his need for variety and intermission. Uncle Pio in turn was perpetually astonished that a prince should make so little use of his position, for power, or for fantasy, or for sheer delight in the manipulation of other men's destinies; but the servant loved the master because he could quote from any of Cervantes' prefaces and because his tongue had a little Castilian salt about it still. Many a morning Uncle Pio entered the Palace through corridors where there was no one to cross but a confessor or a confidential bully and sat with the Viceroy over his morning chocolate.

But for all his activity nothing made Uncle Pio rich. One would have said that he abandoned a venture when it threatened to prosper. Although no one knew it, he owned a house. It was full of dogs that could add and multiply and the top floor was reserved for birds. But even in this kingdom he was lonely, and proud in his loneliness, as though there resided a certain superiority in such a solitude. Finally he stumbled upon an adventure that came like some strange gift from the skies and that combined the three great aims of his life: his passion for overseeing the lives of others, his worship of beautiful women, and his admiration for the treasures of Spanish literature. He discovered Camila Perichole. Her real name was Micaela Villegas. She was singing in cafés at the age of twelve and Uncle Pio had always been the very soul of cafés. Now as he sat among the guitarists and watched this awkward girl singing ballads, imitating every inflection of the more experienced singers who had preceded her, the determination entered his mind to play Pygmalion. He bought her. Instead of sleeping locked up in the wine bin, she inherited a cot in his house. He wrote songs for her, he taught her how to listen to the quality of her tone, and bought her a new dress. At first all she noticed was that it was wonderful not to be whipped, to be offered hot soups, and to be taught something. But it was Uncle Pio who was really dazzled. His rash experiment flourished beyond all prophecy. The little twelve-year-old, silent and always a little sullen, devoured work. He set her endless exercises in acting and mimicry; he set her problems in conveying the atmosphere of a song; he

pamentos mineros y arrendamientos en el interior. Sus pretensiones de omnisciencia fueron siendo cada vez más fundadas. El virrey descubrió al Tío Pío y toda su riqueza de información; contrató sus servicios para muchos asuntos. En la decadencia de su juicio, don Andrés había conservado un talento: era maestro en la técnica de tratar a los servido [94] res confidenciales. Trató al Tío Pío con gran tacto y alguna deferencia; comprendió qué trabajos no había que pedirle que emprendiese y entendió su necesidad de variación e intermitencia. Tío Pío, a su vez, se asombraba de que un príncipe hiciese tan poco uso de su posición para el poder o para la fantasía o para el mero deleite de manipular el destino de los demás hombres; pero el servidor amaba a su amo porque podía hacer citas de cualquiera de los prefacios de Cervantes y porque su lenguaje aún conservaba un poco de sal castellana. Muchas mañanas, Tío Pío entraba en palacio por corredores en los cuales no se cruzaba sino con un confesor o con un matón confidencial, y se sentaba con el virrey a tomar el chocolate matutino.

Mas, a pesar de toda su actividad, el Tío Pío no era rico. Hubiérase dicho que abandonaba cualquier aventura en cuanto amenazaba con prosperar. Aunque nadie lo sabía, tenía una casa. Estaba llena de perros que podían crecer y multiplicarse, y el piso alto estaba reservado para las aves. Pero hasta en este reino estaba solitario, y orgulloso de su soledad, como si en ella residiese cierta superioridad. Por fin, tropezó con una aventura que vino como extraño don del cielo y que combinaba las tres grandes ambiciones de su vida: su pasión por dirigir las vidas ajenas, su culto por las mujeres hermosas y su admiración por los tesoros de la literatura española. Descubrió a Camila Perichole. Su verdadero nombre era Micaela Villegas. Cuando tenía doce años, cantaba por los cafés, y el Tío Pío siempre había sido el alma misma de los cafés. Entonces, sentado entre los guitarristas, vio a aquella chiquilla inculta que cantaba baladas, imitando todas las inflexiones de las cantantes más expertas que la habían precedido, [95] y le entró en la mente la decisión de hacer de Pígalión. La compró. En vez de dormir en la bodega de la taberna, heredó un catre en su casa. Escribió canciones para ella, le enseñó cómo cuidar la calidad de su tono, le compró un traje nuevo. Al principio, ella no reparó sino en que era maravilloso que nadie le pegara, que le ofrecieran sopa caliente, que le enseñaran algo. Mas el que estaba realmente deslumbrado era el Tío Pío. Su experimento temerario florecía más allá de cuanto hubiera podido profetizarse. La chicuela de doce años, silenciosa y siempre un tanto malhumorada, devoraba el trabajo. La hizo ejercitarse sin fin en la interpretación y en la mímica; propúsole problemas para lograr transmitir al público el ambiente de una canción; la llevaba

took her to the theatres and made her notice all the details of a performance. But it was from Camila as a woman that he was to receive his greatest shock. The long arms and legs were finally harmonized into a body of perfect grace. The almost grotesque and hungry face became beautiful. Her whole nature became gentle and mysterious and oddly wise; and it all turned to him. She could find no fault in him and she was sturdily loyal. They loved one another deeply but without passion. He respected the slight nervous shadow that crossed her face when he came too near her. But there arose out of this denial itself the perfume of a tenderness, that ghost of passion which, in the most unexpected relationship, can make even a whole lifetime devoted to irksome duty pass like a gracious dream.

They travelled a great deal, seeking new taverns, for the highest attribute of a café singer will always be her novelty. They went to Mexico, their odd clothes wrapped up in the self-same shawl. They slept on beaches, they were whipped at Panama and shipwrecked on some tiny Pacific islands plastered with the droppings of birds. They tramped through jungles delicately picking their way among snakes and beetles. They sold themselves out as harvesters in a hard season. Nothing in the world was very surprising to them.

Then began an even harder course of training for the girl, a regimen that resembled more the preparation for an acrobat. The instruction was a little complicated by the fact that her rise to favor was very rapid; and there was some danger that the applause she received would make her content with her work too soon. Uncle Pio never exactly beat her, but he resorted to a sarcasm that had terrors of its own.

At the close of a performance Camila would return to her dressing-room to find Uncle Pio whistling nonchalantly in one corner. She would divine his attitude at once and cry angrily:

“Now what is it? Mother of God, Mother of God, what is it now?”

“Nothing, little pearl. My little Camila of Camilas, nothing.”

“There was something you didn't like. Ugly fault-finding thing that you are. Come on now, what was it? Look, I'm ready.”

“No, little fish. Adorable morning star, I suppose

al teatro y la obligaba a fijarse en todos los detalles de la representación. Pero el más grande asombro se lo produjo Camila como mujer. Los largos brazos y piernas llegaron a armonizarse formando un cuerpo de gracia perfecta. El rostro casi grotesco y hambriento se hizo hermoso. Toda su naturaleza se trocó en gentil, misteriosa y extrañamente cuerda; y toda su gentileza se volvió hacia él. No encontraba en él defecto alguno y le era resueltamente leal. Se tomaron cariño profundo pero sin pasión. Él respetó la leve sombra nerviosa que cruzara el rostro de ella cuando se le acercó demasiado. Y de ese mismo renunciamiento brotó el perfume de una ternura, ese fantasma de pasión que, en la más inesperada de las relaciones, puede hacer que una vida entera consagrada al deber enojoso transcurra como un amable ensueño.

Viajaron mucho, buscando nuevas tabernas, porque el atributo más alto de una cantante de café es y será siempre [96] la novedad. Fueron a México, con sus escasas ropas atadas en el mismo mantón. Durmieron en las playas, les maltrataron en Panamá y naufragaron en algunas islas del Pacífico embadurnadas de excrementos de aves. Atravesaron selvas buscando astutamente el camino entre serpientes y escarabajos. Se alquilaron para recoger cosechas cuando los tiempos eran demasiado difíciles. Nada del mundo les sorprendía.

Entonces empezó para la muchacha un curso de entrenamiento aún más duro, un régimen que más parecía la preparación de un acróbata. La instrucción se complicaba un tanto por el hecho de que el aumento de su popularidad fue muy rápido; y había peligro de que el aplauso que recibía la hiciera estar satisfecha de su trabajo demasiado pronto. El Tío Pío nunca la maltrató físicamente, pero recurría a un sarcasmo que tenía sus propios terrores.

Después de una representación, Camila, al volver a su cuarto, encontraba al Tío Pío silbando como al descuido en un rincón. Adivinaba inmediatamente lo que quería decir su actitud, y gritaba:

—¿Qué pasa ahora? ¡Madre de Dios, Madre de Dios!, ¿qué pasa ahora?

—Nada, perlita. Mi Camila de las Camitas, no pasa nada.

—Hay algo que no te ha gustado. ¡Encuentra faltas horroroso! Dilo de una vez. ¿Qué ha sido? _____

—No, pececillo. Adorable estrella de la mañana, supon-

you did as well as you could.”

The suggestion that she was a limited artist and that certain felicities would be forever closed to her never failed to make Camila frantic. She would burst into tears: “I wish I had never known you. You poison my whole life. You just think I did badly. It pleases you to pretend that I was bad. All right then, be quiet.”

Uncle Pio went on whistling.

“The fact is I know I was weak to-night, and don't need you to tell me so. So there. Now go away. I don't want to see you around. It's hard enough to play that part without coming back and finding you this way.”

Suddenly Uncle Pio would lean forward and asked with angry intensity: “Why did you take that speech to the prisoner so fast?”

More tears from the Perichole: “Oh God, let me die in peace! One day you tell me to go faster and another to go slower. Anyway I shall be crazy in a year or two and then it won't matter.”

More whistling.

“Besides the audience applauded as never before. Do you hear me? *As never before*. There! Too fast or too slow is nothing to them. They wept. I was divine. That's all I care for. Now be silent. Be silent.”

He was absolutely silent.

“You may comb my hair, but if you say another word I shall never play again. You can find some other girl, that's all.”

Thereupon he would comb her hair soothingly for ten minutes, pretending not to notice the sobs that were shaking her exhausted body. At last she would turn quickly and catching one of his hands would kiss it frantically: “Uncle Pio, was I so bad? Was I a disgrace to you? Was it so awful *that you left the theatre?* “

After a long pause Uncle Pio would admit judiciously: “You were good in the scene on the

go que lo has hecho todo lo mejor que has podido.

La sugestión de que era una artista limitada y que ciertas facilidades le estaban negadas para siempre la ponía infaliblemente frenética. Rompía a llorar: [97]

—¡Ojalá no te hubiera conocido! Me envenenas la vida. Te figuras que he trabajado mal. Te gusta pretender que no valgo. Está bien. Cállatelo.

10 El Tío Pío seguía silbando.

—Claro que me doy cuenta de que esta noche no he estado muy bien, y no hace falta que tú me lo digas. Bueno. Ahora, márchate. No quiero verte dando vueltas y vueltas en mi cuarto. Ya es bastante representar este papel, sin volver del trabajo y encontrarte con esa cara.

Bruscamente, el Tío Pío se inclinaba sin levantarse del asiento y preguntaba con airada intensidad:

—¿Por qué replicaste tan deprisa ese parlamento del prisionero?

Más lágrimas de la Perichole:

—¡Dios, déjame morir en paz! Un día me dices que más deprisa y al día siguiente me dices que más despacio. Después de todo, dentro de un par de años habrás conseguido que me vuelva loca, y entonces ya no tendrás que preocuparte por mí.

30 Más silbidos.

—Y además, el público me aplaudió más que nunca. ¿Lo has oído? *Más que nunca*. ¡Eso es! Más deprisa o más despacio, les da lo mismo. Lloraron. Estuve divina. Yeso es lo único que me importa. Y ahora, cállate. ¡Cállate!

Él estaba completamente callado.

—Me puedes peinar, pero si dices una palabra más no vuelvo a trabajar. Puedes irte buscando otra.

En vista de lo cual, él le peinaba el cabello aplacadoramente durante diez minutos, fingiendo no reparar en los sollozos que sacudían su cuerpo exhausto. Por fin, [98] ella se volvía rápidamente y apoderándose de una de sus manos se la besaba con frenesí:

—Tío Pío —decía—, ¿de veras estuve tan mal? ¿Soy una deshonra para ti? ¿Estuve tan mal *que tuviste que marcharte del teatro?*».

—En la escena del barco estuviste bien —se decidía por fin a admitir juiciosamente, después de una larga pausa, el

ship.”

“But I’ve been better, Uncle Pio. You remember the night you came back from Cuzco—?”

“You were pretty good at the close.”

“Was I?”

“But my flower, my pearl, what was the matter in the speech to the prisoner? “

Here the Perichole would fling her face and arms upon the table amid the pomades, caught up into a tremendous fit of weeping. Only perfection would do, only perfection. And that had never come.

Then beginning in a low voice Uncle Pio would talk for an hour, analyzing the play, entering into a world of finesse in matters of voice and gesture and tempo, and often until dawn they would remain there declaiming to one another the lordly conversation of Calderón.

Whom were these two seeking to please? Not the audiences of Lima. They had long since been satisfied. We come from a world where we have known incredible standards of excellence, and we dimly remember beauties which we have not seized again; and we go back to that world. Uncle Pio and Camila Perichole were tormenting themselves in an effort to establish in Peru the standards of the theatres in some Heaven whither Calderon had preceded them. The public for which masterpieces are intended is not on this earth.

With the passing of time Camila lost some of this absorption in her art. A certain intermittent contempt for acting made her negligent. It was due to the poverty of interest in women’s roles throughout Spanish classical drama. At a time when the playwrights grouped about the courts of England and France (a little later, of Venice) were enriching the parts of women with studies in wit, charm, passion and hysteria, the dramatists of Spain kept their eyes on their heroes, on gentlemen torn between the conflicting claims of honour, or, as sinners, returning at the last moment to the cross. For a number of years Uncle Pio spent himself in discovering ways to interest the Perichole in the roles that fell to her. Upon one occasion he was able to announce to Camila that a granddaughter of Vico de Barrera had arrived in Peru. Uncle Pio had long since communicated to

Tío Pío.

—Pero he estado mejor otras veces, Tío Pío. ¿Recuerdas la noche en que volviste de Cuzco?

—Has estado muy bien en el final.

—¿De veras?

—Pero, mi flor, mi perla, ¿qué te pasó en la réplica al prisionero?

Aquí, la Perichole se echaba de bruces sobre la mesa entre las pomadas, sobrecogida por un tremendo ataque de llanto. Sólo la perfección, sólo la perfección servía. Ya la perfección no había llegado nunca.

Entonces, empezando en voz baja, Tío Pío hablaba una hora entera, analizando la comedia, entrando en un mundo de agudeza en materia de voz, de ademán y de medida, y a menudo se estaban hasta el amanecer declamando el uno para el otro el señorial diálogo de Calderón.

¿A quién intentaban satisfacer ambos? No al público de Lima. Aquél hacía mucho tiempo que estaba satisfecho. Venimos de un mundo en el cual hemos conocido increíbles normas de excelencia, y recordamos confusamente bellezas que no hemos vuelto a apresar; y volvemos a ese mundo. Tío Pío y la Perichole se atormentaban en un esfuerzo por establecer en el Perú las normas de los [99] teatros de algún cielo en el que Calderón les había precedido. El público a quien se destinan las obras maestras no es de este mundo.

Con el paso del tiempo, Camila perdió algo de su concentración en el arte. Cierta desprecio intermitente hacia su oficio la hizo negligente. Ello se debía a la pobreza de interés en los papeles de mujer en el drama clásico español. En un tiempo en que los dramaturgos reunidos en torno a las cortes de Inglaterra y Francia (un poco más tarde en Venecia) enriquecían los papeles de mujer con estudios de ingenio, hechizo, pasión e histeria, los autores dramáticos de España tenían los ojos fijos en sus héroes, sobre sus caballeros que se debatían en los conflictos del honor o como pecadores que, en el último momento, volvían a la cruz. Unos cuantos años los gastó Tío Pío en descubrir modos de interesar a la Perichole en los papeles que le tocaban en suerte. En una ocasión pudo anunciarle que una nieta de Vico de Barrera había llegado al Perú. El Tío Pío de tiempo atrás había transmitido a Camita su veneración

Camila his veneration for great poets and Camila never questioned the view that they were a little above the kings and not below the saints. So it was in great excitement that the two of them chose one of the master's plays to perform before his granddaughter. They rehearsed the poem a hundred times, now in the great joy of invention, now in dejection. On the night of the performance Camila peering out between the folds of the curtain had Uncle Pio point out to her the little middle-aged woman worn with the cares of penury and a large family; but it seemed to Camila that she was looking at all the beauty and dignity in the world. As she waited for the lines that preceded her entrance she clung to Uncle Pio in reverent silence, her heart beating loudly. Between the acts she retired to the dusty corner of the warehouse where no one would find her and sat staring into the corners. At the close of the performance Uncle Pio brought the granddaughter of Vico de Barrera into Camila's room. Camila stood among the clothes that hung upon the wall, weeping with happiness and shame. Finally she flung herself on her knees and kissed the older woman's hands, and the older woman kissed hers, and while the audience went home and went to bed the visitor remained telling Camila the little stories that had remained in the family, of Vico's work and of his habits.

Uncle Pio was at his happiest when a new actress entered the company, for the discovery of a new talent at her side never failed to bestir the Perichole. To Uncle Pio (standing at the back of the auditorium, bent double with joy and malice) it seemed that the body of the Perichole had become an alabaster lamp in which a strong light had been placed. Without any resort to tricks or to false emphasis, she set herself to efface the newcomer. If the play were a comedy she became the very abstraction of wit, and (as was more likely) it was a drama of wronged ladies and implacable hates, the stage fairly **smouldered** with her emotion. Her personality became so electric that if she so much as laid her hand upon that of a fellow actor a sympathetic shudder ran through the audience. But such occasions of excellence became less and less frequent. As her technique became sounder, Camila's sincerity became less necessary. Even when she was absent-minded the audience did not notice the difference and only Uncle Pio grieved.

Camila had a very beautiful face, or rather a face beautiful save in repose. In repose one was startled

por los grandes poetas y Camita nunca puso en duda que estaban un tanto por encima de los reyes y en nada por debajo de los santos. Así, con gran excitación eligieron una de las obras del maestro para representarla ante su nieta. Ensayaron el poema cien veces, ya con el gozo grande de la invención, ya con desaliento. En la noche de la representación, Camita, mirando por entre los pliegues del telón, hizo que Tío Pío le señalase a la mujer pequeñita, de media edad, gastada por los cuidados de la pobreza y de una abundante familia, pero a Camita le pareció que estaba contemplando toda la hermosura y toda la dignidad del mundo. Mientras estaba [100] esperando los versos que precedían a su entrada en escena, se apoyaba en Tío Pío, en silencio reverencial, y el corazón le daba golpetazos. En los entreactos, se retiró a un polvoriento rincón de la guardarropía, donde nadie pudiera dar con ella, y allí estuvo sentada en un rincón. Terminada la representación, Tío Pío condujo a la nieta de Vico de Barrera al cuarto de Camila. Camila estaba entre las ropas que colgaban de la pared, llorando de felicidad y de vergüenza. Por fin se puso de rodillas y besó las manos de la buena señora, y la otra besó las suyas, y mientras el público volvía a su casa y se acostaba, la visitante relataba a Camila todas las anécdotas que se habían conservado en la familia referentes a Vico, a su obra y a sus costumbres.

Tío Pío era felicísimo cuando entraba en la compañía una actriz nueva, porque el descubrir a su lado un nuevo talento siempre reanimaba el de la Perichole. Al Tío Pío (de pie detrás de la última fila de público, rendido doblemente por la alegría y por la malicia) se le antojaba que el cuerpo de la Perichole se había convertido en una lámpara de alabastro en la cual alguien había colocado una luz fuerte. Sin recurrir a trucos ni a falso énfasis, se entregaba al empeño de borrar a la recién llegada. Si la obra era una comedia, se convertía en perfecta personificación del ingenio, y si (como era lo más corriente) se trataba de un drama, de mujeres agraviadas y odios implacables, el escenario **ardía** con su emoción. Su personalidad llegaba a ser tan eléctrica que si por azar ponía la mano sobre la de un compañero actor, una corriente de simpatía pasaba a través de todo el público. Mas, tales ocasiones de excelencia iban siendo cada vez menos frecuentes. A medida que su técnica era más segura, la sinceridad [101] iba siendo menos necesaria. Hasta cuando Camila estaba distraída, el público no advertía la diferencia y sólo Tío Pío se apenaba.

Tenía Camila un rostro hermoso, o mejor dicho, un rostro hermosísimo excepto cuando estaba en reposo. En

to discover that the nose was long and thin, the mouth tired and a little childish, the eyes unsatisfied—a rather pinched peasant girl, dragged from the *cafés chantants* and quite incapable of establishing any harmony between the claims of her art, of her appetites, of her dreams, and of her crowded daily routine. Each of these was a world in itself, and the warfare between them would soon have reduced to idiocy (or triviality) a less tenacious physique. We have seen that in spite of her discontent with her parts, the Perichole knew very well the joy that might reside in acting and warmed herself from time to time at that flame. But that of love attracted her more often, though with no greater assurance of happiness, until Jupiter himself sent her some pearls.

Don Andrés de Ribera, the Viceroy of Peru, was the remnant of a delightful man, broken by the table, the alcove, a **grandeeship** and ten years of exile. As a youth he had accompanied embassies to Versailles and Rome; he had fought in the wars in Austria; he had been in Jerusalem. He was a widower and childless of an enormous and wealthy woman; he had collected coins a little, wines, actresses, orders and maps. From the table he had received the gout; from the alcove a tendency to convulsions; from the grandeeship a pride so vast and puerile that he seldom heard anything that was said to him and talked to the ceiling in a perpetual monologue; from the exile, oceans of boredom, a boredom so persuasive that it was like pain,—he woke up with it and spent the day with it, and it sat by his bed all night watching his sleep. Camila was passing the years in the hard-working routine of the theatre, **savoured** by a few untidy love-affairs, when this Olympian personage (for he had a face and port fit to play gods and heroes on the scene) suddenly transported her to the most delicious midnight suppers at the Palace. Contrary to all the traditions of the stage and state she adored her elderly admirer; she thought she was going to be happy forever. Don Andrés taught the Perichole a great many things and to her bright eager mind that was one of the sweetest ingredients of love. He taught her a little French; to be neat and clean; the modes of address. Uncle Pio had taught her how great ladies carry themselves on great occasions; he taught her how they relax. Uncle Pio and Calderón had trained her in beautiful Spanish; Don Andrés furnished her with the smart slang of *El Buen Retiro*.

Uncle Pio was made anxious by Camila's invitation from the Palace. He would have much preferred that

tonces el que la miraba se sorprendía al descubrir que tenía la nariz larga y delgada, la boca fatigada y un tanto pueril, los ojos insatisfechos..., una chiquilla campesina malhumorada, arrancada de los cafés cantantes y completamente incapaz de establecer armonía ninguna entre las exigencias de su arte, de sus apetitos, de sus sueños y de su abrumadora rutina diaria. Cada una de esas cosas era un mundo distinto y la lucha entre ellas pronto hubiese reducido a la idiotez o a la trivialidad a un físico menos tenaz. Hemos visto que a pesar de su descontento con los papeles, la Perichole conocía muy bien el goce que puede encontrarse en la interpretación y que, de cuando en cuando, se calentaba con aquella llama. Pero la de amor la atraía más a menudo, aunque no con gran seguridad de dicha, hasta que el mismo Júpiter le envió unas cuantas perlas.

Don Andrés de Ribera, virrey del Perú, era el resto de un hombre delicioso, destrozado por la mesa, la alcoba, una grandeza de España y diez años de destierro. De joven había formado parte de embajadas a Versalles y a Roma; había peleado en las guerras en Austria; había estado en Jerusalén. Era viudo y sin hijos de una mujer enorme y rica; había coleccionado un poco de todo: monedas, vinos, actrices, condecoraciones y mapas. La mesa le había dado la gota; la alcoba, una tendencia a las convulsiones; la grandeza, un orgullo tan vasto y tan pueril que rara vez escuchaba lo que le decían y hablaba mirando al cielo [102] en perpetuo monólogo; el destierro, océanos de aburrimiento, un aburrimiento tan persuasivo que era como un dolor... se despertaba con él y con él pasaba el día, y se sentaba todas las noches a la cabecera de su cama para velarle el sueño.

Camila iba pasando los años en la rutina de trabajos forzados que es el teatro, salpimentada por unos cuantos no muy limpios asuntos de amor, cuando aquel personaje olímpico (porque tenía cara y porte dignos de representar en la escena dioses y héroes) la trasplantó de golpe a las deliciosísimas cenas del palacio. Contra toda las tradiciones de la escena y del Estado, adoró a su maduro admirador; creyó que iba a ser feliz para siempre. Don Andrés enseñó a la Perichole muchísimas cosas, y para su brillante y despierto entendimiento ése fue uno de los más dulces ingredientes del amor. Le enseñó un poco de francés; a ser atildada y limpia; las maneras de dirigirse a la gente. El Tío Pío le había enseñado cómo se mueven las damas en las grandes ocasiones; él le enseñó a perder bellamente el empaque. El Tío Pío y Calderón habíanle enseñado a emplear la hermosa lengua española; don Andrés le enseñó el ingenioso argot de *El Buen Retiro*.

Al Tío Pío le causó ansiedad la invitación de Camila a palacio. Hubiera preferido con mucho que con-

she continue with her little **vulgarian** love-affairs in the theatrical warehouse. But when he saw that her art was gaining a new finish he was well content. He would sit in the back of the theatre, rolling about in his seat for sheer joy and amusement, watching the Perichole intimate to the audience that she frequented the great world about whom the dramatists wrote. She had a new way of fingering a wineglass, of exchanging an adieu, a new way of entering a door that told everything. To Uncle Pio nothing else mattered. What was there in the world more lovely than a beautiful woman doing justice to a Spanish masterpiece?—a performance (he asks you), packed with observation, in which the very spacing of the words revealed a comment on life and on the text—delivered by a beautiful voice—illustrated by a faultless carriage, considerable personal beauty and irresistible charm. “We are almost ready to take this marvel to Spain,” he would murmur to himself. After the performance he would go around to her dressing-room and say “Very good!” But before taking his leave he would manage to ask her where, in the name of the eleven thousand virgins of Cologne, she had acquired that affected way of saying *Excelencia*.

After a time the Viceroy asked the Perichole whether it would amuse her to invite a few discreet guests to their midnight suppers, and he asked her whether she would like to meet the Archbishop. Camila was delighted. The Archbishop was delighted. On the eve of their first meeting he sent the actress an emerald pendant as big as a playing card.

There was something in Lima that was wrapped up in yards of violet satin from which protruded a great **dropsical** head and two fat pearly hands; and that was its archbishop. Between the rolls of flesh that surrounded them looked out two black eyes speaking discomfort, kindness and wit. A Curious and eager soul was imprisoned in all this lard, but by dint of never refusing himself a pheasant or a goose or his daily procession of Roman wines, he was his own bitter jailer. He loved his cathedral; he loved his duties; he was very devout. Some days he regarded his bulk ruefully; but the distress of remorse was less poignant than the distress of fasting and he was presently found deliberating over the secret messages that a certain roast sends to the certain salad that will follow it. And to punish himself he led an exemplary life in every other respect.

He had read all the literature of antiquity and forgotten all about it except a general aroma of charm and disillusion. He had been learned in the Fathers

tinuase con sus vulgares asuntos de amor en la guardarrope del teatro. Pero cuando vio que su arte iba ganando con el nuevo barniz, se puso muy contento. Sentábase en el fondo del teatro, meciéndose en el asiento de pura alegría y diversión, al ver cómo la Perichole hacía comprender al público que frecuentaba el gran mundo del cual escriben los dramaturgos. [103]

Tenía un ademán nuevo para sostener una copa de vino, para cambiar un adiós, una manera nueva de entrar por una puerta que lo decían todo. Para Tío Pío nada más importaba. ¿Qué había en el mundo más encantador que una hermosa mujer que hace justicia a una obra maestra española? Una representación (solía pensar) llena de observación, en la cual hasta el espaciar las palabras como es debido revela un comentario de la vida y del texto... lanzado por una hermosa voz, ilustrado por un modo de andar perfecto, por considerable belleza personal e irresistible hechizo. «Ya estamos casi listos para llevar a España esta maravilla», murmuraba para sus adentros. Después de la representación entraba en el camerino y decía: « ¡Muy bien! ». Pero antes de marcharse se las arreglaba para preguntarle dónde, en nombre de las once mil vírgenes de Colonia, había adquirido aquel modo afectado de decir «excelencia».

Pasado algún tiempo, el virrey preguntó a la Perichole si le divertiría que invitase a sus cenas de medianoche a unos cuantos amigos discretos, y si le agradaría encontrarse con el arzobispo. Camila estuvo encantada. El arzobispo estuvo encantado. La víspera de su primer encuentro envió a la actriz un brinquito formado por una esmeralda del tamaño de un naipe.

Había algo en Lima envuelto en varas y varas de raso violeta de las cuales salían una cabeza grande e hidrópica y dos manos regordetas color de perla; y este algo era el arzobispo. Entre los rollos de carne que los rodeaban miraban unos ojos negros que hablaban de malestar, de bondad y de ingenio. Aprisionada en toda aquella grasa, había un alma curiosa y ardiente, mas por el hecho de no poder [104] negarse a comer un faisán o un ganso o a beber su diaria procesión de vinos romanos, era su propio y cruel carcelero. Amaba su catedral. Amaba sus deberes. Era muy devoto. A días miraba rencorosamente su volumen. Pero la angustia del remordimiento era menos punzante que la desolación de la abstinencia, y en aquel momento se encontraba deliberando acerca de los secretos mensajes que cierto asado enviaría a la ensalada que le habría de seguir. Y para castigarse llevaba una vida ejemplar en todo otro respecto.

Había leído toda la literatura de la Antigüedad y toda la había olvidado excepto un aroma general de encanto y desilusión. Los Padres de la Iglesia y los Concilios le

and the Councils and forgotten all about them save a floating impression of dissensions that had no application to Peru. He had read all the libertine masterpieces of Italy and France and reread them annually; even in the torments of the stone (happily dissolved by drinking the water from the springs of Santa María de Cluxambuqua), he could find nothing more nourishing than the anecdotes of Brantôme and the divine Aretino.

He knew that most of the priests of Peru were scoundrels. It required all his delicate Epicurean education to prevent his doing something about it; he had to repeat over to himself his favourite notions: that the injustice and unhappiness in the world is a constant; that the theory of progress is a delusion; that the poor, never having known happiness, are insensible to misfortune. Like all the rich he could not bring himself to believe that the poor (look at their houses, look at their clothes) could really suffer. Like all the cultivated he believed that only the widely-read could be said to *know* that they were unhappy. On one occasion, the iniquities in his see having been called to his notice, he almost did something about it. He had just heard that it was becoming a rule in Peru for priests to exact two measures of meal for a fairly good absolution, and five measures, for a really effective one. He trembled with indignation; he roared to his secretary and bidding him bring up his writing materials, announced that he was going to dictate an overwhelming message to his shepherds. But there was no ink left in the inkwell; there was no ink left in the next room; there was no ink to be found in the whole palace. This state of things in his household so upset the good man that he fell ill of the combined rages and learned to guard himself against indignations.

The addition of the Archbishop to the suppers was so successful that Don Andrés began to think of new names. He had grown increasingly dependent upon Uncle Pio, but waited until Camila should propose his inclusion of her own accord. And in due time Uncle Pio brought with him that courser of the seas, the Captain Alvarado. Generally the reunion had been several hours under way before Camila was able to join them after her performance at the theatre. She would arrive towards one o'clock, radiant and bejewelled and very tired. The four men received her as they would a great queen. For an hour or so she would carry the conversation, but gradually reclining more and more against Don Andrés' shoulder she would follow the talk as it flitted from one humorous lined face to the other. All night they talked, secretly

habían instruido y toda su enseñanza quedó olvidada excepto una flotante impresión de disensiones que no tenían aplicación en el Perú. Había leído todas las obras maestras libertinas de Italia y Francia y las releía anualmente; hasta entre los tormentos del mal de piedra (felicemente disuelta a fuerza de beber el agua de las fuentes de Santa María de Cluxambuqua), no encontraba nada más labroso que las anécdotas de Brantôme y el divino Aretino.

10

El arzobispo sabía que la mayor parte de los curas del Perú eran unos tunantes. Necesitaba recurrir a toda su delicada educación epicúrea para impedirle hacer algo con que remediarlo; tenía que repetirse a menudo sus nociones favoritas, a saber: que la injusticia y la infelicidad en el mundo son una constante; que la teoría del progreso es una ilusión; que los pobres, como nunca han conocido la felicidad, son insensibles a la desdicha. Como todos los ricos, era incapaz de creer que los pobres (miren su ropa, vean sus casas) pudieran sufrir en realidad. Como todos [105] los hombres cultos, creía que únicamente los que han leído mucho pueden *saber* que son infelices. En una ocasión, alguien le llamó la atención sobre las iniquidades de su diócesis, y estuvo a punto de hacer algo. Acababa de enterarse de que los sacerdotes del Perú iban tomando la costumbre de exigir una cierta cantidad de harina por una absolución, pudiéramos decir de segunda clase, y el quíntuplo por una absolución realmente efectiva. Se echó a temblar de indignación; rugió, ordenando a su secretario que le trajera recado de escribir, y le anunció que iba a dictarle un mensaje aplastante para sus pastores. Pero en el tintero no había tinta; no había tinta en el despacho adjunto; no pudo hallarse tinta en todo el palacio. El estado de cosas en su propia casa trastornó de tal modo al buen señor, que cayó enfermo por causa de las dos iras combinadas, y así aprendió a guardar para sí sus indignaciones.

La adición del arzobispo a las cenas tuvo tan buen éxito que don Andrés se dio a pensar en nuevos nombres. El Tío Pío le iba siendo cada vez más útil, pero esperó a que Camila propusiese incluirle en la lista por su propio acuerdo. Y, a su debido tiempo, Tío Pío trajo consigo al navegante de todos los mares, el capitán Alvarado. Generalmente, la reunión comenzaba algunas horas antes de la llegada de Camila, que venía después de terminada la función en el teatro. Llegaba hacia la una de la madrugada, radiante, cargada de joyas y cansadísima. Los cuatro hombres la recibían como si hubiera sido una gran reina. Durante una hora, poco más o menos, ella llevaba la conversación, pero gradualmente se iba reclinando más y más en el hombro de don Andrés, seguía el curso de las palabras [106] que pasaban revoloteando de uno en otro de aquellos rostros arruga-

comforting their hearts that longed always for Spain and telling themselves that such a symposium was after the manner of the high Spanish soul. They talked about ghosts and second-sight, and about the earth before man appeared upon it and about the possibility of the planets striking against one another; about whether the soul can be seen, like a dove, fluttering away at the moment of death; they wondered whether at the second coming of Christ to Jerusalem, Peru would be long in receiving the news. They talked until the sun rose, about wars and kings, about poets and scholars, and about strange countries. Each one poured into the conversation his store of wise sad anecdotes and his dry regret about the race of men. The flood of golden light struck across the Andes and entering the great window fell upon the piles of fruit, the stained brocade upon the table, and the sweet thoughtful forehead of the Perichole as she lay sleeping against the sleeve of her protector. There would ensue a long pause, no one wishing to make the first move to go, and the glances of them all would rest upon this strange beautiful bird who lived among them. But Uncle Pio's glance had been upon her all night, a quick glance from his black eyes, full of tenderness and anxiety, resting on the great secret and reason of his life.

But Uncle Pio never ceased watching Camila. He divided the inhabitants of this world into two groups, into those who had loved and those who had not. It was a horrible aristocracy, apparently, for those who had no capacity for love (or rather for suffering in love) could not be said to be alive and certainly would not live again after their death. They were a kind of straw population, filling the world with their meaningless laughter and tears and chatter and disappearing still lovable and vain into thin air. For this distinction he cultivated his own definition of love that was like no other and that had gathered all its bitterness and pride from his odd life. He regarded love as a sort of cruel malady through which the elect are required to pass in their late youth and from which they emerge, pale and wrung, but ready for the business of living. There was (he believed) a great repertory of errors mercifully impossible to human beings who had recovered from this illness. Unfortunately there remained to them a host of failings, but at least (from among many illustrations) they never mistook a protracted amiability for the whole conduct of life, they never again regarded any human being, from a prince to a servant, as a mechanical object. Uncle Pio never ceased watching Camila because it seemed to him that she had never undergone this initiation. In the months that followed

dos y alegres. Hablaban durante la noche entera, confortando así sus corazones, que siempre suspiraban por España, y se decían que aquella reunión tenía el espíritu de la altiva alma española. Hablaban de fantasmas y de sentimientos, y de la tierra antes de que el hombre apareciera en ella, y sobre la posibilidad de que los planetas chocaran unos con otros; sobre si el alma puede verse en forma de paloma, revoloteando en el momento de la muerte; se preguntaban si en la segunda venida de Cristo a Jerusalén, tardaría mucho en llegar la noticia al Perú. Seguían hablando hasta la salida del sol, de guerras y de reyes, de poetas y eruditos, de países extraños. Cada uno aportaba a la conversación su caudal de sabias, tristes anécdotas y su árido desdén hacia la raza humana. La inundación de luz dorada chocaba contra los Andes, y entrando por el gran ventanal caía sobre los montones de frutas, el manchado brocado de la mesa y la suave y pensativa frente de la Perichole, que se había dormido sobre la manga de su protector.

Seguíase una larga pausa, pues ninguno quería hacer el primer movimiento para marcharse, y las miradas de todos se posaban sobre aquel pájaro extraño y hermoso que vivía entre ellos... Pero Tío Pío no había dejado de mirarla en toda la noche, miradas rápidas de sus ojos negros, llenas de ternura y de ansiedad, que descansaban sobre el gran secreto que era la razón de su vida.

El Tío Pío nunca dejaba de vigilar a Camila. Dividía a los habitantes de este mundo en dos grupos, los que habían amado y los que no habían amado. Era una horrible aristocracia, al parecer, porque los que no tenían capacidad [107] para el amor (o mejor dicho para sufrir por amor) no podía decirse que estuviesen vivos ni habían de volver a vivir después de la muerte. Era una especie de gente de paja que llenaba el mundo con su risa sin sentido y sus lágrimas y su parloteo, y desaparecían aún amables y vanos en el aire leve.

Para esta distinción cultivaba su propia definición del amor, que no se parecía a ninguna otra y en la que había reunido todas sus amarguras y el orgullo de su extraña vida. Miraba el amor como una especie de enfermedad cruel a través de la cual es preciso que pasen los elegidos al final de la juventud y de la cual salen pálidos y agotados, pero listos para el trabajo de vivir. Existía (así lo creía) un gran repertorio de errores misericordiosamente imposibles para los que se habían curado de tal enfermedad. Por desdicha, les quedaba una hueste de fallas, pero, al menos (así lo demostraban muchos ejemplos), nunca cometían el error de tomar una amabilidad rezagada por completa entrega de la vida, nunca volvían a mirar a un ser humano, desde un príncipe a un criado, como un objeto mecánico.

Tío Pío no cesaba nunca de vigilar a Camila porque le parecía que no había pasado nunca por semejante iniciación. En los meses siguientes a su pre-

her introduction to the Viceroy he held his breath and waited. He held his breath for years. Camila bore the Viceroy three children, yet remained the same. He knew that the first sign of her entrance into the true possession of the world would be the mastery of certain effects in her acting. There were certain passages in the plays that she would compass some day, simply, easily, and with secret joy, because they alluded to the new rich wisdom of her heart; but her treatment of such passages became more and more cursory, not to say embarrassed. He presently saw that [90] she had tired of Don Andrés and had returned to a series of furtive love-affairs with the actors and matadors and merchants of the town.

She became more and more impatient of acting and another parasite found its way into her mind. She wanted to be a lady. She slowly contracted a greed for respectability and began to refer to her acting as a pastime. She acquired a duenna and some footmen and went to church at the fashionable hours. She attended the prize days at the University and appeared among the donors of the great charities. She even learned to read and write a little. Any faint discrimination against her as a bohemian she challenged with fury. She led the Viceroy a horrible life with her passion for concessions and her gradual usurpation of privileges. The new vice displaced the old and she became noisily virtuous. She invented some parents and produced some cousins. She obtained an undocumented legitimization of her children. In society she cultivated a delicate and languid magdalenism, as a great lady might, and she carried a candle in the penitential parades, side by side with ladies who had nothing to regret but an outburst of temper and a furtive glance into Descartes. Her sin had been acting and everyone knows that there were even saints who had been actors,—there was Saint Gelasius and Saint Genesis and Saint Margaret of Antioch and Saint Pelagia.

There was a fashionable watering place in the hills not far from Santa María de Cluxambuqua. Don Andrés had travelled in France and had thought to build himself a little mock Vichy; there was a pagoda, some drawing-rooms, a theatre, a little arena for bull-fights and some French gardens. Camila's health had never known a shadow, but she built herself a villa in the vicinity and sipped the hateful waters at eleven o'clock. The Marquesa de Montemayor has left a brilliant picture of this *opéra bouffe* paradise with the reigning divinity parading fierce sensitiveness along the avenues of powdered shell and receiving the homage of all those who could not afford to offend

sentación al virrey, contuvo el aliento y esperó. Contuvo el aliento años enteros. Camila dio al virrey tres hijos, pero siguió siendo la misma de siempre. Sabía que la primera señal de su entrada en la plena posesión del mundo sería su maestría en ciertos efectos de su trabajo de actriz. Había ciertos pasajes en las obras dramáticas que algún día habría de lograr, sencilla, fácilmente y con secreto gozo, porque aludirían [108] a la nueva y rica sabiduría de su corazón; pero su modo de abordar tales pasajes se iba haciendo cada vez más y más rutinario, por no decir torpe. Ahora, veía que se había cansado del virrey, y había vuelto a una serie de amoríos furtivos con actores, matadores y mercaderes de la ciudad.

15

Cada vez le molestaba más trabajar en el teatro, y otro parásito se abrió camino en su entendimiento. Quería ser una *dama*. Contrajo lentamente un ansia de respetabilidad, y empezó a referirse a su trabajo como a un pasatiempo. Adquirió una dueña y unos cuantos lacayos, e iba a la iglesia a las horas elegantes. Asistía a las fiestas oficiales de la Universidad, y aparecía entre los donantes de grandes limosnas. Hasta aprendió un poco a leer y escribir. A todo el que hacía la más leve alusión a su vida bohemia, le desafiaba con furia. Hacía llevar al virrey una vida horrible con su pasión por lograr concesiones y su gradual usurpación de privilegios. El vicio nuevo desplazó al antiguo y se hizo ruidosamente virtuosa. Se inventó unos cuantos parientes y sacó no se sabe de dónde unos cuantos primos. Obtuvo una legitimación sin documentos de sus hijos. En sociedad, cultivaba un delicado y lánguido magdalenismo, como hubiera podido hacerlo una gran señora, y llevaba un cirio en las procesiones penitenciales, junto a señoras que no tenían que arrepentirse sino de algún arrebató de mal genio o una furtiva ojeada a Descartes. Su pecado había sido el teatro, y todo el mundo sabe que hubo hasta santos actores: ahí estaban san Gelasio y san Ginés y santa Margarita de Antioquía y santa Pelagia.

40

Había un balneario de moda en las colinas, no lejos de Santa María de Cluxambuqua. Don Andrés, que había viajado por Francia, quiso edificarse un pequeño Vichy de [109] mentirijillas. Había una pagoda, unos cuantos salones, un teatro, una pequeña plaza de toros y algunos jardines de estilo francés. La salud de Camila nunca tuvo la menor sombra, pero se construyó una villa cerca del balneario y bebía las aguas nauseabundas a las once en punto. La marquesa de Montemayor ha dejado un brillante retrato de aquel paraíso de ópera bufa con la divinidad reinante, pavoneándose con altiva sensibilidad por las avenidas de conchillas molidas y recibiendo el homenaje de los que no podían permitirse ofen-

the Viceroy. Doña María draws a portrait of this ruler, stately and weary, gambling all through the night in sums that would have raised another Escorial. And beside him she sets the portrait of his son, Camila's little Don Jaime. Don Jaime, at seven years, was a rachitic little body who seemed to have inherited not only his mother's forehead and eyes, but his father's liability to convulsions. He bore his pain with the silent bewilderment of an animal, and like an animal, he was mortally ashamed when any evidences of it occurred in public. He was so beautiful that the more trivial forms of pity were hushed in his presence and his long thoughts about his difficulties had given his face a patient and startling dignity. His mother dressed him in garnet velvet, and when he was able he followed her about at a distance of several yards, extricating himself from the ladies who tried to detain him in conversation. Camila was never cross to Don Jaime and she was never demonstrative. When the sun was shining the two could be seen walking along those artificial terraces in silence, Camila wondering when the felicity would begin that she had always associated with social position, Don Jaime rejoicing merely in the sunlight and anxiously estimating approach of a cloud. They looked like figures that strayed there from some remote country, or out of an old ballad, that had not yet learned the new language and had not yet found any friends.

Camila was about thirty when she left the stage and it required five years for her to achieve her place in society. She finally became more stout, though her head seemed to grow more beautiful every year. She took to overdressing and the floors of the drawing-rooms reflected a veritable tower of jewels and scarves and plumes. Her face and hands were covered with a bluish powder against which she drew an irritable mouth in scarlet and orange. The almost distraught fury of her temper was varied by the unnatural sweetness of her address in the company of the dowagers. In the earliest stages of her progress upward she had intimated to Uncle Pío that he was not to be seen with her in public, but finally she became impatient even of his discreeter visits. She conducted the interviews with formality and evasion. Her eyes never crossed his and she angled for pretexts to quarrel with him. Still he ventured out once a month to try her patience and when the call had become impossible he would climb the stairs and finish the hour among her children.

One day he arrived at her villa in the hills and, through her maid, begged for an opportunity to talk

der al virrey. Doña María hace el retrato de este gobernante, solemne y cansado, jugando noche tras noche sumas que hubieran podido edificar otro Escorial. Y junto a él traza el retrato de su hijo, el pequeño don Jaime, de Camita. Don Jaime, a los siete años, era un cuerpecillo raquítrico que parecía haber heredado no sólo la frente y los ojos de su madre, sino la propensión a convulsiones de su padre. Sobrellevaba sus padecimientos con el silencioso asombro de un animal, y como un animal se avergonzaba cuando alguna evidencia de ellos se presentaba en público. Era tan hermoso de faz que las formas más triviales de lástima dejaban de manifestarse en su presencia, y el mucho pensar en sus dificultades había dado a su rostro una dignidad paciente y sobrecogedora. Su madre le vestía de terciopelo granate, y cuando podía, la seguía a unas cuantas varas de distancia, desenredándose con gravedad de las señoras que intentaban detenerle y hablarle. Camita no se enfadaba nunca con don Jaime, pero nunca era efusiva con él. Cuando brillaba el sol, se les podía ver paseando en silencio por aquellas terrazas artificiales, y Camita se preguntaba cuándo llegaría aquella felicidad que ella siempre había asociado [110] a la idea de posición social, mientras don Jaime se regocijaba sencillamente al sol y veía con ansiedad acercarse alguna nube. Parecían figuras que se hubiesen extraviado allí viniendo de algún país remoto, o saliendo de alguna antigua balada, que aún no hubiesen aprendido la lengua nueva y aún no hubiesen encontrado amigos.

Camila tenía alrededor de treinta años cuando dejó la escena, y le costó otros cinco adquirir su puesto en la sociedad. Fue engordando poco a poco, pero bastante, mas su cabeza parecía embellecer de año en año. Se dio a vestir exageradamente, y el suelo de sus salones reflejaba, al reflejarla, una verdadera torre de joyas, chales y plumas. Llevaba el rostro y las manos cubiertos de un polvo azulado con el cual contrastaba una boca irritable escarlata y naranja. La furia casi loca de su temperamento alternaba con la suavidad de su comportamiento cuando estaba en compañía de las señoras mayores. En las primeras etapas de su ascensión, había intimado al Tío Pío que no quería que la viesen con él en público, pero, por fin, llegaron a impacientarla sus más discretas visitas. Le hablaba con formalidad y en tono evasivo. Nunca cruzaba la mirada con la suya, y parecía andar siempre a la caza de pretexts para pelearse con él. Pero él seguía aventurándose a poner a prueba su paciencia una vez al mes, y cuando la visita se había hecho imposible subía las escaleras y acababa la hora entre los niños.

Un día llegó a la villa de las colinas y, por intermedio de la doncella, pidió licencia para hablar

with her. He was told that she would see him in the French gardens a little before sunset. He had come up from Lima on a strange sentimental impulse. Like all solitary persons he had invested friendship with a divine glamour: he imagined that the people he passed on the street, laughing together and embracing when they parted, the people who dined together with so many smiles,—you will scarcely believe me, but he imagined that they were extracting from all that congeniality great store of satisfaction. So that suddenly he was filled with the excitement of seeing her again, of being called “Uncle Pio,” and of reviving for a moment the trust and humour of their long vagabondage.

The French Gardens were at the southern end of the town. Behind them rose the higher Andes and before them there was a parapet overlooking a deep valley and overlooking wave after wave of hills that stretched toward the Pacific. It was the hour when bats fly low and the smaller animals play recklessly underfoot. A few solitaries lingered about the gardens, gazing dreamily into the sky that was being gradually emptied of its colour, or leaned upon the balustrade and looked down into the valley, noting in which village a dog was barking. It was the hour when the father returns home from the fields and plays for a moment in the yard with the dog that jumps upon him, holding his muzzle closed or throwing him upon his back. The young girls look about for the first star to fix a wish upon it, and the boys grow restless for supper. Even the busiest mother stands for a moment idle-handed, smiling at her dear and exasperating family.

Uncle Pio stood against one of the chipped marble benches and watched Camila coming towards him:

“I am late,” she said. “I am sorry. What is it you wish to say to me?”

“Camila,—” he began.

“My name is Doña Micaela.”

“I do not wish to offend you, Doña Micaela, but when you let me call you Camila for twenty years, I should think—”

“Oh, do as you like. Do as you like.”

“Camila, promise me that you will listen to me. Promise me that you will not run away at my first sentence.”

con la señora. Dijéronle que le recibiría en el jardín francés un poco antes de la puesta de sol. Había venido de Lima por un extraño impulso sentimental. Como todos los solitarios, [111] había atribuido a la amistad un fulgor divino; se figuraba que las gentes que pasaban por las calles, riendo juntas y besándose al separarse, los que comían juntos entre tantas sonrisas... apenas me lo podréis creer, pero él se figuraba que sacaban de toda aquella afectuosidad grandísima satisfacción. Y, por ello, de pronto se apoderó de él la excitación de verla de nuevo, de que le llamase «Tío Pío», de volver a vivir un momento la confianza y el buen humor de su largo vagabundeo.

Los jardines franceses estaban en el extremo sur de la ciudad. Tras ellos se alzaban los más altos Andes y delante de ellos había un parapeto que daba sobre un valle hondo y dominaba el oleaje de colinas que se extendía hasta el Pacífico. Era la hora en que los murciélagos salen a volar bajo y los animalejos pequeños juegan temerarios entre los pies de los paseantes. Unos pocos solitarios quedaban aún en los jardines; miraban soñadoramente al cielo que, gradualmente, iba perdiendo su color, o, apoyados en la balaustrada contemplaban el valle, queriendo adivinar en cuál de las aldeas ladraba un perro. Era la hora en que el padre vuelve del campo a casa y juega un momento en el patio con el perro que salta hacia él, le sujeta el hocico cerrado o se echa el animal a la espalda. Las muchachas miran al espacio buscando en él la primera estrella para fijar en ella un deseo, y los muchachos se impacientan esperando la cena. Hasta la madre más atareada se queda parada un momento y sonrío a su amada y desesperante familia.

El Tío Pío se quedó en pie apoyándose en uno de los bancos de piedra y contempló a Camila, que venía directa hacia él. [112]

—Llego tarde —dijo—. Disculpa. ¿Qué me quieres?

—Camila... —empezó a decir él.

—Mi nombre es doña Micaela.

—No es mi intento ofender a la señora doña Micaela, pero cuando durante veinte años me consentiste que te llamase Camila, me parece que...

—¡Ay, haz lo que quieras! ¡Llámame lo que mejor te parezca!

—Camila, prométeme que me escucharás. Prométeme que no echarás a correr a la primera frase.

At once she burst out with unexpected passion: "Uncle Pio, listen to me. You are mad if you think you can make me return to the theatre. I look back at the theatre with horror. Understand that. The theatre! 5 The theatre, indeed! The daily payment of insults in that filthy place. Understand that you are wasting your time."

He answered gently: "I would not have you come 10 back if you are happy with these new friends."

"You don't like my new friends, then?" she answered quickly. "Whom do you offer me in their stead?"

"Camila, I only remember..."

"I will not be criticized. I don't want any advice. It will be cold in a moment, I must go back to my house. Just give me up, that's all. 20 Just put me out of your mind."

"Dear Camila, don't be angry. Let me talk to you. Just suffer me for ten minutes."

He did not understand why she was weeping. He did not know what to say. He talked at random: "You never even come to see the theatre, and they all notice it. The audiences are falling away now, too. They only put on the Old Comedy twice a week; all 30 the other nights there are those new farces in prose. All is dull and childish and indecent. No one can speak Spanish any more. No one can even walk correctly any more. On Corpus Christi Day they gave *Belshazzar's Feast* where you were so wonderful. 35 Now it was shameful."

There was a pause. A beautiful procession of clouds, like a flock of sheep, was straying up from the sea, slipping up the valleys between the hills. Camila suddenly touched 40 his knee, and her face was like her face twenty years before: "Forgive me, Uncle Pio, for being so bad. Jaime was ill this afternoon. There's nothing one can do. He lies there, so white and... so surprised. One must just think of, other things. Uncle Pio, it would 45 be no good if I went back to the theatre. The audiences come for the prose farces. We were foolish to try and keep alive the Old Comedy. Let people read the old plays in books if they choose to. It is not worth while fighting with the crowd."

"Wonderful Camila, I was not just to you when you were on the stage. It was some foolish pride in me. I grudged you the praise that you deserved. Forgive me.

Camila rompió a hablar con inesperada pasión:

—Tío Pío, escúchame tú a mí. Estás loco si piensas que puedes hacerme volver al teatro. Sólo recordar el teatro me da horror. Compréndelo. ¿El teatro? ¡El teatro!, la recompensa diaria de insultos en aquel basurero. Comprende que estás perdiendo el tiempo.

—No querría que volvieras si fueses feliz con tus nuevos amigos —respondió él con suavidad.

—¿No te gustan mis nuevos amigos? —respondió vivamente—. ¿Qué me ofreces a cambio?

—Camila, no hago sino recordar...

—No quiero que nadie me critique. No necesito que nadie me dé consejos. Dentro de poco empezará a hacer frío, tengo que irme a mi casa. No te ocupes de mí, eso es todo. No pienses más en mí.

—Camila, querida, no te enojés. Deja que te hable. Sopórtame sólo diez minutos.

No comprendía por qué estaba llorando. No sabía qué decirle. Hablaba al azar:

—Ya ni siquiera vas nunca al teatro, y todo el mundo repara en ello. También el público se aparta de él. No [113] representan la comedia antigua sino dos veces por semana; todas las demás noches dan esas nuevas farsas en prosa. Aburridas, pueriles e indecentes. Ya nadie sabe hablar español. Ni siquiera sabe nadie andar correctamente. El día del Corpus dieron *El festín de Baltasar*, donde tú estabas tan maravillosa. Ahora fue una vergüenza.

Hubo una pausa. Un hermoso cortejo de nubes, como un rebaño de ovejas, iba subiendo del mar, trepando por los valles entre las colinas. Camila, de pronto, le tocó una rodilla, y su rostro volvió a ser el de veinte años antes.

—Perdona, Tío Pío, el que sea tan mala. Jaime ha estado enfermo toda la tarde. No se le puede aliviar con nada. Allí está tendido, tan pálido y tan sorprendido. Hay que pensar en otra cosa. Tío Pío, no serviría de nada volver al teatro. Al público le gustan las farsas en prosa. Estábamos locos intentando mantener viva la comedia antigua. Deja que la gente lea las comedias antiguas en los libros si le da la gana. No vale la pena 50 luchar contra todos.

—Prodigiosa Camila, no era justo contigo cuando estabas en la escena. No sé qué orgullo loco me impulsaba. Te escatimé el elogio que merecías. Perdó-

You have always been a very great artist. If you come to see that you are not happy among these people you might think about going to Madrid. You would have a great triumph there. You are still young and beautiful. There will be time later to be called Doña Micaela. We shall be old soon. We shall be dead soon.”

“No, I shall never see Spain. All the world is alike, Madrid or Lima.”

“Oh, if we could go away to some island where the people would know you for yourself. And love you.”

“You are fifty years old and you are still dreaming of such islands, Uncle Pio.”

He bent his head and mumbled: “Of course I love you, Camila, as I always must and more than I can say. To have known you is enough for my whole life. You are a great lady now. And you are rich. There is no longer any way that I can help you. Put I am always ready.”

“How absurd you are,” she said smiling. “You said that as boys say it. You don’t seem to learn as you grow older, Uncle Pio. There is no such thing as that kind of love and that kind of island. It’s in the theatre you find such things.”

He look shamefaced, but unconvinced.

At last she rose and said sadly: “What are we talking about! It is growing cold. I must be going in. You must be resigned. I have no heart for the theatre.” There was a pause. “And for the rest?... Oh, I do not understand. It is just circumstance. I must be what I must. Do not try to understand either. Don’t think about me, Uncle Pio. Just forgive, that’s all. Just try to forgive.”

She stood still a moment, searching for something deeply felt to say to him. The fast cloud reached the terrace; it was dark; the last stragglers were leaving the gardens. She was thinking of Don Jaime, and of Don Andrés and of himself. She could not find the words. Suddenly she bent down and kissed his fingers and went quickly away. But he sat for a long time in the gathering clouds trembling with happiness and trying to penetrate into the meaning of these things.

Suddenly the news was all over Lima. Doña Micaela Villegas, the lady that used to be Camila the Perichole, had the small-pox. Several hundred

name. Siempre has sido una artista muy grande. Si llegas a darte cuenta de que no eres feliz entre estas gentes, podrías pensar en ir a Madrid. Allí tendrías un gran triunfo. Todavía eres joven y hermosa. Tiempo tendrás después para que te llamen doña Micaela. Pronto seremos viejos. Pronto hemos de morir.

—¡No iré jamás a España! Todo el mundo es igual, Madrid o Lima.

—¡Oh, si pudiésemos ir a alguna isla donde la gente te conociera sólo por ti misma! Y te amase... [114]

—Tienes cincuenta años y todavía andas soñando con islas semejantes, Tío Pío.

Tío Pío inclinó la cabeza y murmuró:

—Claro es que te quiero, Camila, y que te querré siempre, y más de lo que puedo decir. El haberte conocido es mi vida entera. Ahora eres una gran señora. Y eres rica. No hay nada en que yo pueda ayudarte. Pero siempre estoy dispuesto.

—¡Qué absurdo eres! —dijo ella sonriendo—. Has dicho eso como lo hubiera dicho un muchacho. Parece que no aprendes al hacerte viejo, Tío Pío. No existe cosa semejante a esa clase de amor y a esa clase de islas. Sólo en el teatro se encuentran tales cosas.

Tío Pío callaba avergonzado, pero no convencido.

Por fin, Camila se levantó y dijo con tristeza:

—¿De qué estamos hablando? Va haciendo frío, tengo que marcharme. Te tienes que resignar. No tengo ánimo para el teatro. —Hubo una pausa—. ¿Y lo demás?... ¡Ay, no lo comprendo! No son más que cosas que van pasando. Tengo que ser como soy. No intentes entenderlo tampoco. No pienses en mí, Tío Pío. No hagas más que perdonarme, eso es todo. No hagas más que intentar perdonarme.

Calló un momento buscando algo hondamente sentido que decirle. La primera nube alcanzó la terraza; oscurecía; los últimos paseantes iban dejando los jardines. Camila estaba pensando en don Jaime, en don Andrés y en sí misma. No podía encontrar las palabras. De pronto, se inclinó, le besó la mano y se alejó rápidamente. Y él permaneció sentado largo tiempo, temblando de felicidad e intentando penetrar el significado de todo aquello. [115]

Corrió la noticia por todo Lima. Doña Micaela Villegas, la dama que antes había sido la Perichole, tenía las viruelas. Varios centenares de personas te-

other persons had the small pox also, but popular interest and malignity were concentrated upon the actress. A wild hope ran about the town that the beauty would be impaired that had enabled her to despise the class from which she sprang. The news escaped from the sick-room that Camila had become ludicrous in homeliness and the cup of the envious overflowed. As soon as she was able she had herself carried from the city to her villa in the hills; she ordered the sale of her elegant little palace. She returned her jewels to their givers and she sold her fine clothes. The Viceroy, the Archbishop, and the few men at court who had been her sincerest admirers besieged her door still with messages and gifts; the messages were ignored and the gifts were returned without comment. No one but her nurse and maids had been permitted to see her since the commencement of her illness. As an answer to his repeated attempts Don Andrés received a large sum of money from her with a letter compounded of all that is possible in bitterness and pride.

Like all beautiful women who have been brought up amid continual tributes to her beauty she assumed without cynicism that it must necessarily be the basis of anyone's attachment to herself; henceforth any attention paid to her must spring from a pity full of condescension and faintly perfumed with satisfaction at so complete a reversal. This assumption that she need look for no more devotion now that her beauty had passed proceeded from the fact that she had never realized any love save love as passion. Such love, though it expends itself in generosity and thoughtfulness, though it give birth to visions and to great poetry, remains among the sharpest expressions of self-interest. Not until it has passed through a long servitude, through its own self-hatred, through mockery, through great doubts, can it take its place among the loyalties. Many who have spent a lifetime in it can tell us less of love than the child that lost a dog yesterday. As her friends continued in their efforts to draw her again into society she grew more and more angry and dispatched insulting messages to the city. It was said for a time that she was retiring into religion. But new rumours that all was fury and despair on the little farm, contradicted the old. For those near to her the despair was fearful to behold. She was convinced that her life was over, her life and her children's. In her hysterical pride she had given back more than she owed and the approach of poverty was added to the loneliness and the gloom

nían también las viruelas, pero el interés y la malignidad populares se concentraron sobre la actriz. Una esperanza loca recorrió la ciudad de que se deteriorase la belleza que le había permitido despreciar la clase de la que había salido. Salieron del cuarto de la enferma las nuevas de que Camila se había quedado ridículamente tonta, y la copa de los envidiosos rebosó de alegría. Tan pronto como le fue posible, hizo que la llevaran a la ciudad desde su villa, en las colinas; ordenó que vendieran su elegante palacete. Devolvió sus joyas a quienes se las habían regalado y vendió sus galas. El virrey, el arzobispo y los pocos hombres de la corte que habían sido sus admiradores sinceros siguieron sitiando su puerta con mensajes y obsequios; los mensajes no tuvieron respuesta y los obsequios se devolvieron sin explicaciones. Nadie más que la enfermera y las doncellas tenían licencia para verla desde el principio de la enfermedad. Como respuesta a sus repetidos intentos, don Andrés recibió una gran suma de dinero que Camila le envió con una carta, compendio de la mayor amargura y del mayor orgullo posibles.

Como todas las mujeres hermosas acostumbradas a continuos tributos a su belleza, daba por descontado, sin cinismo ninguno, que la hermosura era necesariamente la base de cualquier apego que alguien le tuviese: por tanto, cualquier atención que ahora le mostrasen tenía que brotar de una lástima mezclada con un tanto de condescendencia y levemente perfumada con satisfacción ante tal mudanza. Aquel dar por sentado que ya no debía esperar [116] devoción ninguna, puesto que su belleza había desaparecido, procedía del hecho de que nunca había conocido otro amor que el amor pasión. El cual, aunque se gaste en generosidad y atenciones, aunque dé origen a visiones y a poesía grande, sigue siendo una de las expresiones más agudas del egoísmo. Hasta que ha pasado a través de una larga servidumbre, a través del odio que el que ama llega a sentir hacía sí mismo, a través de la burla, a través de grandes dudas, no puede ocupar puesto entre las grandes lealtades. Muchos de los que en él han gastado una vida entera no pueden hablarnos más de amor que el chiquillo que ayer perdiera un perro. Como sus amigos continuaron sus esfuerzos por arrastrarla de nuevo a la sociedad, se enojaba cada vez más y más y repartía por la ciudad mensajes insultantes. Durante algún tiempo corrió la voz de que iba a entrar en religión. Pero nuevos rumores de que todo era furia y desesperación en el modesto rancho contradijeron la noticia. Para los que estaban cerca de ella, su desesperación era horrible de contemplar. Estaba convencida de que había terminado su vida y la de sus hijos. En su histérico orgullo, había devuelto más de lo que poseía y el acercarse de

of her future. There was nothing left for her to do but to draw out her days in jealous solitude in the center of the little farm that was falling into decay. She brooded for hours upon the joy of her enemies and could be heard striding about her room with strange cries.

Uncle Pio did not allow himself to be discouraged. By dint of making himself useful to the children, by taking a hand in the management of the farm and by discreetly lending her some money he obtained his entrance into the house and even into the presence of its veiled mistress. But even then Camila, convinced in her pride that he *pitied* her, lashed him with the blade of her tongue and derived some strange comfort from heaping him with sneers. He loved her the more, understanding better than she did herself all the stages in the convalescence of her humiliated spirit. But one day an accident befell that lost him his share in her progress. He pushed open a door.

She thought she had locked it. For just one hour a foolish secret hope had come to her; she wondered whether she could make a paste of chalk and cream to spread upon her 'face. She who had sneered so often at the **beffloured** grand mothers of the court wondered for a few moments whether she had learned anything on the stage that would aid her now. She thought she had locked the door and with hurried hands and beating heart she laid on the coat, the grotesque pallor, and as she gazed into the mirror and recognized the futility of her attempt she caught the image of Uncle Pio standing in the door amazed. She rose from the chair with a cry and covered her face with her hands.

"Go away. Go away out of my house forever," she screamed. "I never want to see you again." In her shame she drove him out with blasphemy and hatred, she pursued him down the corridor and hurled objects down the stairs. She gave her farmer orders that Uncle Pio was forbidden to come into the grounds. But he continued for a week trying to see her again. At last he went back to Lima; he filled in the time as best he could, but he longed to be by her as a boy of eighteen would long. At last he devised a stratagem and returned up into the hills to put it into effect.

One morning before dawn he arose and lay on the ground below her window. He imitated in the darkness the sound of weeping, and, as nearly as he could, of a young girl's weeping. He continued in this for the

la pobreza se añadía a la soledad y a la tristeza del porvenir. No le quedaba otra cosa sino pasar sus días en soledad celosa en el centro del ranchito que estaba completamente descuidado. Rumiaba horas y horas en el gozo de sus enemigos y se la oía pasear por su cuarto y dar gritos extraños.

El Tío Pío no se desalentó. Con el pretexto de hacerse útil a los niños, echando una mano en la administración del rancho y prestándole discretamente algún dinero, obtuvo la entrada en la casa y hasta llegó a ver a su [117] dueña siempre cubierta con un velo. Pero aun entonces, Camila, convencida en su orgullo de que la compadecía, le hería con el acero de su lengua y sacaba no se sabe qué extraño consuelo en hacerle desprecios. Y él la quería más, comprendiendo mejor que ella misma todas las etapas en la convalecencia de su humillado espíritu. Pero un día acaeció un accidente que le hizo perder la última acción en el consuelo que intentaba darle. Abrió una puerta.

Ella creía haberla cerrado con llave. Hacía una hora que había llegado hasta ella una secreta esperanza; se le ocurrió que tal vez podría hacer una pasta con tiza y nata para dársela en la cara. Ella, que tantas veces se había burlado de las viejas de la corte, quiso recordar durante algunos momentos si algo de lo que había aprendido en el teatro podría ahora servirle de ayuda. Creyó haber echado el cerrojo a la puerta, y con manos apresuradas y agitado corazón, se embadurnó la cara con una capa de palidez grotesca, y cuando estaba mirándose al espejo y se daba cuenta de la inutilidad de su intentona, vio en el cristal la imagen de Tío Pío, que estaba en el umbral lleno de asombro. Se levantó de la silla dando un grito y se tapó la cara con las manos.

—¡Vete! ¡Sal de mi casa para siempre! —chilló—. ¡No quiero volverte a ver en la vida!

Avergonzada, le hizo salir con blasfemias y odio, le persiguió por el pasillo y le tiró cosas mientras bajaba la escalera. Dio órdenes al ranchero para que no dejase al Tío Pío entrar en la finca. Pero él siguió intentando verla durante una semana. Por fin, se volvió a Lima. Mataba el tiempo lo mejor que podía, pero ansiaba volver a su lado [118] como hubiera podido ansiarlo un mozo de dieciocho años. Por fin, se le ocurrió una estratagema y volvió a las colinas para ponerla en práctica.

Una mañana, antes de salir el sol, se tendió en el suelo bajo su ventana. Imitó en la oscuridad el sonido del llanto, y hasta donde pudo lograrlo del llanto de una niña. Estuvo así llorando durante un cuarto de

whole quarter of an hour. He did not let his voice rise above that degree of loudness which Italian musicians would represent by the direction *piano*, but he frequently intermitted the sound trusting that if she were asleep it would insinuate itself into her mind as well by duration as by degree. The air was cool and agreeable. The first faint streak of sapphire was appearing behind the peaks and in the east the star of morning was pulsating every moment with a more tender intention. A profound silence wrapped all the farm buildings, only an occasional breeze set all the grasses sighing. Suddenly a lamp was lit in her room and a moment later the shutter was thrown back and a head wrapped in veils leaned far out.

hora. No levantó la voz por encima de esa altura que un músico italiano representaría con la notación *piano*, mas con frecuencia interrumpía el llanto fiando en que si Camila estaba dormida se insinuaría en su mente, tanto por la duración como por la interrupción. El aire era fresco y agradable. La primera débil línea de zafiro iba apareciendo tras los picos, y en Oriente, el lucero de la mañana vibraba a cada momento con más cariñosa intención. Profundo silencio envolvía todos los edificios del rancho, y sólo una brisa ocasional hacía suspirar las hierbas. Encendióse de pronto una luz en el cuarto de Camila, y un momento después se abrió la persiana y se inclinó en ella una cabeza envuelta en velos.

“Who is there?” asked the beautiful voice.

—¿Quién está ahí? —preguntó una hermosa voz.

Uncle Pio remained silent.

El Tío Pío se estuvo callado.

Camila said again in a tone edged with impatience: 20

Camila volvió a decir en tono matizado de impaciencia:

“Who is there? Who is there weeping?”

—Quién está ahí? Quién llora?

“Doña Micaela, my lady, I beg of you to come here to me.”

—Doña Micaela, señora, le ruego que tenga la bondad de ampararme.

“Who are you and what do you want?”

—Quién eres y qué necesitas?

“I am a poor girl. I am Estrella. I beg of you to come and help me. Do not call your maid. I pray you, Doña Micaela, to come yourself.”

—Soy una pobre niña. Soy Estrella. Pido a vuestra merced que venga y me ampare. No llame a su doncella. Se lo ruego, doña Micaela, venga, venga... [119]

Camila was silent a moment, then said abruptly: “Very well,” and closed the shutter. Presently she appeared around the corner of the house. She wore a thick cloak that dragged in the dew. She stood at a distance and said: “Come over here to where I am standing,—Who are you?”

Camila se quedó silenciosa un instante, y luego dijo bruscamente: «Está bien». Y cerró la persiana. Poco después apareció en la esquina de la casa. Llevaba una capa empapada en rocío. Se quedó a cierta distancia y dijo: Ven aquí, donde estoy... ¿Quién eres?

Uncle Pio rose up. “Camila, it is I,—Uncle Pio. Forgive me, but I must speak to you.”

—Camila, soy yo. Tío Pío. Perdóname, pero necesito hablarte —dijo, poniéndose en pie.

“Mother of God, when shall I be free of this dreadful person! Understand: I want to see no one. I don’t want to speak to a soul. My life is over. That is all.”

—¡Madre de Dios, cuándo me veré libre de este hombre! Compréndelo. No quiero ver a nadie. No quiero hablar con alma nacida. Mi vida se acabó. Eso es todo.

“Camila, by our long life together, I beg of you to grant me one thing. I shall go away and never trouble you again.”

—Camila, por nuestra larga vida juntos, te pido que me concedas una cosa. Después me marcharé y no volveré a molestarte.

“I grant you nothing, nothing. Stay away from me.”

—No te concedo nada, nada. Apártate de mí.

“I promise you I shall never trouble you

—Te prometo que no te volveré a molestar si

again if you listen to me this once.” She was hurrying around to the door on the other side of the house and Uncle Pio was obliged to run beside her to make sure that she heard what he was saying. She stopped:

“What is it then? Hurry. It is cold. I am not well. I must go back to my room.”

“Camila, let me take Don Jaime for a year to live with me in Lima. Let me be his teacher. Let me teach him the Castilian. Here he is left among the servants. He is learning nothing.”

“No.”

“Camila, what will become of him? He has a good mind and he wants to learn.”

“He is sick. He is delicate. Your house is a sty. Only the country is good for him.”

“But he has been much better these last few months. I promise you I shall clean out my house. I shall apply to Madre María del Pilar for a housekeeper. Here he is in your stables all day. I shall teach him all that a gentleman should know, fencing and Latin and music. We shall read all....”

“A mother cannot be separated from her child like that. It is impossible. You are crazy to have thought of it. Give up thinking of me and of everything about me. I no longer exist. I and my children will get on as best we can. Do not try to disturb me again. I do not want to see any human being.”

Now it was that Uncle Pio felt obliged to use a hard measure. “Then pay me the money that you owe me,” he said.

Camila stood still, confounded. To herself she said: “Life is too fearful to bear. When may I die?” After a moment she answered him, in a hoarse voice: “I have very little money. I will pay you what I can. I will pay you now. I have a few jewels here. Then we need never see one another again.” She was ashamed of her poverty. She took a few steps, then turned and said: “Now I see that you are a very hard man. But it is right that I pay you what I owe you:’

“No, Camila, I only said that to enforce my request. I shall take no money from you. But lend me Don Jaime for one year. I shall love him and take

me escuchas esta vez.

Echó a correr hacia la puerta del otro lado de la casa, y el Tío Pío se vio obligado a correr junto a ella para estar seguro de que ella oía lo que le iba diciendo. Se detuvo.

—Qué es ello? Date prisa. Hace frío. No estoy, bien. Tengo que volver a mi cuarto.

—Camila, deja que me lleve a don Jaime un año para vivir conmigo a Lima. Deja que sea su maestro. Déjame enseñarle el castellano. Aquí está en manos de criados. No aprende nada.

—No.

—Camila, ¿qué va a ser de él? Tiene buen entendimiento y necesita aprender.

—Está enfermo. Es delicado. Tu casa es una cochiguera. No le sienta bien más que el campo. [120]

—Ha mejorado mucho estos últimos meses. Te prometo que limpiaré mi casa. Pediré a la madre María del Pilar que me busque un ama de llaves. Aquí se pasa el día en los establos. Le enseñaré todo cuanto debe saber un caballero... esgrima, latín y música. Leeremos todas...

—Una madre no se puede separar de su hijo de ese modo. Es imposible. Se te ha ocurrido eso porque estás loco. Deja de pensar en mí y en todo lo que me rodea. Ya no existo. Yo y mis hijos nos las arreglaremos lo mejor que podamos. No intentes volver a molestarme. No quiero ver a ningún ser humano.

Entonces Tío Pío se sintió obligado a emplear un medio fuerte. —Siendo así —dijo—, págame el dinero que me debes.

Camila se quedó callada, confusa. Se dijo: «La vida es demasiado espantosa para sobrellevarla. ¿Cuándo me moriré?». Pasado un momento le respondió con voz ronca:

—Tengo muy poco dinero. Te pagaré lo que pueda. Te pagaré ahora. Aquí tengo unas pocas joyas. Así no necesitamos volvernos a ver en la vida.

Se avergonzaba de su pobreza. Dio unos cuantos pasos, luego se volvió y dijo:

—Ahora veo que eres un hombre muy duro. Pero es justo que te pague lo que te debo.

—No, Camila. Sólo lo he dicho para dar fuerza a mi petición. Nunca tomaré dinero tuyo. Pero préstame un año a don Jaime. Le tendré cariño y me cuida-

every care of him. Did I harm you? Was I a bad teacher to you in those other years?"

"It is cruel of you to keep urging gratitude, gratitude, gratitude. I was grateful, good, good! but now that I am no longer the same woman there remains nothing to be grateful for." There was a silence. Her eyes were resting on the star that seemed to be leading forth the whole sky in its wonder. A great pain lay at her heart, the pain of a world that was meaningless. Then she said: "If Jaime wishes to go with you, very well. I shall talk to him in the morning. If he wishes to go with you, you will find him at the Inn about noon. Good night. Go with God."

"Go with God. "

She returned to the house. The next day the grave little boy appeared at the Inn. His fine clothes were torn and stained now and he carried a small bundle for change. His mother had given him a gold piece for spending money and a little stone that shone in the dark to look at in his sleepless nights. They set off together in a cart, but soon Uncle Pio became aware that the jolting was not good for the boy. He carried him on his shoulder. As they drew near to the bridge of San Luis Rey, Jaime tried to conceal his shame for he knew that one of those moments was coming that separated him from other people. He was especially ashamed because Uncle Pio had just overtaken a friend of his, a sea-captain. And just as they got to the bridge he spoke to an old lady who was travelling with a little girl. Uncle Pio said that when they had crossed the bridge they would sit down and rest, but it turned out not to be necessary.

ré de él. ¿Tan mal lo hice contigo? ¿Fui mal maestro para ti en aquellos años?

—Es cruel por tu parte estar siempre exigiendo gratitud, gratitud, gratitud. Yo sabía agradecer... ¡bien, bien! [121] Pero ahora, como no soy la misma mujer, no tengo nada que agradecerle a nadie.

Reinó el silencio. Los ojos de Camila miraban al lucero que parecía guiar al cielo entero en su maravilla. Tenía en el corazón un gran dolor: el dolor de un mundo que ya no tenía sentido. Luego dijo:

—Si Jaime se quiere ir contigo, está bien. Le hablaré esta misma mañana. Si quiere irse, le encontrarás en la posada a eso de mediodía. Buenas noches. Con Dios.

15

—Con Dios.

Camila volvió a entrar en la casa. Al día siguiente el muchacho muy serio apareció en la posada. Sus ricas ropas estaban sucias y rotas y llevaba un hatillo para mudarse. Su madre le había dado una moneda de oro para gastar y una piedrecita que brillaba en la oscuridad, para que la mirase en sus noches de insomnio. Se sentaron los dos en un carricoche, pero pronto el Tío Pío se dio cuenta de que las sacudidas no eran buenas para el muchacho. Le llevó a hombros. Cuando se acercaron al puente de San Luis Rey, Jaime intentó ocultar su vergüenza porque sabía que iba a llegar uno de esos momentos que le separaban de la demás gente. Le daba vergüenza especialmente porque el Tío Pío había dado alcance a su amigo, un capitán de barco. Y justo cuando llegaron al puente, habló a una señora que iba viajando con una niña. El Tío Pío dijo que después que cruzaran el puente se sentarían a descansar, pero resultó no ser necesario. [122]

40

45

50

PERHAPS AN INTENTION

A NEW bridge of stone has been built in the place 5 of the old, but the event has not been forgotten. It has passed into proverbial expressions. "I may see you Tuesday," says a Limean, "unless the bridge falls."

"My cousin lives by the bridge of San Luis Rey," 10 says another, and a smile goes around the company, for that also means under the sword of Damocles. There are some poems about the accident, classics to be found in every Peruvian anthology, but the real literary monument is Brother Juniper's book.

There are a hundred ways of wondering at circumstance. Brother Juniper would never have arrived at his method had it not been for his friendship with a certain master in the University 20 of San Martín. This student's wife had stolen away one morning on a boat for Spain, following a soldier, and had left him the care of two daughters in their cradle. He was possessed of all the bitterness that Brother Juniper lacked and derived a sort of joy from the conviction that all was wrong in the world. He whispered into the Franciscan's ear such thoughts and anecdotes as belied the motion of a guided world. For a moment a look of distress, almost of defeat, would come into the Brother's eyes; then he would begin patiently explaining why such stories held no difficulty for a believer. "There was a queen of Naples and Sicily," the student would say, "who discovered that she was carrying an angry tumour in her side. In great dismay she 35 commanded her subjects to fall to their prayers and ordered that all the garments in Sicily and Naples be sewn with votive crosses. She was well loved by her people and all their prayers and embroideries were sincere, but ineffectual. Now she lies in the splendor of Monreale, and a few inches above her heart may be read the words: *I shall fear no evil.*"

It was by dint of hearing a great many such sneers at faith that Brother Juniper became convinced that 45 the world's time had come for proof, tabulated proof, of the conviction that was so bright and exciting within him. When the pestilence visited his dear village of Puerto and carried off a large number of peasants, he secretly drew up a diagram of the characteristics of fifteen victims and fifteen survivors, 50 the statistics of their value *sub specie aeternitatis*. Each soul was rated upon a basis of ten as regards its goodness, its diligence in religious observance, and

ACASO UNA INTENCIÓN

Un puente nuevo de piedra se ha construido en lugar del viejo, pero el acontecimiento no se ha olvidado. Ha dado origen a gran número de expresiones proverbiales. «Hasta el martes —dice un limeño—, si no se cae el puente.»

«Mi primo vive en el puente de San Luis Rey», dice otro, y todos los que le oyen sonrían porque quiere decir: bajo la espada de Damocles. Hay algunos poemas clásicos, que se refieren al accidente, que se encuentran en todas las antologías peruanas, pero el monumento literario verdadero es el libro del hermano junípero. 15

Hay cientos de maneras de considerar las circunstancias. El hermano junípero nunca hubiera llegado a crear su método de no haber sido por su amistad con cierto maestro de la Universidad de San Martín. La mujer de tal erudito se había escapado una mañana en un barco con rumbo a España para seguir a un soldado, y le había dejado el cuidado de dos hijitas aún en la cuna. Estaba henchido de toda la amargura de que carecía el hermano junípero y sacaba una especie de gozo en el convencimiento de que en el mundo todo andaba mal. Murmuraba al oído del franciscano pensamientos y anécdotas que daban un mentís a la idea de que alguien guiaba el mundo. Durante un momento, una expresión de angustia, casi [125] de derrota, aparecía en los ojos del hermano Junípero; luego empezaba a explicar con paciencia por qué tales cuentos no suscitaban dificultades para ningún creyente.

—Hubo una reina de Nápoles y Sicilia —decía el erudito— que descubrió que tenía en un costado un tumor maligno. Con gran angustia, mandó que sus súbditos rezaran por ella y ordenó que sobre todas las ropas de los habitantes de Sicilia y Nápoles se cosieran cruces votivas. El pueblo la quería y todas sus plegarias y cruces bordadas fueron sinceras, pero 40 ineficaces. Ahora yace en el esplendor de Monreale, y pocas pulgadas más arriba de su corazón pueden leerse las palabras: NADA TEMERÉ.

A fuerza de escuchar muchas burlas contra su fe, el hermano Junípero se convenció de que había llegado para el mundo la hora de una prueba, prueba sinóptica, esto es en forma de tabla, del convencimiento interior que a él le causaba tanta emoción y alegría. Cuando la peste visitó su amada aldea de Puerto y se llevó a gran número de aldeanos, trazó en secreto un diagrama de las características de su valor *sub specie aeternitatis*. Clasificó cada una de las almas sobre una base de diez puntos en lo referente a su bondad, diligencia en la observancia religiosa, 50

its importance to its family group. Here is a fragment of this ambitious chart:

e importancia dentro del grupo familiar. He aquí un fragmento de aquel mapa ambicioso:

	<i>Goodness</i>	<i>Piety</i>	<i>Usefulness</i>		BONDAD	PIEDAD	UTILIDAD	
				5				
Alfonso G.	4	4	10		Alfonso G.	4	4	10
Nina	2	5	10		Nin	2	5	10
Manuel B.	10	10	0	10	Manuel B.	10	10	0
Alfonso V.	-8	-10	10		Alfonso V.	—8	—10	0
Vera N.	0	10	10		Vera N.	0	10	10 [126]

15

The thing was more difficult than he had foreseen. Almost every soul in a difficult frontier community turned out to be indispensable economically, and the third column was all but useless. The examiner was driven to the use of minus terms when he confronted the personal character of Alfonso V., who was not, like Vera N., merely bad: he was a propagandist for badness and not merely avoided church but led others to avoid it. Vera N. was indeed bad, but she was a model worshipper and the mainstay of a full hut. From all this saddening data Brother Juniper contrived an index for each peasant. He added up the total for victims and compared it with the total for survivors, to discover that the dead were five times more worth saving. It almost looked as though the pestilence had been directed against the really valuable people in the village of Puerto. And on that afternoon Brother Juniper took a walk along the edge of the Pacific. He tore up his findings and cast them into the waves; he gazed for an hour upon the great clouds of pearl that hang forever upon the horizon of that sea, and extracted from their beauty a resignation that he did not permit his reason to examine. The discrepancy between faith and the facts is greater than is generally assumed.

La cosa era más difícil de lo que había previsto. Casi todas las almas en una aldea fronteriza resultaban ser indispensables económicamente, y la tercera columna era poco menos que inútil. El examinador se vio obligado a usar el signo *menos* al confrontar el carácter personal de Alfonso V., que no era como Vera sencillamente malo: era un propagandista de la maldad, y no sólo evitaba la iglesia, sino que incitaba a otros a desdeñarla. Vera N. era verdaderamente mala, pero era un modelo de asiduidad al culto y un puntal primordial para llenar la capilla.

Con tan entristecedores datos, el hermano Junípero formó un índice de todos los aldeanos. Sumó el total de víctimas y lo comparó con el de supervivientes, para descubrir que los muertos eran cinco veces más dignos de haber sido salvados que los vivos. Casi parecía que la peste se había dirigido contra la gente que en realidad valía algo en la aldea de Puerto. Y aquella tarde, el hermano Junípero dio un paseo a lo largo de la costa del Pacífico. Rompió sus hallazgos y arrojó los pedazos de papel a las olas; contempló durante una hora las grandes nubes color de perla que colgaban como siempre en el horizonte de aquel mar, y extrajo de su belleza una resignación que no permitió a su razón que examinase. La discrepancia entre la fe y los hechos es mayor de lo que generalmente se presume.

40

But there was another story of the master of San Martin. (not so subversive, this one) that probably gave to Brother Juniper the hint for his procedure after the fall of the bridge of San Luis Rey.

Pero otro de los cuentos del maestro de la Universidad de San Martín (éste no tan subversivo) probablemente sugirió al hermano junípero su modo de proceder después de la caída del puente de San Luis Rey.

45

This master was one day walking through the Cathedral of Lima and stopped to read the epitaph of a lady. He read with an increasingly prominent lower lip that she had been for twenty years the centre and joy of her home, that she had been the delight of her friends, that all who met her went away in astonishment at her goodness and beauty, and that there she lay

El maestro estaba un día paseando por el interior de la catedral de Lima, y se detuvo a leer el epitafio de una [127] dama. Leyó, alargando cada vez más el desdeñoso labio inferior, que durante muchos años la difunta había sido centro y alegría de su hogar, delicia de sus amigos, que todos los que a ella se acercaban se asombraban ante su bondad y su hermosura, y que allí descansaba esperando la vuelta de su Señor.

awaiting the return of her Lord. Now on the day that he read these words, the master of San Martín had had much to fret him, and raising his eyes from the tablet he spoke aloud in his rage: "The shame of it, the persecution of it! Everyone 5 knows that in the world we do nothing but feed our wills. Why perpetuate this legend of selflessness? Why keep this thing alive, this rumour of disinterestedness?"

And so saying he resolved to expose this conspiracy of the stone-cutters. The lady had been dead only twelve years. He sought out her servants, her children and her friends. And everywhere he went, like a perfume, her dear traits had survived 15 her and wherever she was mentioned there arose a suffering smile and the protest that words could not describe the gracious ways of her. Even the eager youth of her grandchildren, who had never seen her, was made more difficult by the news that it was 20 possible to be as good as that. And the man stood amazed; only at last he muttered: "Nevertheless, what I said was true. This woman was an exception, perhaps an exception."

In compiling his book about these people Brother Juniper seemed to be pursued by the fear that in omitting the slightest detail he might lose some guiding hint. The longer he worked the more he felt that he was stumbling about among great 30 dim intimations. He was forever being cheated by details that looked as though they were significant if only he could find their setting. So he put everything down on the notion perhaps that if he (or a keener head) reread the book twenty times, 35 the countless facts would suddenly start to move, to assemble, and to betray their secret. The Marquesa de Montemayor's cook told him that she lived almost entirely on rice, fish and a little fruit, and Brother Juniper put it down on the chance that 40 it would some day reveal a spiritual trait. Don Rubío said of her that she used to appear at his receptions without invitation in order to steal the spoons. A midwife on the edge of the town declared that Doña María called upon her with 45 morbid questions until she had been obliged to order her away from the door like a beggar. The bookseller of the town reported that she was one of the three most cultivated persons in Lima. Her farmer's wife declared that she was absent- 50 minded, but compact of goodness. The art of biography is more difficult than is generally supposed.

Ahora bien, el día en que acertó a leer aquellas palabras, el maestro de San Martín había tenido muchas contrariedades irritantes, y levantando los ojos de la lápida, dijo rabioso y en voz alta: «¡Qué vergüenza! ¡Qué estupidez! Todo el mundo sabe que en la vida no hacemos otra cosa que satisfacer nuestros deseos. ¿Por qué perpetuar esa leyenda de la abnegación? ¿Por qué contribuir a que siga viviendo esa impostura del desinterés?».

Y, al decirlo, decidió poner en claro esta conspiración de los tallistas de piedras funerarias. La señora había muerto hacía doce años. Buscó a sus criados, a sus hijos, a sus amigos. Y por todos los lugares a que acudió, como un perfume, sus rasgos queridos la habían sobrevivido y dondequiera que alguien la mencionaba, surgía una sonrisa doliente y la afirmación de que no había palabras con que decir la gracia de todas sus acciones. Hasta la viva juventud de sus nietos se angustiaba al saber que era posible ser tan bueno como ella. Y el hombre se quedó asombrado. Por fin, murmuró: «Sin embargo, lo que yo digo es cierto. Por lo visto, aquella mujer era una excepción, tal vez una excepción».

Al compilar su libro sobre aquellas víctimas del puente de San Luis Rey, el hermano Junípero parecía sentirse perseguido por el temor de que al prescindir del detalle más mínimo podía dejar escapar alguna sugestión que le sirviese de guía. Cuanto más trabajaba, más sentía que estaba [128] tropezando y cayendo entre indicios cada vez más confusos. Siempre se enredaba como entre las mallas de una red en detalles que al parecer serían significativos si encontraba su verdadero engarce. Así es que lo anotaba todo con la esperanza de que tal vez él mismo (o acaso algún entendimiento más agudo que el suyo), volviendo a leer veinte veces el libro, lograra que los hechos de pronto se pusieran en movimiento, se unieran y traicionaran el secreto. La cocinera de la marquesa de Montemayor le dijo que se alimentaba casi exclusivamente de arroz, pescado y un poco de fruta, y el hermano junípero lo anotó pensando en la probabilidad de que algún día ello revelaría algún rasgo espiritual. Don Rubío le dijo que la marquesa acostumbraba a aparecer en sus recepciones, sin que la hubiese invitado, para robar las cucharas de plata. Una comadrona de los suburbios de la ciudad declaró que doña María había ido tantas veces a hacerle preguntas morbosas que se había visto obligada a arrojarla de su puerta como a una mendiga. El librero de la ciudad aseguró que era una de las tres personas más cultas de Lima. La mujer de su hortelano declaró que era muy distraída, pero buenísima. El arte de la biografía es más difícil de lo que generalmente se supone.

Brother Juniper found that there was least to be learned from those who had been most closely associated with the subjects of his inquiry. Madre María del Pilar talked to him at length about Pepita, but she did not tell him of her own ambitions for her. The Perichole was at first difficult of approach, but presently even liked the Franciscan. Her characterization of Uncle Pio flatly contradicted the stores of unsavory testimonies that he had acquired elsewhere. Her allusions to her son were few and conceded with pain. They closed the interview abruptly. The Captain Alvarado told what he could of Esteban and of Uncle Pio. Those who know most in this realm, venture least.

I shall spare you Brother Juniper's generalizations. They are always with us. He thought he saw in the same accident, the wicked visited by destruction and the good called early to Heaven. He thought he saw pride and wealth confounded as an object lesson to the world, and he thought he saw humility crowned and rewarded for the edification of the city. But Brother Juniper was not satisfied with his reasons. It was just possible that the Marquesa de Montemayor was not a monster of avarice, and Uncle Pio of self-indulgence.

The book being done fell under the eyes of some judges and was suddenly pronounced heretical. It was ordered to be burned in the Square with its author. Brother Juniper submitted to the decision that the devil had made use of him to effect a brilliant campaign in Peru. He sat in his cell that last night trying to seek in his own life the pattern that had escaped him in five others. He was not rebellious. He was willing to lay down his life for the purity of the church, but he longed for one voice somewhere to testify for him that his intention, at least, had been for faith; he thought there was no one in the world who believed him. But the next morning in all that crowd and sunlight there were many who believed for he was much loved.

There was a little delegation from the village of Puerto, and Nina (Goodness 2, Piety 5, Usefulness 10) and others stood with drawn puzzled faces while their little friar was given to the congenial flames. Even then, even then, there remained in his heart an obstinate nerve insisting that at least St. Francis would not utterly have condemned him, and (not daring to call upon a greater name, since he seemed so open to error in these matters) he called twice upon St. Francis and leaning upon a flame he smiled and died.

El hermano Junípero se encontró con que se aprendía mucho menos acerca de aquellos cuya vida se estaba investigando cuando se interrogaba a las personas de quienes habían estado más cerca. La madre María del Pilar le habló largamente de Pepita, pero nada le dijo de sus propias ambiciones respecto a ella. En un principio, fue difícil entenderse con la Perichole, pero después llegó incluso a tomar cariño al franciscano. El retrato que hizo [129] del Tío Pío contradecía en absoluto los montones de testimonios estúpidos que en otras partes había ido adquiriendo. Las alusiones de Camila a su hijo fueron pocas y trabajosas de lograr. Cerraron la entrevista abruptamente. El capitán Alvarado dijo lo que pudo de Esteban y del Tío Pío. Los que entienden más de estas cosas son los que se aventuran a decir menos.

Nos ahorraremos las generalizaciones del hermano junípero. Siempre las tenemos a mano. Pensó ver en el mismo accidente a los malos castigados con la destrucción y a los buenos llamados más pronto a los cielos. Pensó ver el orgullo y la riqueza confundidos como lección de cosas para el mundo, y pensó ver la humildad coronada y recompensada para edificación de la ciudad. Pero el hermano junípero no estaba satisfecho de sus propios razonamientos. Había alguna posibilidad de que la marquesa de Montemayor no fuese un monstruo de avaricia y el Tío Pío un monstruo de indulgencia para consigo mismo.

Compuesto el libro, cayó bajo los ojos de unos cuantos jueces, y se le declaró herético. Se ordenó que se quemara en la plaza pública con su autor. El hermano junípero asintió a la decisión de que el diablo había hecho uso de él para llevar a cabo una brillante campaña en el Perú. La última noche se estuvo sentadito en su celda, intentando buscar en su propia vida el patrón que no había acertado a descubrir en las otras cinco. No era un rebelde. Estaba dispuesto a dar con gusto la vida por la pureza de la Iglesia, pero ansiaba oír una voz que, viniendo de alguna parte, atestiguase que por lo menos su intención había sido en favor de la fe. Pensó que nadie lo había creído. Pero a la mañana siguiente, en toda aquella multitud, [130] bajo toda aquella luz de sol, hubo muchos que le creyeron porque muchos le querían.

Acudió una pequeña delegación de la aldea de Puerto, y Nina (Bondad, 2; Piedad, 5; Utilidad, 10) y otros estuvieron en pie con el rostro angustiado e intrigado mientras entregaban a las compasivas llamas a su frailecico. Hasta entonces, hasta entonces, quedaba en su corazón un nervio obstinado en insistir que al menos san Francisco no había de condenarle del todo, y (no atreviéndose a llamar a un nombre más alto, puesto que parecía tan propenso a error en tales materias) clamó dos veces a san Francisco, e inclinándose sobre una llama, sonrió y murió.

The day of the service was clear and warm. The Limeans, their black eyes wide with awe, poured through the streets into their Cathedral and stood gazing at the mound of black velvet and silver. The Archbishop enclosed in his wonderful and almost wooden vestments perspired upon his throne, lending from time to time a connoisseur's ear to the felicities of Vittoria's counterpoint. The choir had restudied the pages that, as his farewell to music, Tomás Luis had composed for his friend and patron, the Empress of Austria, and all that grief and sweetness, all that Spanish realism filtering through an Italian mode, rose and fell above the sea of mantillas. Don Andrés, under the colours and feathered hangings of his office, knelt, ill and troubled. He knew that the crowd was furtively glancing at him, expecting him to play the father who has lost his only son. He wondered whether the Perichole was present. He had never been obliged to go so long without smoking. The Captain Alvarado pushed in from the sunny square for a moment. He looked across the fields of black hair and lace at the trooping of the candles and the ropes of incense. "How false, how unreal," he said and pushed his way out. He descended to the sea and sat on the edge of his boat, gazing down into the clear water. "Happy are the drowned, Esteban," he said.

Behind the screen the Abbess sat among her girls. The night before she had torn an idol from her heart and the experience had left her pale but firm. She had accepted the fact that it was of no importance whether her work went on or not; it was enough to work. She was the nurse who tends the sick who never recover; she was the priest who perpetually renews the office before an altar to which no worshippers come. There would be no Pepita to enlarge her work; it would relapse into the indolence and the indifference of her colleagues. It seemed to be sufficient for Heaven that for a while in Peru a disinterested love had flowered and faded. She leaned her forehead upon her hand, following the long tender curve that the soprano lifts in the Kyrie. "My affection should have had more of that colour, Pepita. My whole life should have had more of that quality. I have been too busy," she added ruefully and her mind drifted into prayer.

Camila had started from the farm to attend the service. Her heart was filled with consternation and amazement. Here was another comment from the skies; that was the third time she had been spoken to. Her small-pox, Jaime's illness, and now the fall of the bridge,—oh, these were not

El día del funeral fue claro y caluroso. Los limeños, con sus ojos negros llenos de temor reverencial, llenaron las calles dirigiéndose a la catedral, y contemplaban la montaña de terciopelo negro y plata. El arzobispo, encerrado en sus maravillosas, casi leñosas vestiduras, transpiraba en su trono, prestando de vez en cuando el oído de quien sabe el valor de lo que está oyendo a las felicidades del contrapunto de Victoria. El coro había vuelto a estudiar las páginas que, como adiós a la música, Tomás Luis compusiera para su gran amiga y protectora la emperatriz de Austria, y toda aquella pena y suavidad, todo aquel realismo español filtrándose a través del modo italiano caía sobre el mar de mantillas. Don Andrés, bajo los colores y colgajos de plumas de su oficio, estaba de rodillas, enfermo y conturbado. Sabía que la multitud le miraba a hurtadillas, esperando que representase el papel de padre que ha perdido [131] su único hijo. Se preguntaba si estaría en el templo la Perichole. Nunca se había visto obligado a pasar tanto tiempo sin fumar. El capitán Alvarado entró un momento desde la plaza llena de sol. Miró a través de los campos de cabellos negros y encajes el titilar de los cirios y las cuerdas de incienso: « ¡Qué falso, qué ficticio!», dijo, y volvió a salir. Bajó al mar y se sentó en la borda de su bote, mirando al agua clara. «Felices los ahogados, Esteban», dijo.

Detrás de la cortina del coro, la abadesa estaba sentada entre sus asiladas. La noche anterior se había arrancado del corazón un ídolo y la hazaña la había dejado pálida, pero firme. Había aceptado el hecho de que no tenía importancia que su trabajo diera resultado o dejase de darlo; con trabajar bastaba. Era la enfermera que atiende a los enfermos incurables; era el sacerdote que perpetuamente renueva el oficio ante un altar al que no acuden fieles. Ya no habría Pepita para agrandar su obra; volvería a recaer en la indolencia y la indiferencia de sus colegas. Parecía bastarle al Cielo con que por un poco de tiempo, en el Perú, hubiese florecido y se hubiese marchitado un amor desinteresado. Apoyaba su frente en la mano, siguiendo la tierna y larga curva que el soprano levanta en el Kyrie. «Mi cariño debiera haber tenido más color como éste, Pepita. Toda mi vida hubiera debido tener más calidad, como la de esta música. He estado demasiado atareada», añadía con tristeza, y su mente volvía a la oración.

Camila había salido del rancho para asistir al funeral. Su corazón estaba lleno de consternación y espanto. Éste era otro comentario de los cielos; era la tercera vez que el Cielo le había hablado. Las viruelas, la enfermedad de Jaime, y ahora, la caída del puente... ¡Ay, no eran accidentes! [132] Se sentía tan

accidents. She was as ashamed as though letters had appeared on her forehead. An order from the Palace announced that the Viceroy was sending her two daughters to a convent-school in Spain. That was right. She was alone. She gathered a few things together mechanically and started to the city for the Service. But she fell to thinking of the crowds gaping over her Uncle Pio and over her son; she thought of the vast ritual of the church, like a chasm into which the beloved falls, and of the storm of the *dies irae* where the individual is lost among the millions of the dead, features grow dim and traits fade. At a little more than half the journey, at the mud church of San Luis Rey she slipped in and knelt against a pillar to rest. She wandered through her memory, searching for the faces of her two. She waited for some emotion to appear. "But I feel nothing," she whispered to herself. "I have no heart. I am a poor meaningless woman, that's all. I am shut out. I have no heart. Look, I won't try and think of anything; let me just rest here." And scarcely had she paused when again that terrible incommunicable pain swept through her, the pain that could not speak once to Uncle Pio and tell him of her love and just once offer her courage to Jaime in his sufferings. She started up wildly: "I fail everybody," she cried. "They love me and I fail them." She returned to the farm and carried for a year the mood of her self-despair. One day she heard by accident that the wonderful Abbess had lost two persons whom she loved in the same accident. Her sewing fell from her hand: then she would know, she would explain. "But no, what would she say to me! She would not even believe that such a person as I could love or could lose." Camila decided to go to Lima and look at the Abbess from a distance. "If her face tells me that she would not despise me, I will speak to her," she said.

Camila lurked about the convent church and fell humbly in love with the homely old face, though it frightened her a little. At last she called upon her.

"Mother," she said, "I... I..."

"Do I know you, my daughter?"

"I was the actress, I was the Perichole."

"Oh, yes. Oh, I have wished to know you for a long while, but they told me you did not wish to be seen. You too, I know, lost in the fall of the bridge of San..."

avergonzada como si llevara un escrito en la frente. Una orden de palacio anunciaba que el virrey enviaba a sus dos hijas a ser educadas a un convento en España. Era justo. Estaba sola. Había recogido unas cuantas cosas mecánicamente y se había puesto en marcha hacia la ciudad para asistir al funeral. Pero empezó a pensar en las multitudes que estarían mirando al Tío Pío y a su hijo, pensó en el imponente ritual de la Iglesia, como un barranco en que caen los amados, pensó en la tormenta de los *dies irae* en que el individuo se pierde entre millones de muertos, las facciones se confunden y los rasgos se desvanecen. A poco más de la mitad del viaje se detuvo en la iglesia de adobes de San Luis Rey y se arrodilló junto a un pilar para descansar. Vagabundeó por entre sus recuerdos, buscando los rostros de sus dos muertos. Esperó algún tiempo a que apareciese alguna emoción. «¡Pero si no siento nada! —murmuró—. No tengo corazón. Soy una pobre mujer sin sentido, eso es todo. Estoy fuera de todo. No tengo corazón. Mirad, no intentaré pensar en nada, dejadme sólo descansar aquí.» Y apenas había pensado esto de nuevo pareció inundarla aquel dolor terrible e incommunicable, el dolor de que ni una sola vez pudo hablar al Tío Pío y expresarle su cariño, y que le impidiera ni siquiera una vez dar ánimos a Jaime en sus sufrimientos. Empezó a decir desesperadamente: «¡Con todos estoy en falta! —gritaba—. ¡Me quieren, y yo les fallo siempre! ». Se volvió al rancho y durante un año soportó en soledad su desesperación. Un día oyó por azar que la maravillosa abadesa había perdido dos personas queridas en el mismo accidente. La labor de costura se le cayó de las manos; siendo así, *ella* sabría, ella podría explicarle. «Pero, no; ¿qué me va a decir? [133] Ni siquiera querría creer que alguien como yo sea capaz de amar ni pueda perder. » Camila decidió ir a Lima y ver a la abadesa de lejos. «Si su cara me dice que no va a despreciarme, le hablaré», se dijo.

Camila anduvo acechando por los alrededores del convento y se enamoró humildemente del rostro feo y viejo, aunque le asustaba un tanto. Por fin, fue a visitarla.

—Madre —dijo—. Yo... yo...

—Je conozco, hija mía?

Yo era la actriz, era la Perichole.

—¡Oh, sí! Hace mucho que deseo conoceros, pero me decían que no os gustaba que nadie os viese. También vos, lo sé, perdisteis en la caída del puente de...

Camila rose and swayed. There! again that access of pain, the hands of the dead she could not reach. Her lips were white. Her head brushed the Abbess's knee: 5
 "Mother, what shall I do? I am all alone. I have nothing in the world. I love them. What shall I do?"

The Abbess looked at her closely. "My daughter, it is warm here. Let us go into the garden. You can rest there." She made a sign to a girl in the cloister to bring some water. She continued talking mechanically to Camila. "I have wished to know you for a long while, señora. Even before the accident I had wished 15 much to know you. They told me that in the *autos sacramentales* you were a very great and beautiful actress, in *Belshazzar's Feast*."

"Oh, Mother, you must not say that. I am a sinner. 20 You must not say that."

"Here, drink this, my child. We have a beautiful garden, do you not think so? You will come and see us often and some day you will meet Sister Juana who 25 is our gardener-in-chief. Before she entered religion she had almost never seen a garden, for she worked in the mines high up in the mountains. Now everything grows under her hand. A year has gone by, señora, since our accident. I lost two who had been children 30 in my orphanage, but you lost a real child of your own?"

"Yes, Mother."

"And a great friend?"

"Yes, Mother."

"Tell me...."

And then the whole tide of Camila's long despair, her lonely obstinate despair since her girlhood, found its rest on that dusty friendly lap among Sister Juana's fountains and roses.

But where are sufficient books to contain the events that would not have been the same without the fall of the bridge? From such a number I choose one more.

"The Condesa d'Abuirre wishes to see you," said a lay-sister at the door of the Abbess's office.

Camila se levantó y se tambaleó. Allí estaba de nuevo el acceso de dolor, las manos de los muertos que no podía alcanzar. Tenía los labios blancos. Su frente rozó las rodillas de la abadesa.

—Madre —exclamó—, ¿qué voy a hacer? Estoy sola. No tengo nada en el mundo. Los quiero. ¿Qué hago?

La abadesa la miró con atención.

—Hija, aquí hace mucho calor. Vamos al jardín. Allí podréis descansar.

Indicó por señas a una muchacha que trajese agua. Continuó hablando a Camila mecánicamente:

—Sí, hace mucho tiempo que deseaba conoceros, señora. Hasta antes del accidente había deseado mucho conoceros. Me dijeron que en los autos sacramentales erais una actriz muy grande y muy hermosa, en *El festín de Baltasar*, por ejemplo.

—¡Ay madre, no diga eso! Soy una pecadora, ¡no debe decir eso! [134]

—¡Ea!, bebed esto, hija mía. Tenemos un jardín hermoso, ¿no os parece? Venid a vernos a menudo y conoceréis a sor Juana, que es nuestra jardinera en jefe. Antes de entrar en religión nunca había visto un jardín porque trabajaba en las minas, allí en lo alto de los montes. Ahora, todo crece bajo sus manos... Hace un año, señora, desde nuestro accidente, yo perdí dos que habían sido niños de mi orfanato, pero vos perdisteis nada menos que a un hijo, ¿no?

—Sí, madre.

35

—¿Ya un gran amigo?

—Sí, madre.

40

—Contadme...

Y toda la marea de la larga desesperación de Camila, su desolación solitaria desde la niñez, encontró descanso en aquel regazo polvoriento y amigo, entre las fuentes y las 45 rosas de sor Juana.

Mas adónde habrá libros suficientes para contener los acontecimientos que no habrían sido los mismos si no se hubiera caído el puente? De entre tantos, elegiré 50 al menos uno más.

—La condesa de Abuirre desea ver a vuestra caridad —dijo una hermana lega desde la puerta del despacho.

“Well,” Said the Abbess, laying down her pen, “who is she?”

—Está bien —dijo la madre María del Pilar, soltando la pluma—. ¿Quién es?

“She has just come from Spain. I don't know.”

—Acaba de llegar de España. No lo sé.

“Oh, it is some money, Inez, some money for my house for the blind. Quick, bid her come in.”

—¡Ay, puede que sea algo de dinero, algo de dinero para mi casa de los ciegos! Que entre. Deprisa. [135]

The tall, rather languorous beauty entered the room. Doña Clara, who was generally so adequate, seemed constrained for once. “Are you busy, dear Mother, may I talk to you for a while?”

Entró en la habitación la alta y más bien lánguida beldad. Doña Clara, que siempre dominaba la situación, por esta vez parecía estar un tanto indecisa.

—Madre, estáis ocupada ¿puedo hablaros aunque sea un momento?

“I am quite free, my daughter. You will excuse an old woman's memory; have I known you before?”

—Estoy a vuestra completa disposición, hija mía. Perdonaréis la falta de memoria de una anciana. ¿Os he conocido antes?

“My mother was the Marquesa de Montemayor...” Doña Clara suspected that the Abbess had not admired her mother and would not let the older woman speak until she herself had made a long passionate defense of Doña María. The languor fell away in her self-approach. At last the Abbess told her of Pepita and Esteban, and of Camila's visit. “All, all of us have failed. One wishes to be punished. One is willing to assume all kinds of penance, but do you know, my daughter, that in love—I scarcely dare say it—but in love our very mistakes don't seem to be able to last long?”

—Mi madre fue la marquesa de Montemayor...

Doña Clara sospechaba que la abadesa no había sido una admiradora de su madre, y no quería que empezase a hablar hasta que ella hubiese hecho una larga y apasionada defensa de doña María. Su languidez desapareció en su acto de contrición; después, la abadesa habló de Pepita y Esteban y de la visita de Camila.

—Todos nosotros hemos faltado en algo. Todos deseamos que se nos castigue. Sí, estamos dispuestos a aceptar toda clase de penitencia; pero, hija mía, habéis de saber que en el amor (apenas me atrevo a decirlo), en el amor, hasta nuestros errores no parecen durar mucho tiempo.

The Condesa showed the Abbess Doña María's last letter. Madre María dared not say aloud how great her astonishment was that such words (words that since then the whole world has murmured over with joy) could spring in the heart of Pepita's mistress. “Now learn,” she commanded herself, “learn at last that anywhere you may expect grace.” And she was filled with happiness like a girl at this new proof that the traits she lived for were everywhere, that the world was ready. “Will you do me a kindness, my daughter? Will you let me show you my work?”

La condesa mostró a la abadesa la última carta de doña María. La madre María del Pilar no se atrevió a decir en alta voz cuán grande fue su asombro al leer tales palabras (palabras que, desde entonces, el mundo entero ha murmurado con gozo), y pensar que hubieran podido brotar en el corazón de la señora de Pepita: «Aprende ahora —se dijo—, aprende, al fin, que de dondequiera que sea puedes esperar la gracia». Y se sintió llena de felicidad, como una chiquilla, ante aquella nueva prueba de que las características humanas para las cuales vivía estaban en todas partes, de que el mundo estaba pronto a darles cabida. [136]

—Hija mía, ¿queréis hacerme un favor? Desearía mostraros mi obra.

The sun had gone down, but the Abbess led the way with a lantern down corridor after corridor. Doña Clara saw the old and the young, the sick and the blind, but most of all she saw the tired, bright old woman who was leading her. The Abbess would stop in a passageway and say suddenly: “I can't help thinking that something could be done for the deaf-and-dumb. It seems to me that some patient person could, ... could

El sol se había puesto, pero la abadesa fue mostrando el camino, corredor tras corredor, con una linterna. Doña Clara vio a las viejas y a las jóvenes, a las enfermas y a las ciegas, pero sobre todo vio a la mujer fatigada y animosa que la iba guiando.

La abadesa se detuvo en un pasillo y dijo:

—No puedo menos de pensar que podría hacerse algo por los sordomudos. Se me antoja que alguien, a fuerza de

study out a language for them. You know there are hundreds and hundreds in Peru. Do you remember whether anyone in Spain has found a way for them? Well, some day they will." Or a little later: "Do you know, I keep thinking that something can be done for the insane. I am old, you know, and I cannot go where these things are talked about, but I watch them sometimes and it seems to me... In Spain, now, they are gentle with them? It seems to me that there is a secret about it, just hidden from us, just around the corner. Some day back in Spain, if you hear of anything that would help us, you will write me a letter... if you are not too busy?"

At last after Doña Clara had seen even the kitchens, the Abbess said: "Now will you excuse me, for I must go into the room of the very sick and say a few words for them to think about when they cannot sleep. I will not ask you to come with me there, for you are not accustomed to such... such sounds and things. And besides I only talk to them as one talks to children." She looked up at her with her modest rueful smile. Suddenly she disappeared a moment to return with one of her helpers, one who had likewise been involved in the affair of the bridge and who had formerly been an actress. "She is leaving me," said the Abbess, "for some work across the city and when I have spoken here I must leave you both, for the flour-broker will not wait for me any longer, and our argument will take a long time."

But Doña Clara stood in the door as the Abbess talked to them, the lamp placed on the floor beside her. Madre María stood with her back against a post; the sick lay in rows gazing at the ceiling and trying to hold their breaths. She talked that night of all those out in the dark (she was thinking of Esteban alone, she was thinking of Pepita alone) who had no one to turn to, for whom the world perhaps was more than difficult, without meaning. And those who lay in their beds there felt that they were within a wall that the Abbess had built for them; within all was light and warmth, and without was the darkness they would not exchange even for a relief from pain and from dying. But even while she was talking, other thoughts were passing in the back of her mind. "Even now," she thought, "almost no one remembers Esteban and Pepita, but myself. Camila alone remembers her Uncle Pio and her son; this woman, her mother. But soon we shall die and all memory of those five will have left

paciencia..., podría estudiar un lenguaje para ellos. Hay cientos y cientos en el Perú. ¿Recordáis si alguien en España ha encontrado modo de que hablen? Algún día se encontrará.

O un poco después:

—Estoy pensando que se podría hacer algo en favor de los locos. Soy vieja, ya lo veis, y no puedo ir adonde se habla de estas cosas, pero los veo algunas veces, y se me antoja... En España, ahora, ¿los tratan con cariño? Me parece que en esto hay un secreto, oculto para nosotros, pero que está ahí, a la vuelta de la esquina. Si algún día, cuando estéis de vuelta en España, oís hablar de algo que nos pueda ayudar, me lo escribiréis... si no estáis demasiado ocupada.

Por fin, cuando doña Clara hubo visitado hasta las cocinas, la abadesa dijo:

Ahora tendréis que dispensarme porque tengo que ir a la habitación de los enfermos muy graves y decirles [137] unas cuantas palabras en que puedan pensar cuando les es imposible dormir. No os pido que entréis conmigo, porque no estáis acostumbrada a semejantes... a semejantes ruidos y cosas. Y además, les hablo como hablaría a los niños.

Levantó los ojos y miró a Clara con su modesta y triste sonrisa. Desapareció, y volvió poco después con una de sus auxiliares, que también había tenido su parte en el asunto del puente y que, antes, había sido actriz.

—Me deja —dijo la abadesa— porque tiene algo que hacer en la ciudad, y cuando yo acabe de hablar aquí, también tendré que dejarlas a las dos, porque tengo ahí el proveedor de harina, que no está dispuesto a esperar, y la discusión que he de tener con él nos va a llevar demasiado tiempo.

Mas doña Clara se quedó en pie en la puerta mientras la abadesa hablaba a sus enfermos, con la linterna colocada en el suelo, a sus pies. La madre María del Pilar estaba apoyada en un poste; los enfermos tendidos, en filas, mirando al techo e intentando contener la respiración. Y ella hablaba aquella noche de todos los que estaban fuera, en la oscuridad (estaba pensando en Pepita sola, estaba pensando en Esteban solo), de los que no tenían nadie a quien acudir, para quienes el mundo tal vez era más difícil, más sin sentido que para aquellos que ahora la escuchaban. Y los que estaban en aquellas camas se daban cuenta de que estaban dentro de unas paredes que la abadesa había edificado para ellos; dentro había luz y calor, y fuera había una oscuridad que no cambiarían ni por un alivio en sus dolores, ni por retardar la muerte. [138]

Mas, aun cuando estaba hablando, otros pensamientos cruzaban las profundidades de su mente. «Hasta ahora —pensó— casi nadie, a no ser yo, recuerda a Esteban y a Pepita. Sólo Camila recuerda a su Tío Pío y a su hijo; esta mujer, a su madre. Pero pronto moriremos y con nosotras todo el recuerdo de aquellos cinco que

the earth, and we ourselves shall be loved for a while and forgotten. But the love will have been enough; all those impulses of love return to the love that made them. Even memory is not necessary for love. There is a land of the living and a land of the dead and the bridge is love, the only survival, the only meaning.”

dejaron la tierra, y a nosotras mismas nos amarán un poco de tiempo y nos olvidarán. Mas el amor habrá bastado; y todos los impulsos de amor retornan al amor de donde vinieron. Ni siquiera el recuerdo es necesario para el amor. Hay una tierra de los vivos y una tierra de los muertos, y el puente que las une es el amor, lo único que sobrevive, lo único que tiene sentido.» [139]

THE END